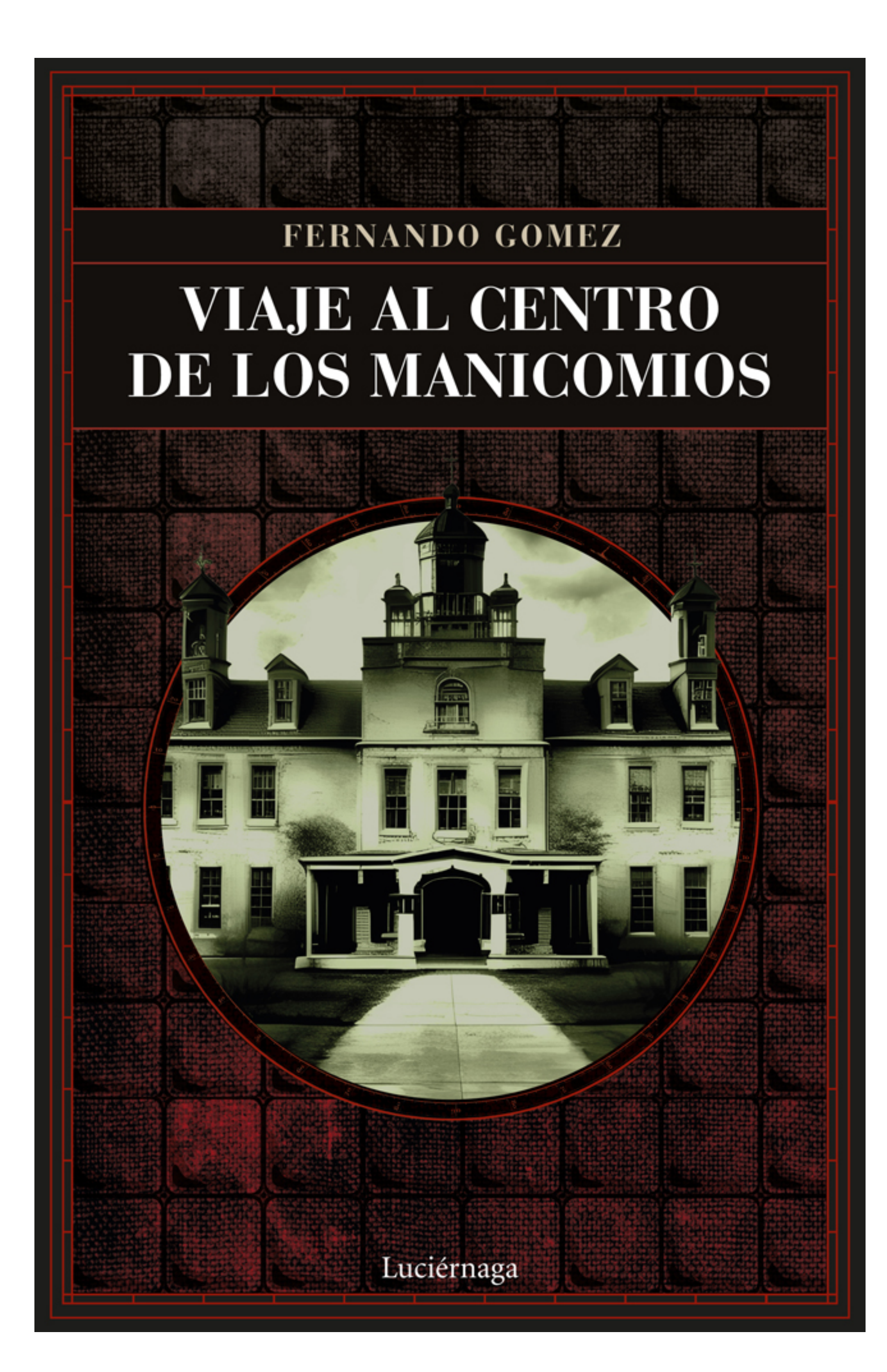

FERNANDO GOMEZ
VIAJE AL CENTRO DE LOS MANICOMIOS
Luciérnaga

Índice

Sinopsis

El protagonista de los dos libros anteriores (sobre cementerios y cárceles) escribe cartas al autor durante la pandemia y en cada una le habla de un manicomio diferente.

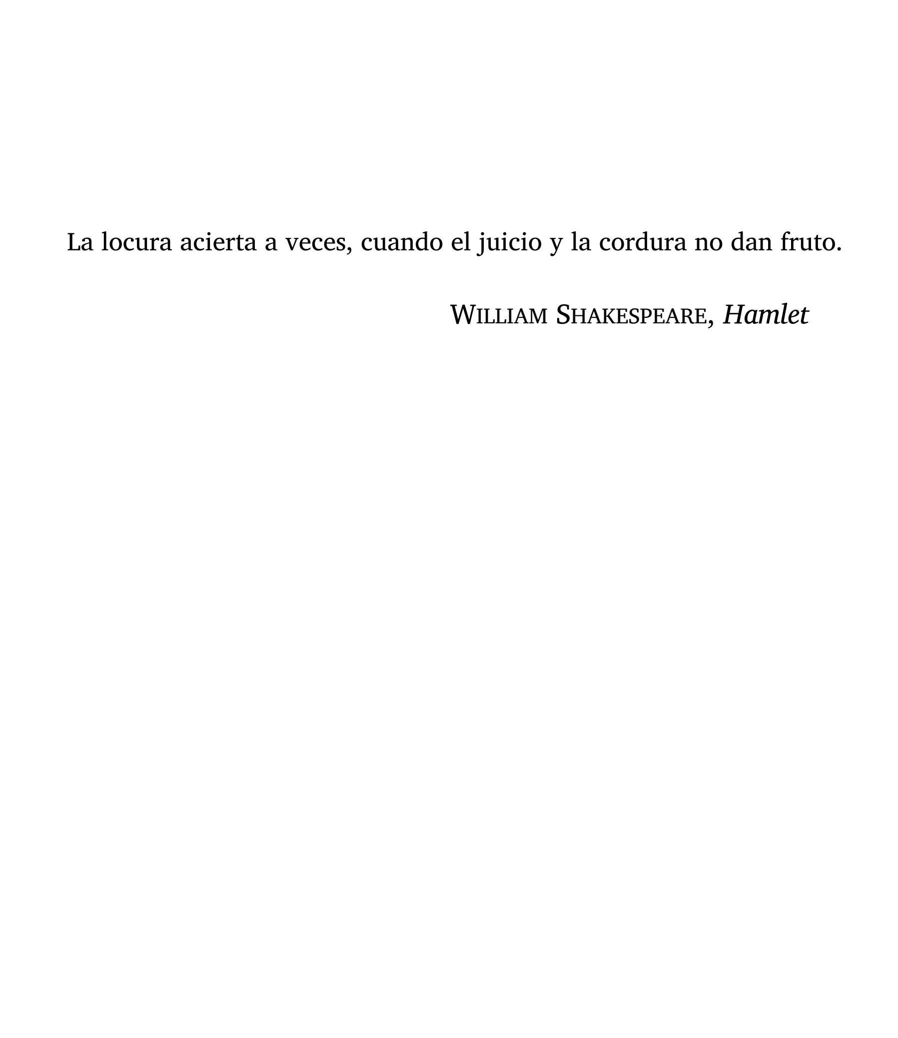
Los relatos están plagados de anécdotas, unas muy desagradables y otras más asequibles, incluso las hay divertidas y, sin duda, todas sorprendentes. No se recrea en el morbo, provoca que el lector se enganche y quiera saber, pero sin sufrir más de la cuenta.

Al final de cada capítulo recomienda una película y una canción que tienen alguna relación con el manicomio explicado. Como colofón, hay una cita de personajes conocidos.

Viaje al centro de los manicomios

Fernando Gómez





La locura acierta a veces, cuando el juicio y la cordura no dan fruto.

William Shakespeare, *Hamlet*

¿Qué locura o desatino me lleva a contar las faltas ajenas, teniendo tanto que decir de las mías?

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*

Proemio

Los días eran interminables. El aburrimiento se había instalado en mi vida y no encontraba la fórmula eficaz de combatir la lenta monotonía con que pasaban las horas. Si encendía el televisor en busca de distracción, a los pocos segundos transitaba de canal en canal, sin que el nuevo me resultara más atractivo que el que había abandonado y al que no tardaba en dejar de ser fiel para buscar otro que antes había despreciado. Me cansaba con rapidez de todo cuanto con esperanza empezaba. El teletrabajo frente al ordenador me resultaba tan mecánico, que lo que me había producido placer hasta hacía poco ahora lo odiaba. Incluso en las multiconferencias semanales de la empresa mis compañeros me notaban apático y no se privaban de reprochármelo.

El único momento de relativa felicidad venía cuando caía la noche, cuando el simple acto de cerrar la bolsa de la basura, ir al portal y recorrer los cien metros que lo separaban del contenedor era lo que se podía llamar «libertad»*. Nunca he andado más despacio que en ese corto trayecto. Quería paladear esos metros con la esperanza de hacerlos eternos. Los días eran idénticos a los vividos anteriormente. Me desesperaba estar convencido de que no había razón para pensar que vendrían días diferentes.*

Toda España llevaba más de un mes encerrada, solo con una salida diaria al contenedor y semanal al supermercado, por culpa de un enemigo mortal que llevaba por nombre coronavirus. Un virus que había alterado, sin previo aviso, nuestras vidas.

Como cada noche cerré la bolsa de la basura. Con parsimonia bajé la escalera. Al llegar al portal me extrañó que hubiera un sobre en mi buzón. Decidí cogerlo después de tirar la basura y así lo hice. Al no llevar encima la llave del buzón y al darme pereza subir a por ella, lo saqué con el mayor cuidado para no dañarlo. Lo conseguí sin

demasiado esfuerzo. Ya en mi poder, contemplé que mi nombre y mi dirección se hallaban escritos a mano. Busqué el remitente en el reverso y fue una sorpresa no encontrarlo. Tenía prisa por aclarar el misterio y tomé el ascensor para llegar cuanto antes a mi piso. En el recibidor de mi casa, destripé el sobre con cierto nerviosismo y dentro encontré una serie de folios escritos a mano.

Al leer la primera frase me dio un vuelco el corazón. No tuve duda de quién me lo enviaba. A partir de ese momento, estuve convencido de que mis días de confinamiento serían muy diferentes a los que hasta entonces había vivido. No quiero hacerle perder más el tiempo y aquí le dejo lo que decía la carta.

Prólogo

Lamento profundamente no haber acudido a la cárcel Modelo, adonde seguro que usted no faltó. Le expliqué mi imposibilidad de poder estar allí en la carta que dejé al conserje de la entrada de la cárcel, y espero que se la entregara. Si falté a nuestra cita, puede estar seguro que no fue por el capricho de un viejo achacoso, sino por un asunto de tanta importancia que me obligó a salir con urgencia hacia un viaje que, por doloroso, era ineludible. Esta maldita pandemia no permite que nos veamos y pueda disculparme en persona. Vuelvo a reiterarle mis disculpas y a repetir la frase de Charles Dickens que le escribí en su día: «El dolor de la separación no es nada comparado con la alegría de reunirse de nuevo».

Aquel día, mientras usted quizá con razonable enfado leía la nota que le había escrito, yo iba rumbo a Valencia. Era todo lo contrario a un viaje de placer. El día anterior había recibido una llamada de la hija del mejor de mis amigos, informándome de que su padre había sufrido hacía unos días un ictus y no me había llamado antes para no preocuparme. A pesar de la tranquilidad que quería transmitirme, no pude evitar salir cuanto antes hacia allí.

Ese mismo día por la tarde ya estaba a la cabecera de su cama. Me miraba con fijeza como queriendo reconocer a la persona que se había sentado a su lado y le hablaba.

Su hija, en un aparte, me dijo que desde hacía un tiempo confundía el nombre de las cosas. Llamaba tijeras a las llaves, y a los vasos, platos. Desde unos meses atrás no podía salir solo a la calle porque se perdía por lugares por los que tantas veces había pasado desde niño. Y llegó el triste día en que se lo encontró tumbado en el suelo sin poderse mover y sin poder obedecer a lo que ella le decía.

Cuando le dieron el alta en el hospital, tenía medio cuerpo

paralizado, no podía valerse por sí mismo y había olvidado los nombres y las caras, incluso el nombre y la cara de su hija.

Allí estaba yo junto a mi amigo con el deseo de que pronunciara mi nombre. Me miraba fijamente como quien mira a un extraño. Me reproché no haberle visitado más a menudo, y más sabiendo que era corto el trayecto que nos quedaba para abandonar este mundo. Lo bueno y lo malo de la vejez es que el futuro es el ahora.

Un mes entero estuve visitándole todos los días, tomándole a todas horas la mano, y no hubo ningún progreso entre el primer día y el último. Cada vez que me miraba, yo era para él una persona diferente.

Cuando recorrí ochenta cementerios en mi particular vuelta al mundo, no pensaba que existiera algo peor que la muerte. Mi equivocación la descubrí cuando viajé de cárcel en cárcel, convenciéndome de que mucho peor que la muerte es la falta de libertad. Nuevo error que se unió al anterior. Peor que la muerte y la falta de libertad es el olvido de las personas y de los recuerdos. El recuerdo es patrimonio de los humanos y la memoria es poner paisajes al pasado.

Si antes visitamos juntos cementerios, y cárceles ahora, me gustaría que viajáramos a través de las cartas que le vaya mandando por las historias que encierran algunos manicomios ubicados alrededor del mundo. No vaya a pensar que esto va a ser un tratado docto sobre la locura, ni un sesudo estudio arquitectónico de los manicomios. En lo que escribiré no tengo otra finalidad que la de contarle historias de quienes allí estuvieron, y así, sin mayor pretensión, iremos pasando lo mejor que sea posible estos días oscuros.

Espero no aburrirle; sería imperdonable. Y qué mejor comienzo que recordar una frase dicha por un viejo conocido al que nos encontramos en el cementerio de Père Lachaise y más tarde en la cárcel de Reading, Oscar Wilde: «Lo único horrible que hay en el mundo es el aburrimiento. Es el único pecado sin remisión».

CARTA 1
HOSPITAL DE LOS INOCENTES

Valencia

El inicio de un nuevo encuentro

Antes de regresar a Barcelona, decidí dar una vuelta por el casco antiguo de Valencia, esperando que llegara la hora en que debía partir el tren desde la estación del Norte. Me había despedido de la hija de mi amigo prometiéndole que regresaría, a lo sumo, tres semanas después. A mi amigo solo le di un beso en la frente y me aparté rápido para que no me viera llorar.

Pues, como le digo, paseé por el casco antiguo de la ciudad. En esa improvisada ruta sin rumbo, contemplé la torre del Micalet y las de Serrano. Entré en la plaza Redonda y disfruté con los coloridos mostradores de hortalizas expuestas para su venta en el Mercado Central. Iba de un lado a otro como un perro vagabundo en busca de caricias. En esa ruta espontánea, llegué a detenerme en el parque que circunda la biblioteca pública y allí vi una solitaria puerta de piedra sin muros que hicieran comprender su utilidad. Ese lugar, tiempo atrás, había sido un hospital y esa puerta era la que daba acceso al recinto.

Hay un cuadro del Joaquín Sorolla en el que se puede observar a un fraile con hábito blanco que se pone delante de un grupo, mitad niños, mitad adolescentes, que con piedras en las manos intentan lanzárselas a una persona que se halla caída en el suelo. El pobre hombre que ve lo que le viene encima intenta taparse con las manos para que las piedras que le arrojan no le alcancen en la cabeza. El cuadro lleva por título *El padre Jofré defendiendo a un loco*. Se distingue al momento quién es el fraile y quién el loco. No hay constancia de la identidad del loco; en cambio, queda claro cuál es el nombre del fraile por el título de la obra, no es otro que el padre Jofré, fray Joan Gilabert Jofré.

La escena que plasma la pintura es un hecho histórico que ocurrió el 24 de febrero de 1409. Ese día, fray Jofré iba camino de la catedral de Valencia para impartir el sermón del domingo de Cuaresma. La escena del lienzo refleja lo que vivió el fraile cuando se encontró con esas personas apedreando a un pobre enfermo mental.

Tanto le afectó lo que había visto, que se tomó la libertad de modificar el sermón improvisando otro, más directo y humano, a favor de los locos que vagaban por la ciudad y que no recibían ningún tipo de asistencia ni de consuelo.

En el sermón, el padre Jofré habla de la necesidad de que la ciudad cuente con un hospital donde los pobres inocentes y furiosos sean acogidos en beneficencia. Pobres inocentes y furiosos, con esa dulzura y a su vez firmeza, define a los locos que vagan por las calles de Valencia sin cobijo ni alimento. Con medida oratoria, habla de que esos pobres inocentes pasan hambre, frío, sufren injurias y son despreciados por quienes se les cruzan. Remarca, en ese histórico sermón, que los locos, al no saber pedir, no encuentran sustento y deambulan por las calles donde son vejados y, en ocasiones, les dan muerte sin miramientos y esa despreciable acción queda sin castigo. Asimismo, continúa, a algunas mujeres las avergüenzan con las obscenidades que pronuncian a su paso y hay pobres furiosos que hacen daño a muchas personas que van por la ciudad. Y concluye que sería buena cosa y obra muy santa que, en la ciudad de Valencia, fuera levantado un hospital en que semejantes locos e inocentes estuviesen de tal manera cuidados que no tuvieran que ir por la ciudad ni haciendo daño ni que les fuese hecho.

Fray Jofré es persona con grandes dotes oratorias y pone tanta pasión en sus palabras que los nobles de la ciudad no dudan en realizar donativos.

En mayo del mismo año 1409, se iniciaban las obras de uno de los primeros centros psiquiátricos de la historia, el Hospital dels Innocents o de Folls de Valencia que así es el nombre que recibe. El monarca de la Corona de Aragón Martín el Humano dio licencia a la nueva institución, y el pontífice Benedicto XIII, ese al que

conocemos como el Papa Luna, le concedió derechos especiales e inmunidades.

Fue tanta la importancia y el prestigio que adquirió el hospital, que Lope de Vega en su obra teatral *Los locos de Valencia* lo pone en boca de uno de sus personajes y le dedica una frase: «Tiene Valencia un hospital famoso, adonde los frenéticos se curan con gran limpieza y celo cuidadoso».

Vuelvo a mirar el cuadro que pintó Sorolla y reparo en un detalle. El hábito que viste Gilabert Jofré es de color blanco. Ese color era el que llevaban los miembros de la Orden de la Merced, los mercedarios. La función de esa orden mendicante era la redención de los cristianos cautivos en manos de musulmanes.

Esa reflexión me conduce a pensar que los mercedarios, en sus estancias en tierras islamizadas, copiaron algunos conocimientos de los pueblos árabes, que en medicina nos llevaban bastante adelanto.

El Corán, en la sura IV, versículo 4, deja escrito: «No confiéis a los ineptos los bienes que Dios ha confiado a vuestro cuidado como un fondo; pero, administrándolos vosotros mismos, suministradles de este fondo alimento y ropas y emplead con ellos un lenguaje dulce y honesto».

Los árabes crean los *maristanes*, que eran edificios donde se cuidaba a los enfermos y los trataban de sus patologías mentales. Estos hospitales eran públicos, y estaban promovidos por emires o gobernadores, que no estaban adscritos a ninguna mezquita.

En la España árabe, Granada contaba con un importante *maristán* construido entre 1365 y 1367 por el sultán Muhammad V, que pretendía, con esta obra, obtener la misericordia de Dios. No es descabellado pensar que fray Jofré hubiera oído hablar de esos hospitales para locos y quisiera algo parecido para Valencia.

El *maristán* se encuentra en el barrio granadino de Axares y es el único edificio de este tipo que en la actualidad se conserva en Europa. Estuvo funcionando como hospital hasta la conquista de Granada por los Reyes Católicos. En 1502 se convirtió en Casa de la Moneda. En 1590 el inmueble se vio afectado por una explosión de pólvora en un molino cercano. Entre finales del siglo XVIII y

principios del XIX se habilitó el edificio como casa de vecinos. Este inmueble, en su tiempo, también tuvo funciones de cuartel y presidio. Cuando lo visité era un solar con una construcción derruida casi en su totalidad. Por suerte, creo que de aquí a un tiempo no muy lejano volverá a tener el esplendor que en un tiempo ostentó, pues hará un par de años leí en la prensa que unas importantes obras de restauración iban a empezar a realizarse en breve.

En esa época en que funcionó el *maristán* de Granada, en la Europa cristiana, el tratamiento de enfermedades mentales era de índole penal o religioso. Solo había dos tipos de locos: o se era un loco delincuente o un loco endemoniado, no había más divisiones. En cambio, en la cultura musulmana, los enfermos mentales eran recogidos en los *maristanes* y se disponía a los pacientes en distintas alas del edificio, según la gravedad de su enfermedad. Para su tratamiento se les destinaba una terapia basada en la música, la luz, el sonido del agua de las fuentes y la tranquilidad.

A miles de kilómetros de Granada, en el *maristán* de Damasco (hoy convertido en Museo de las Ciencias y de la Medicina), construido en 1154, se puede ver una especie de xilófono que se realizó siguiendo las instrucciones dadas por los médicos para tratar cada caso clínico con una combinación distinta de notas musicales. Instrumento similar al que se ve en ese museo debió de poseer el *maristán* de Granada, puesto que también en él las terapias deberían incluir conciertos para los internos y puede que, como en Damasco durante la hora de paseo por el patio, una orquesta interpretara las piezas musicales incluidas en la prescripción médica. Ritmo, melodía y armonía al servicio de la ciencia.

Disculpe mis digresiones, que temo que en todo cuanto le escriba van a estar presentes, porque con el paso de los años los pensamientos acaban volando de aquí para allá sin control, sin orden, sin concierto y con escasa cronología.

Regresaba en el tren con destino a Barcelona cuando, no sé por qué motivo, me vino a la memoria el cuadro *Corral de locos* de Francisco de Goya, que pintó en la última década del siglo XVIII. En

él se pueden observar a dos enfermos del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia de Zaragoza pelearse desnudos entre un corro de internos. Un guardián intenta separar a los combatientes azotándolos. Si he dicho tan seguro que los enfermos son del hospital de Nuestra Señora de Gracia, es porque el propio Francisco de Goya escribió al político Bernardo de Iriarte comentándole que la escena representaba lo que había presenciado en el manicomio de Zaragoza. Esa escena debió de contemplarla en alguna de las visitas que realizó para ver a dos tíos suyos por parte de madre, naturales de Fuendetodos en Zaragoza, ya que documentalmente consta que estuvieron encerrados en dicho hospital dos internos de apellido Lucientes.

La historia del hospital psiquiátrico de Zaragoza comienza en 1425, siendo voluntad del rey don Alonso V de Aragón la creación de un establecimiento benéfico que abriera sus puertas a todos los dolientes que allí se presentaran, atendiendo a enfermos comunes y a dementes también. Casi cuatro siglos después, un francés, Philippe Pinel, de quien le hablaré cuando le cuente los manicomios de París, ya que fue uno de los grandes en el mundo de la psiquiatría, no pudo dejar de admirar el psiquiátrico de Zaragoza, manifestando que era un hospital abierto a los enfermos de todos los países, de todos los gobiernos y de todos los cultos.

A Pinel le sorprende que los enfermos cultivasen el campo y lo beneficioso que resultaba semejante trabajo para los dementes. No puedo dejar de transcribir íntegro lo que escribió haber visto en Zaragoza, ya que me siento incapaz de resumirlo:

> Desde la mañana se les ve separarse con alegría por las diversas partes de un vasto cercado dependiente del hospicio, repartirse con una especie de emulación los trabajos propios de la estación, cultivar el trigo candeal, las legumbres, las plantas de los huertos, ocuparse por turno en la cosecha, la trilla, la vendimia, la recolección de aceitunas, y en volver a encontrar por la noche, en un asilo solitario, la calma y un sueño tranquilo. Una experiencia constante ha enseñado a las autoridades del asilo que ese es el medio más seguro y eficaz para recobrar la razón.

Del manicomio de Zaragoza constan dos cuadros firmados por

Francisco de Goya. Uno es el ya mencionado *Corral de locos,* y el otro es *Casa de locos,* que pintó unos veinte años después del anterior. El cuadro muestra una imagen sobrecogedora de un grupo de enfermos que se encuentran dentro de un edificio austero, oscuro y con una única ventana enrejada en lo alto. Más parece una cárcel que una institución para el cuidado de los pacientes mentales. Vemos figuras desnudas en un estado de frenesí que se agitan, o que lloran y se lamentan tiradas en el suelo.

La noche del 3 de agosto de 1808, durante la guerra de la Independencia, el hospital quedó totalmente destruido por los bombardeos de las tropas napoleónicas. Los archivos del hospital y su biblioteca quedaron reducidos a cenizas. Ironías del destino, Philippe Pinel, que tantos elogios había gastado contando sus excelencias, en esos momentos ostentaba el cargo de médico consultor del emperador Napoleón Bonaparte.

Una semana después de mi llegada a Barcelona, vino este inesperado confinamiento y no me pude poner en contacto con usted. Los días se me hacen largos y pensé que habiéndole contado sobre cementerios y cárceles, por qué no continuar con otros templos del dolor, los manicomios. De este modo, yo mataré el tiempo escribiendo, y usted espero que leyéndolo. Por eso me he decidido a escribirle esta primera carta.

Al final de cada carta que le envíe le recomendaré una película y una canción, para de esa manera alargar un poco más la distracción que espero nos haga olvidar por unos momentos la maldita pandemia que nos mantiene prisioneros. Lo que unificará películas y canciones es que estarán relacionadas con la locura y con los manicomios.

* * *

Le animo a que se pare a escuchar la canción de Joan Manuel Serrat «De cartón piedra». La letra nos habla de un joven que se ha enamorado de una bella maniquí de cartón piedra, de ahí el título, a la que contempla enamorado a todas horas en el escaparate de una tienda. Su final es tan poético como en cierta medida triste: «Y entonces, llegaron ellos. / Me

sacaron a empujones de mi casa / y me encerraron entre estas cuatro paredes blancas / donde vienen a verme mis amigos. / De mes en mes. / De dos en dos. / Y de seis a siete».

Y ya que le he hablado de manicomios españoles, la película que le recomiendo no puede ser de otra nacionalidad que no sea la española. Hay varias que podrían estar, pero me decido por *Manicomio,* que codirigieron en 1953 Luis María Delgado y Fernando Fernán Gómez, quien se reservó el papel principal. *Manicomio* cuenta la historia del día en que el protagonista decide visitar a su prometida en el manicomio donde ella trabaja. Allí conocerá las historias de algunos de los profesionales y enfermos presentes. En diferentes episodios, se irá descubriendo el estado psicológico de varios de sus habitantes. Entre sus curiosidades, decirle que uno de los actores es el premio nobel Camilo José Cela, quien interpreta un pequeño papel en el que debe comer hierba y lanzar coces.

* * *

A partir de esa primera carta, que leí de un tirón, los días fueron muy diferentes a los anteriores. Mis compañeros en las multiconferencias se dieron cuenta del cambio en mi carácter y me lo llegaron a decir. Con esa primera carta descubrí que cuando se espera alguna cosa, la vida adquiere un sentido y es más fácil afrontar el futuro, por duro que se presente. Aproximadamente cada tres días me encontraba con una carta en el buzón. Llevar la bolsa al contenedor quedó relegado a un segundo término.

CARTA 2
HOSPITAL DE SAINT-PAUL-DE-MAUSOLE

(Saint-Rémy-de-Provence)

Los colores de la Provenza

Estoy seguro de que sucedió en primavera. Es imposible que alguien olvide una primavera vivida en la Provenza.

Los paisajes se iban sucediendo a través de la ventana del autocar. Los colores violeta, amarillo y verde se entremezclaban en una conjunción tan perfecta que pocos serían los pintores capaces de conseguir una amalgama de colores con tanta belleza. La mañana era diáfana. El campo eran lienzos que desfilaban ante mis ojos como si la ventana fuera una pinacoteca por la que se sucedían obras maestras. Había salido media hora antes de Arlés y tenía previsto que en otra media me encontraría en Saint-Rémy.

«¿Van Gogh?», preguntó mi compañero de asiento, un francés que por la forma y el tamaño de su mandíbula me recordó al famoso actor Fernandel, que tanto me ha hecho reír poniéndose en la piel de don Camilo.

«Oui, Van Gogh», contesté al suponer que me preguntaba adónde me dirigía.

El destino de mi viaje tenía un único propósito que había acertado la persona que iba sentada a mi derecha, Vincent van Gogh. Mi meta era Saint-Rémy-de-Provence, donde tenía intención de visitar el antiguo hospital para enfermos mentales de Saint-Paul-de-Mausole, ese sanatorio en el que el pintor solicitó ingresar voluntariamente en otra primavera, la de 1889, con el propósito de pasar solamente tres meses. En una de las cartas dirigidas a su hermano Theo escribió: «Quisiera decirte que hice bien al venir aquí; primero al ver la realidad de la vida de los locos pierdo el vago temor, el miedo de la cosa. Y, poco a poco, puedo llegar a considerar la locura como cualquier otra enfermedad».

Al llegar a Saint-Rémy descendí del autocar. El viajero que iba a mi lado, que me recordaba a Fernandel, me indicó sin yo preguntarle: *«Allez tout droit»*.

Le agradecí la explicación a pesar de ser innecesaria, al estar perfectamente señalizado.

No era descabellado pensar que, con toda probabilidad, el camino por el que me dirigía al hospital de Saint-Paul era el mismo que debió de recorrer Van Gogh en busca de la paz de la que tan necesitado estaba.

En este punto, permítame un inciso, puede que innecesario, para darle unas pinceladas sobre el personaje tras el que iban mis pasos. Vincent van Gogh fue un pintor neerlandés nacido en 1853. Desde niño mostró signos de un temperamento malhumorado y agitado que lo acompañaría toda la vida. Se convirtió en pastor protestante y a los veintiséis años se marchó como misionero a la zona minera de Borinage, en Bélgica. En esa época, comenzó a pintar utilizando tonos sombríos y terrosos. En 1886, se trasladó a París y vivió con su hermano Theo, que dirigía una pequeña galería de pintura. Si hay una persona influyente en su vida, es Theo, marchante de arte en París, que le prestó apoyo financiero de manera continua y desinteresada. En París se relacionó con pintores y quedó influenciado por el trabajo de los impresionistas y de los artistas japoneses. El estilo de Van Gogh comienza a evolucionar al igual que sus depresiones. Dos años más tarde, se afinca en Arlés, donde comienza a apreciar la luz y los colores vivos pintando cuadros tan famosos como *El dormitorio en Arlés*. En su entusiasmo, persuadió al pintor Paul Gauguin, a quien había conocido en París, para que se uniera a su proyecto de reunir una comunidad de artistas en la llamada Casa Amarilla de Arlés. Tras menos de dos meses de trabajo juntos, la relación entre ambos pintores se deterioró. Esa había sido la vida de Vincent van Gogh antes de decidir entrar en el manicomio de Saint-Paul-de-Mausole.

En el tramo final del camino que me conducía al hospital pude contemplar, en los muros de las fincas colindantes, reproducciones de sus cuadros a tamaño natural. Más adelante me detuve ante una estatua que representa al pintor con unos girasoles

en las manos.

Y de pronto, ante mis ojos, se presentaron el monasterio y la entrada a la capilla de Saint-Paul. Sin haber visto jamás la entrada de la capilla, la reconocí, me resultaba familiar, como si la hubiera soñado. No tardé en descubrir el misterio de esa sensación. Era idéntica a la que dibujó en uno de sus cuadros Van Gogh.

Meses antes de esa primavera de 1889 en que Van Gogh entró en el hospital de Saint-Paul, varios vecinos de Arlés —donde hasta entonces vivía— firmaron una petición solicitando al Ayuntamiento que le obligara a marcharse del pueblo. No querían que el pelirrojo loco, que era el modo en que se referían a él, fuera su vecino. Van Gogh había discutido con su compañero de cuarto, el pintor Paul Gauguin. Llegó a amenazarle con una navaja, y en un ataque de locura se cortó la oreja con la navaja con la que había intimidado a Gauguin. ¡Posiblemente, la oreja de Van Gogh sea la más famosa de la historia del arte!

No se ponen de acuerdo los historiadores y biógrafos sobre si se cortó solo el lóbulo o la oreja a ras de la cara. ¡Qué más da, ese detalle es insignificante!

Hay más de un autorretrato de Van Gogh en que se le ve con una venda que le cubre la oreja. Sorprende a primera vista que la oreja seccionada que se aprecia en el cuadro sea la derecha, cuando consta que la que se amputó era la izquierda. Se comprende cuando se sabe que Van Gogh pintaba directamente lo que veía en el espejo, de ahí que la imagen esté invertida.

Tras la amputación envolvió el trozo de oreja en un periódico. Dicen que salió a la calle de Arlés y fue a visitar a una prostituta llamada Gabrielle Berlatier, a la que solía frecuentar, y como quien entrega un regalo de mucho valor le ofreció la oreja envuelta en el periódico. La escena que sigue puede resultar repugnante. Ella desenvolvió el paquete con cierto nerviosismo, creyendo que iba a encontrarse algún presente que demostrara su cariño. La sorpresa vino cuando vio el contenido. En ese momento, es posible que Gabrielle Berlatier vomitara.

En el sanatorio de Saint-Paul, Van Gogh halló los momentos de tranquilidad que tanto necesitaba. Le fascina la calidad de la luz

y el colorido de los paisajes que envuelven Saint-Rémy. El pintor no para de producir obras sin descanso, realizando en su estancia allí cerca de ciento cincuenta cuadros, ciento cincuenta y tres dicen los más puntillosos, a los que hay que unir numerosos dibujos que en tan solo un año pinta de manera compulsiva, como si no pudiera dejar de hacerlo. De continuo pide lienzos a su hermano para seguir con su obra. Necesita estar activo. En la misma medida en que no para de pintar, también se dedica a escribir cartas constantemente a Theo.

Era el hospital de Saint-Paul un psiquiátrico que únicamente se podían permitir las familias de rentas elevadas. Cuando llegó Van Gogh, solo se hallaba ocupada la mitad del establecimiento, por lo que pudo disponer de una habitación en el tercer piso para dormir y otro cuarto en la planta baja que le permitieron usar como taller, donde pintaba y almacenaba sus obras.

El punto álgido de la visita que realizan los turistas —ese día yo era uno de ellos— se halla cuando se entra en el dormitorio que Van Gogh ocupó durante el año que permaneció en el hospital. Al verla, me recordó curiosamente su famoso *Cuarto amarillo,* y de no haber sabido que aquel lo pintó en Arlés hubiera creído que su modelo era el que estaba viendo. Delante de mí tenía la cama en la que había dormido Van Gogh. Una cama sencilla, con cabezal y pie de barrotes metálicos, que debió conocer los insomnios y los sueños que como fantasmas acosaban al genio. En la pared había una copia de un autorretrato del pintor, uno de los treinta y cinco que realizó, en este caso con una venda tapándole la oreja cortada. Apoyado en un caballete cercano a la cama, pude apreciar la copia de otro cuadro, que en esta ocasión mostraba a un campesino segando un enorme trigal. Más que la cama y la copia de esos cuadros, lo que me interesaba era la ventana y a ella me dirigí. Me acerqué a las rejas y lo primero que hice fue mirar el patio en el que destacaba la plantación de lavanda, para después dirigir mi vista hacia el cielo. En ese momento hubiera deseado que fuera de noche y contemplar en vivo uno de sus más famosos cuadros, *La noche estrellada*. Desde la ventana en que me encontraba, el pintor miró el cielo y lo tomó como modelo, convirtiéndolo en una obra

de arte. Van Gogh escribió a su hermano: «Esta mañana vi el campo desde mi ventana mucho antes del amanecer, sin nada más que la estrella de la mañana, que se veía muy grande».

La noche estrellada tiene la cualidad, al menos para mí, de relajarme cuando me detengo a contemplarla. Es una explosión de color donde predominan los tonos azules y las pinceladas en espiral. El original pude admirarlo una tarde de otoño en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Desde aquel día, busco ese tono azul en el cielo y hasta hoy aún no lo he descubierto.

Mirando por la ventana de su habitación del tercer piso me di cuenta de un detalle en el que nunca había reparado. La imagen que yo veía era diferente al cuadro de *La noche estrellada* que había visto en Nueva York, algo me faltaba para componerlo en mi mente de una manera idéntica al que había pintado Van Gogh. Después de pensar y pensar descubrí que echaba en falta el pueblo que se hallaba pintado en el lienzo. Un pueblo que Van Gogh imaginó con una alta torre de aguja, más holandesa que provenzal. En *La noche estrellada* no solo pintó lo que veía, sino lo que quería ver.

En el sanatorio de Saint-Paul disfrutaba del aprecio y de la admiración de los empleados. Entre sus privilegios estaba el de poder bañarse dos veces a la semana. Junto a la habitación en que dormía se pueden ver dos bañeras de fundición, posiblemente las mismas que las que tuvo durante ese año que pasó en el hospital y en las que, según se dice, permanecía dentro durante un par de horas. Gracias a sus cartas también podemos saber que en el hospital de Saint-Paul-de-Mausole pintó como mínimo otras dos obras maestras. En el mes de mayo, *Los lirios,* y en el mes de septiembre, *Autorretrato en azul.*

Los días en el sanatorio los dedicaba, tal como he comentado, a pintar y a escribir cartas a su hermano Theo, y, también, a leer. Al encontrar un poco de mejoría en su salud, se le permitió salir al campo para que pudiera pintar, en especial a los olivares cercanos, siempre con la condición de que fuera acompañado.

Van Gogh escribe a su hermano para decirle que le preocupa que su condición mental pueda estar afectando a su trabajo, y le

implora que no exhiba ninguna de las obras que le parezca demasiado excéntrica y que pueda dar la impresión que ha sido dibujada por un loco.

Cuando ya empezaba a creer que iba mejorando, le dio otro ataque durante el cual rasgó y se comió algunos trozos de sus óleos, ante los atónitos ojos de los otros internos. Los ataques intermitentes se fueron sucediendo hasta bien entrado febrero de 1890, y los periodos de recuperación cada vez se iban alargando más.

En mayo de 1890, siguiendo el consejo del pintor Camille Pissarro, su hermano Theo decide consultar con el doctor Paul Gachet en Auvers-sur-Oise, una población al norte de París. Gachet era médico, especialista en cardiología y defensor a ultranza de la homeopatía, además de ser un coleccionista de arte muy amigo de un buen número de impresionistas, de ahí que Pissarro se lo recomendara a Theo van Gogh.

Vincent se alojó en una posada local de Auvers y visitaba regularmente al doctor Gachet, al que pintó en un retrato mundialmente famoso. En noviembre de 1987, ese cuadro se subastó en la sala Sotheby's de Nueva York por casi 54 millones de dólares.

Puede que en 1890, cuando es tratado por el doctor Gachet, Van Gogh ya sintiera que estaba llegando a su fin, y en esta época el artista se mostró más prolífico que nunca. Cada día pintaba un lienzo. En los casi dos meses antes de su suicidio, vivió con recuperada energía una frenética etapa creadora. Durante esas últimas semanas de vida pintó algunos retratos, pero sobre todo numerosos paisajes.

Su estancia en Auvers coincidió con los buenos comentarios que recibieron sus obras por parte del prestigioso crítico Albert Aurier del diario *Mercure de France,* a lo que se unía la invitación a participar en la importante exposición de «Los XX» en Bruselas. En esa muestra se vende uno de sus cuadros, *Viñedo rojo*. Lo compró Anna Boch, una importante coleccionista de pintura impresionista, por cuatrocientos francos. Ese cuadro fue el único que se vendió en vida de Vincent van Gogh y se conserva en el Museo Pushkin de

Moscú. Sin embargo, a pesar de estos cambios en la apreciación de su trabajo por parte de crítica y público, sufrió una nueva crisis y su depresión se acentuó.

Nuestra próxima parada es el día 27 de julio de 1890. Van Gogh entra en el albergue Ravoux de Auvers donde se hospeda. Ya es de noche y los clientes que se encuentran en el bar de la planta baja se fijan en dos detalles. El primero, que Van Gogh lleva la chaqueta abotonada a finales de un tórrido julio, y el segundo, que no aparta su mano del vientre. Lo ven tambalearse y subir la escalera con destino a su habitación. El dueño del albergue, sin saber qué puede ocurrirle, sube al cuarto y se encuentra al pintor tumbado en la cama con el vientre lleno de sangre. Al ver entrar al hostelero solo le dice algo parecido a «que no culpen a nadie, era yo quien quería suicidarme». Dos días después de ese momento, Vincent van Gogh moría, a los treinta y siete años, en brazos de su querido hermano Theo.

Siempre he estado convencido de que Vincent van Gogh se había suicidado, lo que le daba a su vida un cierto toque romántico y decadente, ayudando a engrandecer la leyenda. Mi convicción la derrumbó hace unos años un amigo, haciéndome una serie de preguntas a las que no supe encontrar la respuesta: ¿cómo es posible que alguien pretenda suicidarse con un disparo en el estómago, cuando es más rápido y mucho más fiable un disparo en la cabeza o en la boca?, ¿cómo es posible que tuviera una pistola y todo el mundo desconociera dónde la había comprado?, ¿cómo es que, habiendo salido a pintar con su caballete, su bastidor y sus pinceles, estos nunca fueran encontrados?, ¿cómo se explica que siendo una persona que escribió centenares de cartas no dejara ni una línea sobre el motivo por el que se suicidaba?, ¿por qué hizo unos días antes un gran pedido de telas a su hermano, si su intención era abandonar este mundo?... Tantas preguntas a las que no supe responder que me dejaron más dudas que certezas. Decidí buscar otra hipótesis y fue ese mismo amigo quien me la dio. La muerte o había sido accidental o se trataba de un asesinato. Para potenciar su teoría, pronunció dos nombres, los de los hermanos René y Gastón Secréter. Eran dos hermanos muy diferentes, Gaston

soñaba con ser famoso en París y por eso le gustaba estar con Vincent, mientras que René solo disfrutaba con un revólver, imitando a su héroe favorito, Buffalo Bill, o gastando bromas, las más de las veces de mal gusto, a Vincent van Gogh. Ese día, me comentó mi amigo, la situación se les debió ir de las manos y, o por casualidad o premeditadamente, el arma se disparó y alcanzó a Van Gogh y fue lo que le originó la muerte. Los hermanos Secréter eran de una de las familias más ricas de la zona. Fueron interrogados, porque hubo gente que dijo haber visto aquel día al pintor cerca de una de las propiedades de la familia Secréter en la que siempre paraban los hermanos. Cuando fueron preguntados, las contestaciones resultaron imprecisas, y días después abandonaron el pueblo para no regresar en muchos años. El arma que se supone que fue la causante de la muerte de Van Gogh nunca fue localizada. En 1960, setenta años después del triste suceso, un campesino encontró un revólver de siete milímetros de tipo Lefaucheux, que posiblemente pudiera ser el causante de la muerte del pintor. Sin nada que lo certifique, ese revólver fue subastado en París, alcanzando la puja los 162.495 euros.

Vincent van Gogh fue enterrado en el cementerio de Auvers-sur-Oise. Si algún día va a esa localidad, a sesenta kilómetros del centro de París, acérquese al cementerio y allí está la tumba de Vincent van Gogh. Si se fija bien, verá a su lado una lápida con un nombre que le resultará familiar, Theo van Gogh. Su hermano, su tan amado Theo, murió seis meses después de Vincent a la temprana edad de treinta y tres años. Puede que su muerte se debiera al trabajo excesivo y al suicidio de su hermano, que, junto con su delicado estado de salud, le provocaran un colapso mental.

Al terminar la visita y antes de subir de nuevo al autocar que me retornaría a Arlés, vi cómo el hombre que tanto me recordaba a Fernandel jugaba con bastante estilo a la petanca. Desde la distancia, me saludó con un espeso *au revoir,* al que contesté lo mismo, pero peor pronunciado. Me alejé de Saint-Rémy-de-Provence con una frase de Molière que bien podría definir a Vincent van Gogh: «Es cosa admirable que todos los grandes hombres tengan siempre alguna ventolera, algún granito de locura

mezclado con su ciencia».

Posiblemente mucho o todo de lo que le he contado en esta carta ya lo conocía. Espero que en los siguientes días le sorprenda con algo que desconozca; de lo contrario, dígamelo y terminaremos el viaje sin casi haberlo comenzado. No deseo ser un anciano pesado que cuenta batallitas que todos conocen. Porque, emulando a Goethe, le digo: «Es mejor esperar que desesperar».

* * *

Empiezo por animarle a que escuche «Starry, Starry Night», de Don McLean. La canción nos habla de Vincent van Gogh y de la noche estrellada que desde la ventana del hospital de Saint-Paul-de-Mausole contempló. Aquí van unos versos de esa bella balada que nunca me canso de escuchar: «Estrellada, estrellada noche. / Flores llameantes que brillan intensamente, / nubes arremolinadas en neblina violeta / refleja en los ojos de Vincent de azul China».

Encontrar la película no me ha ofrecido mucha dificultad y no es otra que *El loco del pelo rojo,* de 1956, dirigida por Vincente Minnelli, en la que un soberbio Kirk Douglas da vida a Vincent van Gogh y Anthony Quinn se mete en la piel de Paul Gauguin, lo que le valió ganar el Óscar al mejor actor de reparto. El argumento no hace falta que se lo cuente, porque creo que debe de habérselo imaginado. Búsquela, disfrútela y si no la ha visto todavía, estoy convencido que me agradecerá la recomendación.

CARTA 3
HOSPITAL DE LA SALPÊTRIÈRE

París

Las estrellas de la histeria

Quizá tenga que darle la razón a Jean Cocteau, como tantas veces, cuando manifestó que, en París, todo el mundo quiere ser un actor; nadie se contenta con ser un espectador. Y como un actor de reparto o un figurante que pasea por sus calles sin rumbo y a capricho del realizador, me dirigía a La Salpêtrière, un edificio compacto que desde la distancia se puede confundir con facilidad con un palacio de justicia o con el ayuntamiento de la ciudad. En París, todos los edificios oficiales tienden a ser majestuosos.

Había salido temprano de un sencillo hotel cercano al Boulevard de Port-Royal, donde la cama era cómoda y la recepcionista de las mañanas era hija de argelinos y la de la noche de padres armenios. Caminando sin prisas, casi sin darme cuenta, me encontré ante el edificio que buscaba, el hospital de La Salpêtrière, en el que destacaba su cúpula octogonal. Hace algunos siglos hizo la función de fábrica de pólvora, pero cuando en 1656 Luis XIV decidió poner freno a la mendicidad y a la ociosidad existentes en París, al suponer que eran las fuentes de todo desorden y de todo mal, convirtió ese espacio en parte del Hospital General de París. Pero, popularmente, se le siguió llamando La Salpêtrière, evocando la materia que mezclada con azufre y carbón da como resultado la pólvora. La *salpêtrière* era salitre, o sea, sal en piedra.

El hospital estaba destinado a alojar a mujeres que la sociedad consideraba que no eran normales, por lo que no tardó en acabar convertido en prisión donde, como iguales, se mezclaban prostitutas de todas las edades, algunas discapacitadas mentales, un buen número de indigentes y varias criminales; todas juntas, sin

ningún tipo de división ni criterio que las diferenciara. No había intención ni de curarlas ni de que recibieran ningún tratamiento médico. El objetivo solo era la ocultación y exclusión de quienes eran consideradas asociales.

Las mujeres a las que llevaban para recluir a La Salpêtrière eran las que detenía la policía, en las redadas que realizaba sistemáticamente en los barrios más pobres de París, y no eran seleccionadas para ser deportadas a Luisiana, con el fin de convertirse en las madres que se necesitaban en las colonias que Francia poseía en América.

Para hacerse una idea de cómo eran trasladadas esas mujeres a la reclusión, hay un cuadro pintado hacia 1754 por Étienne Jeaurat que lleva por título *El transporte de prostitutas al hospital de La Salpêtrière*. El lienzo muestra a un nutrido número de mujeres hacinadas en un carro, que son conducidas hacia el hospital para apartarlas de por vida de las calles de París.

Durante la Revolución francesa, La Salpêtrière hacía solamente funciones de prisión, y por ese motivo fue asaltada por la turba enfurecida a los gritos de «libertad, igualdad y fraternidad». Más de un centenar de prostitutas fueron liberadas. En la invasión hay que lamentar la muerte de treinta y cuatro mujeres, de las cuales veinticinco eran dementes que se encontraban prisioneras. Fueron sacadas de sus celdas y asesinadas en plena calle delante de una muchedumbre enfebrecida que disfrutaba con la sangre. Las *tricoteuses* gritaban con emoción y sin dejar de hacer calceta cuando la cuchilla de la guillotina cercenaba una cabeza de un aristócrata. Imagino que la misma placentera sensación pondrían de manifiesto los revolucionarios cuando eran asesinadas las infelices dementes. Ya lo dijo el sociólogo Gustave Le Bon: «En las muchedumbres lo que se acumula no es el talento, sino la estupidez».

Tanto la revolución como el progreso que la acompañó ayudaron a la aparición de un personaje fundamental en la historia de la psiquiatría, el doctor Philippe Pinel. Era un médico de provincias de extracción humilde que logró ascender gracias a su talento. Cuando le conté sobre el manicomio de Nuestra Señora de

Gracia de Zaragoza, ya le hablé muy por encima de él, le dije que había llegado a ser nombrado médico consultor del emperador Napoleón.

Había trabajado primero en el hospital de Bicêtre, que por entonces albergaba a unos cuatro mil presos, entre ellos unos doscientos enfermos mentales. La diferencia entre La Salpêtrière y Bicêtre es que mientras que la primera solo acogía a mujeres, el otro tenía por huéspedes solo a hombres. En 1794 recibe el cargo de jefe del servicio médico de La Salpêtrière y desde el primer día se apresura a mejorar las instalaciones, así como a modificar el tratamiento de las confinadas, incluyendo una nueva terapia que consistía en liberar de sus cadenas a las enfermas mentales. Fue un primer paso para que los enfermos mentales empezaran a ser considerados normales.

No vamos a abandonar el mundo de la pintura, ya que debemos detenernos en otro cuadro, en este caso en uno pintado por Tony Robert-Fleury. Representa el momento del año 1800 en el que Pinel quita las cadenas que habían llevado, en algunos casos por décadas, las mujeres recluidas en el hospital. El lienzo lleva por título *Pinel liberando a las locas de sus cadenas en La Salpêtrière de París*. En él se puede observar un patio donde hay varias dementes con los grilletes en las muñecas, otra está tirada en el suelo, como si padeciera un ataque de epilepsia; un funcionario quita las cadenas a una joven un tanto desmadejada, posiblemente sin acabárselo de creer y, significativo, otra muchacha de rodillas besa la mano de Pinel en señal de agradecimiento.

Voy a cambiar de pintor, pero no de escenario. A principios de 1820, el psiquiatra Étienne-Jean Georget encarga al pintor Théodore Géricault realizar una serie de diez retratos, que sean un claro reflejo del rostro que tienen los enfermos mentales dependiendo de sus síntomas. Su intención no pretende ningún fin artístico, sino meramente científico, porque su propósito era clasificar a los pacientes en función de sus enfermedades mentales. Todos los retratos que encarga pintar al óleo a Géricault deben mostrar a los pacientes de tres cuartos, de frente y a tamaño natural. Esa indicación debe ser respetada, sin excusa,

escrupulosamente. En los cuadros se elimina toda referencia a la decoración del fondo para de esa forma no distraer la atención de quien los vea. El conjunto se bautiza con el nombre de *Monomanías,* y cada cuadro representa a un enfermo, con rasgos faciales propios y con enfermedades diferentes. *Monomanía,* según explica la medicina y la Real Academia de la Lengua corrobora, es la locura o delirio parcial sobre una sola idea o un solo orden de ideas.

En los títulos de los cuadros dibujados por Géricault se evita poner el nombre de la persona retratada, que es sustituido por la enfermedad representada. Con un detallismo sobrecogedor, podemos ver, entre otras monomanías, los celos neuróticos, la ludopatía, la fijación obsesiva o la cleptomanía. En las caras de las personas que han servido de modelo percibimos rabia, odio, desprecio…, cada enfermedad se manifiesta con una expresión diferente en el rostro.

Georget consideraba que la demencia sería una de las dolencias más comunes en el futuro. Por ello quiso que Géricault fuese lo más riguroso posible representando las enfermedades mentales en el lienzo. Esa perfección en el retrato le evitaba tener que llevar a los pacientes a clase, como era la costumbre habitual, para que los estudiantes pudieran examinar los rasgos de los enfermos. Así pues, cuando el doctor Étienne-Jean Georget quería, por ejemplo, hablar de la envidia, llevaba el cuadro de una anciana con una cofia que cubre su cabello canoso, y que con mirada torva y ceño fruncido mira hacia su derecha, donde se intuye que debe de estar el motivo de su insana envidia.

Se conjetura que la elección de Géricault por parte de Georget fue debida a que el psiquiatra había tratado al pintor de melancolía. También ha corrido el rumor de que el doctor fue quien le proporcionó los cadáveres a Géricault para el estudio de las figuras de su obra maestra *La balsa de la Medusa*.

Otro nombre propio que ocupa un lugar destacado en La Salpêtrière fue el de Jean-Martin Charcot, quien a partir de 1862 desempeñó el cargo de director del hospital, convirtiéndolo en el centro neurológico más importante del mundo. Charcot era bien

conocido en los círculos científicos por una asombrosa serie de descubrimientos en neurología, pero su decisión de abordar la histeria llevó su fama a otro nivel, convirtiéndola en un gran espectáculo.

La palabra *histeria,* etimológicamente, proviene del vocablo griego *hysteron,* que significa «útero». En pocas palabras, la histeria es una enfermedad nerviosa crónica, que se da con más frecuencia en la mujer que en el hombre, y que está caracterizada por una gran variedad de síntomas, principalmente funcionales y a veces por ataques convulsivos.

Entre los tratamientos que llevaba a cabo Charcot se incluía el hipnotismo. En muchas ocasiones provocaba crisis en los pacientes, obligándolos a mirar luces brillantes que parpadeaban y se desplazaban en todas las direcciones mientras escuchaban unos sonidos fuertes y persistentes. Para conseguir un efecto más dramático, pinchaba el cuerpo de las enfermas o les aplicaba descargas eléctricas. Estas torturas, no puedo llamarlas de otra manera, las realizaba con el propósito de despertar las fantasías y los delirios de los pacientes. Los alumnos contemplaban, tomando notas, esperando algún día ocupar el puesto de su idolatrado Charcot.

Me siento en uno de los bancos que hay en el jardín interior del hospital de La Salpêtrière. En frente veo un pequeño camino por el que debieron de pasear las enfermas diagnosticadas como histéricas, durante los pocos ratos en que las dejaban tomar el sol. A esas chicas todavía jóvenes, a las que llamaban «alienadas», el doctor Charcot las utilizaba para que todo el mundo pudiera contemplar sus teorías. Miro hacia todos los lados, intentando que aparezcan Blanche, Augustine o Jeanne, de las que le hablaré más adelante. Por mucho que me esfuerzo, no las encuentro, pero sí puedo ver cómo chicas igual de hermosas que ellas se dirigen a clase con una carpeta bajo el brazo, una sonrisa luminosa y cortejadas por unos muchachos igual de sonrientes que ellas.

Charcot reemplazó las tradicionales rondas por las salas que solían hacer los doctores, acompañando a sus ayudantes y alumnos para visitar a las enfermas, en entrevistas sobre un escenario

iluminado del anfiteatro de La Salpêtrière. A esos encuentros les dio el nombre de *leçons du mardi*. En esas «lecciones de los martes», Charcot instigaba a las pacientes a ataques histéricos usando, como antes le he contado, el hipnotismo y otras prácticas más agresivas. Las llevaba a tal trance que no tardaban en tener convulsiones, perder el control de su cuerpo y de su mente hasta tan alto grado de paroxismo, que tenían que ser sujetadas por varios enfermeros. Esos movimientos convulsos eran la demostración de que padecían la «gran histeria», esa enfermedad que, según Charcot, solo sufrían las mujeres.

Las chicas a las que sometía a esas demostraciones padecían problemas mentales, pero no tardaron en darse cuenta de que cuanto más rápido aprendían a realizar movimientos convulsos, signo claro de histeria, eran mejor tratadas por Charcot. Pronto descubrieron lo que debían hacer para captar la atención y con ello alcanzar el rango de estrella en las lecciones de los martes. Con el afán de ser la favorita del doctor, existía entre las internas una rivalidad, consciente en algunos casos e inconsciente en otros, similar a la que se daba entre bambalinas en los más renombrados teatros parisinos de Montparnasse. En definitiva, todas las enfermas de La Salpêtrière deseaban ser las elegidas como protagonistas en las famosas *leçons du mardi*.

La primera de esas mujeres de la que quiero hablarle es Marie Wittman, a quien todos conocían como Blanche. Hay un cuadro en que la podemos ver, se trata de *Una lección clínica en La Salpêtrière* de Pierre-André Brouillet. En este famoso cuadro se observa al doctor Charcot con sus alumnos, durante una sesión en la que les está explicando cómo llegar al diagnóstico de un ataque de histeria en una enferma, el cuerpo formando un arco es la prueba. Esa enferma no es otra que Blanche Wittman. Entre los asistentes que atienden a las explicaciones del doctor Charcot está un jovencísimo Sigmund Freud.

Blanche Wittman era hija de un carpintero que se había vuelto loco y que tuvo que ser internado. Cinco de sus ocho hermanos murieron de epilepsia, y ella misma se quedó sorda y muda a los veintidós meses tras sufrir una serie de convulsiones.

Por suerte, recuperó el habla y la audición más tarde, pero siguió teniendo ataques cada vez más fuertes.

Después de varios intentos de violación cuando tenía doce años, y tras morir su madre, Blanche llegó a La Salpêtrière como sirvienta. Su esperanza era la de ser admitida como paciente, algo que finalmente consiguió en 1877, a la edad de dieciocho años. Pronto fue diagnosticada de histeria y se convirtió en una de las preferidas de Charcot para sus lecciones. No había ninguna otra que doblara la espalda ni formara un arco tan perfecto como lo hacía ella, tal como se puede ver en el cuadro que le he mencionado. Para Charcot, esa posición era sintomática de haber sufrido un ataque de histeria.

Los ataques que sufría no solo podían ser contemplados en directo, sino que además podían observarse en las imágenes capturadas por el médico Paul-Marie-Léon Regnard, gracias al reciente invento de la fotografía.

Blanche fue atendida por Charcot hasta que este murió en 1893. La muchacha nunca más volvió a tener ataques, quizá porque nadie se los provocaba para que fueran estudiados por los futuros doctores. Llegó a estar tan apegada a La Salpêtrière que se convirtió en asistente de radiología, y eso le ocasionó que al cabo de unos años le tuvieran que amputar los brazos por culpa de una sobreexposición a la radiación.

Como le he dicho, Regnard era médico y fotografió en muchas ocasiones a Blanche, pero su predilección se dirigía a otra de las internas, llamada Louise Augustine Gleizes. Lo que distinguía a esa muchacha era su juventud, su piel muy clara, su rostro expresivo y la teatralidad que ponía en sus ataques sin que en ellos se adivinara impostación. Más que ataques de histeria, sus movimientos recordaban a escenas de *ballet*. Regnard no paraba de repetir que a la cámara le gustaba Augustine.

Augustine era hija de una empleada doméstica. Fue dada en adopción y posteriormente la internaron en un instituto religioso, donde recibió castigos cada vez que le entraban ataques de histeria. A los diez años abandonó el trabajo de sirvienta, al haber sufrido abusos por parte del dueño de una casa de renombre en la

capital. A los trece años fue violada por el amante de su madre. Todos esos datos se saben por los testimonios de viva voz que Augustine explicó a los médicos que la atendieron y que fueron registrados en su historial clínico.

A los quince años ingresó en La Salpêtrière a causa de una parálisis. Había perdido la sensibilidad del brazo derecho y tenía paralizada casi la mitad derecha de su cuerpo. Además, estaba teniendo hasta ciento cincuenta y cuatro ataques de histeria al día. Ataques que captó la cámara fotográfica de Regnard y que podían ser vistos en las demostraciones clínicas abiertas al público, en las cuales era presentada como un prodigio de la histeria. Muchas son las fotos de ella que se conservan y que podemos contemplar hoy en día. Se la puede ver posando sonriente y con la mirada extraviada. En otras, se halla tumbada en la cama como si hubiera acabado de tener un ataque. ¿Qué había de real y qué de ficticio en la actitud de Augustine? Nunca llegaremos a saberlo.

Los médicos dejaron escrito en sus informes, y podemos observarlo en las fotos que se conservan, que Augustine era de complexión grande y fuerte para su edad, para continuar diciendo que ofrecía el aspecto de una muchacha en la pubertad, y añaden que era activa, inteligente, afectuosa, impresionable, pero también caprichosa y que le gustaba mucho llamar la atención. Sobre su carácter, remarcan su extremada coquetería. También indican que ponía mucho esmero en su aseo, que se pasaba mucho rato cepillando sus abundantes cabellos. Sobre su condición de enferma mental, consta que de continuo presentaba ataques, espasmos, convulsiones y pérdidas de conocimiento.

Augustine fue para Charcot el más claro ejemplo de histeria, lo que hizo que la convirtiera en un icono. Fue una de las internas más retratadas en La Salpêtrière. Vistas esas imágenes hoy en día, se acercan más a fotos artísticas que clínicas; incluso algunas son más próximas a la pornografía que a la docencia. Augustine enamoraba a quien la miraba, era la indiscutible estrella de la histeria. Pasó a convertirse en la reina de La Salpêtrière por méritos propios.

Charcot solo prestaba atención a los síntomas que presentaba

Augustine, a la que observaba y clasificaba. Suponía que se debían a una causa neurológica o funcional del cerebro. Bourneville, el asistente de Charcot, se encargaba de transcribir sus alucinaciones, sus sueños y el relato de su historia, concluyendo que el delirio histérico de la muchacha estaba ligado a los diferentes eventos que marcaron su vida. Dedujo que los ataques histéricos representaban la escena de abuso sexual que ella padeció. Charcot, lejos del análisis de su asistente, se mostró indiferente al componente sexual de las escenas, que hacía reproducir a Augustine mediante sugestión una y otra vez para su auditorio. Charcot nunca la dejaba descansar, era su gran hallazgo, quería que sus alumnos e invitados vieran en ella cuáles eran las señales que se manifestaban en la histeria.

Estos espectáculos clínicos que ofrecía Charcot despertaron la curiosidad de los intelectuales y de la aristocracia de París. Se hablaba tanto de ellos y de las bellas jóvenes histéricas, que se puso de moda asistir como quien va a platea en una representación teatral a ver a sus actrices favoritas.

Las internas estaban temerosas de perder lo poco que tenían entre las paredes de La Salpêtrière y, cuando nadie las veía, llegaban a practicar ataques epilépticos para realizarlos cuando el doctor las hiciera salir delante de sus alumnos y de los distinguidos invitados. No hacerlo significaba que tendrían que volver al oscuro pozo de las calles de las que habían salido, donde de nuevo volverían a ser violadas, humilladas o despreciadas. Eso hacía que posaran como modelos pacientemente, sin quejarse de las largas sesiones a las que eran sometidas y a las humillantes presentaciones de ataques histéricos.

El espectáculo de las locas apasionaba a la clase alta de París. Pero había otro sector al que incomodaba ese tipo de espectáculos, entre los que se encontraba mi admirado Guy de Maupassant, quien escribió después de asistir a una de las famosas *leçons du mardi:* «Histérica, *madame,* esa es la gran palabra del día». Con su insuperable estilo siguió explicando: «Todos somos histéricos, ya que el doctor Charcot, ese sumo sacerdote de la histeria, ese criador de histéricas de sala, mantiene, a un gran costo, en su

establecimiento modelo de La Salpêtrière, a una población de mujeres nerviosas a quienes les inocula la locura; y de ellas él hace, en poco tiempo, demonios».

Un día, Augustine tuvo la lucidez de sentirse más mujer que objeto y rehusó seguir posando. La estrella se revelaba. Molestos, los doctores la amenazaron, advirtiéndole de que si no obedecía no les servía y dejaría de tener la vida que hasta entonces llevaba. No la convencieron. Fue confinada y tratada como una enferma, quitándosele todos los privilegios que hasta entonces le habían dado. El estado de salud de Augustine empeoró. Contra sus ataques emplearon éter, cloroformo..., cualquier elemento que la tranquilizase durante unas horas. Ya no les servía, era una enferma idéntica a otras muchas. La estrella había caído del firmamento.

Los ataques reaparecen, y en ellos rompe los cristales de las ventanas, desgarra su ropa, se muestra agresiva. Cada día, los estados de agitación que sufre son más violentos y por ello la encierran en una celda sin trato con ninguna otra interna.

Augustine no podía vivir con aquella angustia. Un día se disfrazó de hombre y escapó de La Salpêtrière. Ya nunca más se volvió a saber nada de ella. Se desconoce qué vida llevó después de su fuga. Ni un dato, ni una suposición. De ella solo nos queda su imagen en los cientos de fotografías que le hizo el doctor Regnard. No anduvo desencaminado Jean-Luc Godard cuando en su documental *Augustine à La Salpêtrière* la comparó con la actriz Lillian Gish. Ahora que he colocado juntas las fotos de las dos, debo dar la razón al cineasta francés.

Ya le he presentado a Blanche y a Augustine; ahora le toca el turno a Jeanne. Hay como poco un par de carteles pintados por Toulouse-Lautrec en que aparece una bailarina de cancán, en los que indica que es Jane Avril. En el cine, el papel de Jane Avril lo interpretó Zsa Zsa Gabor en la película dirigida por John Huston en 1952, *Moulin Rouge*.

La inmortalizada bailarina de cancán Jane Avril estuvo una temporada encerrada en La Salpêtrière, pero registrada con su nombre real, Jeanne Louise Beaudon.

«Qué recuerdos tan dulces y melancólicos tengo todavía de

esos días», escribió Jeanne en 1933 en sus memorias. Se refería a su estancia en el hospital de La Salpêtrière.

Fue internada en 1882, a los catorce años, pues sufría del llamado baile de san Vito, una rara enfermedad degenerativa del sistema nervioso, que se caracteriza por los movimientos involuntarios del cuerpo y temblores a la manera de un baile descoordinado.

Jeanne escribe en sus memorias que a los catorce años estaba al servicio del doctor Charcot, junto a las estrellas de la histeria. Fue una de ellas, el más alto puesto que una enferma de La Salpêtrière podía llegar a conseguir.

A La Salpêtrière acudían los médicos más destacados, los pensadores más conocidos del mundo entero para asistir a los cursos presididos por el maestro Charcot y presenciar las demostraciones y experimentos. Recuerde el cuadro del que le he hablado en el que aparecía Sigmund Freud.

Tan feliz estaba Jeanne de ser una de las elegidas que no duda en manifestarlo en sus memorias. Nada mejor que tomar prestadas unas líneas que Jeanne escribió para hacernos un retrato de cómo funcionaba:

> Chicas desquiciadas cuya dolencia llamada histeria consistía, sobre todo, en la simulación de la misma [...]. Cuánto se esforzaban por captar la atención y ganar el estrellato. El premio era para la que encontrara algo novedoso para eclipsar a las demás cuando Charcot, seguido por un gran grupo de estudiantes, se paraba junto a la cama y observaba sus salvajes contorsiones.

El 11 de julio de 1884, tras dieciocho meses en el hospital, Jeanne Beaudon fue declarada curada y tuvo que abandonar La Salpêtrière. Al no tener adónde ir, regresó al hogar materno del que no tardó en huir para librarse de la opresión de su violenta madre. Poco después adopta el seudónimo de Jane Avril y comienza a bailar en el Bal Bullier, un salón de baile que se encontraba en la zona de Montparnasse. En ese lugar, el público asistente quedaba asombrado con los bailes que realizaba en el escenario. Danzas que atraen por sus movimientos salvajes, que

resultan perturbadores. Son bailes inspirados en las convulsiones que sufrían tanto ella como el resto de enfermas del hospital de La Salpêtrière. Muy pronto, esas danzas la convierten en la estrella del Folies Bergère, el Divan Japonais y el Moulin Rouge, que son el centro de la vida nocturna de París, donde se dan cita mujeres de vida alegre, artistas de todo pelaje y aristócratas dispuestos a beberse la vida a grandes sorbos acompañados de morfina.

Había pasado una tarde maravillosa bien acompañado por Blanche, Augustine y por la deslumbrante Jeanne, y decidí abandonar La Salpêtrière para introducirme en las calles de París. En mi pasear leí pintada en una fachada de la Rue Pinel una frase de Plinio el Viejo: «No hay mortal que sea cuerdo a todas horas».

* * *

No sé si es usted aficionado a la ópera o la desprecia, no importa. Hoy le pongo de tarea la de escuchar el aria «Il dolce suono» de la ópera *Lucia di Lammermoor* de Gaetano Donizetti, y si lo hace en la voz de Montserrat Caballé, mucho mejor. El motivo es sencillo, posiblemente esta sea una de las mejores escenas de locura de toda la historia de la ópera. Lucia di Lammermoor es una joven huérfana. Su hermano Enrico la obliga a casarse con un noble para salvar a la familia de la ruina. Ella ama a Edgardo, quien también la ama. Sin embargo, se ve forzada al casamiento impuesto. Una vez concluida la ceremonia de bodas, Lucia enloquece y mata a su flamante nuevo esposo. Le sigue la esperada escena de delirio y locura.

La película que me gustaría que viera es *Asylum: el experimento,* una película del 2014 dirigida por Brad Anderson. Los motivos que me hacen decidirme por ella son tres. El primero que está basada, aunque libremente, en el relato de Edgar Allan Poe *El sistema del doctor Tarr y el profesor Fether;* el segundo, porque aparecen la atractiva Kate Beckinsale, el camaleónico Ben Kingsley y el siempre magnífico Michael Caine; y el tercero, porque creo que es una más que decente película sobre manicomios que no tuvo el éxito que considero que se merecía. El argumento es el siguiente: un joven médico formado en Oxford empieza a trabajar en un manicomio para conocer los métodos que emplea el doctor que dirige el centro. Allí se siente atraído por una de las pacientes. Los métodos del director sorprenden al recién llegado, ya que los enfermos

hacen vida común con los trabajadores del centro.

CARTA 4
HOSPITAL DE CHARENTON

París

El teatro del divino marqués

El año en que visité La Salpêtrière aproveché para acercarme al hospital de Charenton. Era como si inevitablemente el uno me arrastrara hacia el otro.

Había desayunado algo frugal en el comedor del hotel, ojeando la prensa sin acabar de interesarme por ninguna noticia. Al ir hacia la calle, vi que la recepcionista estaba escuchando la radio. Sonaba una canción de los Rolling Stone. Reconocí el estribillo y la voz de Mick Jagger. La muchacha de la recepción la tarareaba con más voluntad que destreza. Se trataba de «Too Much Blood» o lo que traducido al español viene a ser «Demasiada sangre».

Le dije *«bon jour»,* y ella me respondió *«bon jour»*. La típica muestra de educación de primera hora de la mañana y de primero de francés.

Alcancé la calle, miré al cielo y me gustó ver que no había ni una sola nube. En vista del buen día que hacía, me dispuse a acercarme caminando hasta el hospital de San Mauricio, o lo que es lo mismo, el antiguo hospital de Charenton. Calculé que, cuando cruzara el Sena por el Pont de Bercy, llegaría en menos de hora y media. Eso sí, a paso alegre.

Ya me encontraba en Quai de Bercy cuando me volvió al recuerdo el dúo que habían formado la recepcionista y Mick Jagger, y mecánicamente aparecieron en mi memoria unos de los versos de la canción: «Y cuando se la comió, llevó sus huesos al Bois de Boulogne».

La canción contaba un hecho real que había ocurrido en París en el año 1981. El 13 de junio, en el Bois de Boulogne, una pareja

de enamorados encontró dos maletas abandonadas en la orilla del lago del parque. La curiosidad les hizo acercarse a ver qué podían contener. Ver una mano que asomaba en una de las maletas les hizo gracia, pensaron que era de goma, de esas que venden como artículo de broma de carnaval. Al acercarse y comprobar que era auténtica la imagen les horrorizó.

A los pocos minutos, el Bois de Boulogne estaba saturado de gendarmes. En las maletas se hallaba desmembrado el cuerpo de una mujer. Los senos habían sido cortados y no se encontraban en ninguna de las dos maletas. Lo mismo pasaba con los labios, la punta de la nariz, las orejas y varios trozos de músculo en las piernas. El fémur de la pierna derecha era totalmente visible, como si hubiera sido descarnado por un maestro jamonero.

Dos días más tarde era detenido un hombre de treinta y dos años de nacionalidad japonesa. Medía metro y medio de altura y su nombre era Issei Sagawa. El testimonio del taxista que lo había llevado cargado con las dos maletas hasta la entrada del Bois de Boulogne había sido decisivo para su detención.

Hasta llegar al momento en que esas dos maletas fueron abandonadas, conocemos la sucesión de hechos gracias a la declaración que el homicida confesó a la policía de una manera calmada, como si lo que había hecho hubiera sido lo más normal del mundo. No escatimó ningún detalle.

El 11 de junio, Renée Hartevelt, una chica holandesa de veinticinco años, fue a cenar a casa de Issei Sagawa. No había nada extraño en ello, ambos eran compañeros de La Sorbona y habían salido más de una vez juntos como amigos. Habían compartido risas e ilusiones. Renée era guapa, la típica belleza de piel muy clara, rasgos dulces y sonrisa contagiosa.

Issei había mentido a la chica para que fuera a su casa pidiéndole el favor de que le fuera a grabar un poema en alemán, para entregar como parte de un trabajo que le habían pedido en la universidad. Ella, como era de esperar, no se negó a ir.

Mientras Renée leía en voz alta, grabando su voz en un magnetofón, Issei Sagawa, a su espalda, sin que ella se diera cuenta, apretaba el gatillo de una escopeta. ¡Renée no sufrió

porque no lo vio y porque no esperaba la muerte!

Después del homicidio, Sagawa practicó sexo con el cadáver. A continuación, diseccionó a la muchacha en varios trozos. Cortó parte de la carne y algunos de esos pedazos se los comió crudos, otros los dejó para ir comiéndoselos cocidos días después. El resto de la carne, a excepción de la que abandonó en el Bois de Boulogne, la guardó en el refrigerador para que se conservara y utilizarla en posteriores almuerzos.

Siento habérselo narrado de esta manera tan directa, pero el salvajismo de Issei Sagawa no puede contarse de otro modo.

Si había cometido esa atrocidad, dijo a los policías, era porque deseaba comer carne de una chica con los rasgos de Grace Kelly, su amor platónico.

Sagawa estuvo en prisión apenas dos años a la espera de que se le realizara un juicio. Tras un análisis psicológico, los médicos lo declararon demente y por lo tanto debía ser juzgado como tal con los eximentes que ello puede llegar a tener. Se libró de la cárcel y fue recluido en el hospital psiquiátrico Paul Guiraud.

Unos meses más tarde, le fue diagnosticada una encefalitis avanzada y los informes médicos daban al asesino apenas unas pocas semanas de vida. Le adelanto que el diagnóstico resultó erróneo, pues solo se trataba de una inflamación intestinal sin ningún peligro grave para la salud.

Aprovechando la circunstancia de una enfermedad terminal, no se puede saber si debido a un error médico casual o premeditado, el multimillonario padre de Issei Sagawa, presidente de una de las más importantes empresas de Japón, pidió que Francia diera permiso para que su hijo fuera transferido al prestigioso hospital Matsuzawa de Tokio, con la finalidad de que pasara allí sus últimos días de vida. Pedía para su hijo el acto humanitario que él no había tenido con Renée. El fiscal francés que llevaba el caso apoyó la petición, convencido de que quedaría allí recluido de por vida. Se equivocó, permaneció solo quince meses en el hospital. Salió a la calle en agosto de 1985 gracias otra vez a las gestiones de su padre, en este caso realizadas en Japón.

Libre, Issei Sagawa escribió la historia detallada de lo que le

hizo a Renée Hartevelt. Aceptó entrevistas en televisión, a cambio de unas buenas cantidades de yenes, para intervenir en cualquier programa cuanto más morboso mejor. Irónicamente, presentó programas culinarios donde de vez en cuando hacía bromas sobre el sabor de la carne humana. Se convirtió en una estrella mediática en Japón y llegó hasta a intervenir en películas porno.

Cuando terminé de recordar esa macabra historia, me encontraba a las puertas del hospital de Charenton, y allí me vino a la cabeza una frase escrita por uno de los distinguidos huéspedes que tuvo ese sanatorio, el marqués de Sade: «La ley solo existe para los pobres; los ricos y los poderosos la desobedecen cuando quieren, y lo hacen sin recibir castigo porque no hay juez en el mundo que no pueda comprarse con dinero».

Y con Sade en mi cabeza, entré en el hospital fundado en 1645 por los Hermanos de la Caridad. En el hospital de Charenton, desde su creación, siempre se intentó que los pacientes recibieran un tratamiento humano. Ese trato de vanguardia alcanza su máxima dimensión durante los años en que Charenton estuvo bajo la dirección de François Simonet de Coulmier.

Coulmier es la muestra más palpable del hombre de la Ilustración. Nacido en 1741, era el hijo mayor del tesorero general de Francia. Coulmier no quiso seguir los pasos de su padre y se decidió por la carrera religiosa, lo que hizo que acabara convirtiéndose en canónigo. Por sus cualidades de administrador, quizá heredadas de su padre, desempeñó el cargo de abad de Notre-Dame d’Abbecourt en 1783, seis años después consiguió el acta de diputado del primer estado, representando al clero en los Estados Generales de 1789, para luego entrar en la Asamblea Nacional Constituyente. En vista de lo que le he contado, no se puede discutir que se sabía mover en las procelosas ciénagas políticas con demostrada habilidad, lo que le llevó a ser nombrado en 1799 gerente general del manicomio de Charenton, por entonces el principal hospital de enfermos mentales de Francia.

Nadie puso inconveniente para su nombramiento, a pesar de la circunstancia de no poseer el título de doctor. Los que no estaban muy de acuerdo eran los miembros del estamento médico,

que criticaban sus métodos de tratamiento. Consideraban excesivamente liberal el que los pacientes tuvieran derecho a expresarse a través del arte. No entendían que eliminara las prácticas generalizadas de confinamiento y castigo físico a los internos de asilo. ¿Cómo era posible que suprimiera el encierro de los pacientes en jaulas de mimbre o prohibiera el uso de camisas de fuerza, y que tampoco fuera partidario de mojarlos con agua helada para aplacar sus ataques?

A pesar de la importante contribución que realizó en el campo de la salud mental, en la actualidad Coulmier es más conocido por la relación intelectual que mantuvo con el marqués de Sade que por los avances que llevó a cabo en el manicomio de Charenton.

El 1 de julio de 1789, dos semanas antes de la toma de la Bastilla, Donatien-Alphonse-François de Sade, marqués de Sade, que se hallaba recluido dentro de sus muros, es trasladado al manicomio de Charenton con el pretexto de que sufría demencia libertina.

En ese año de la revolución, las dos vidas, la del sacerdote y la del libertino, se juntan y surge una admiración mutua, a lo que hay que unir que gracias a la importancia de la familia del marqués y a los tres mil francos anuales que hacían llegar al hospital, el trato dentro de aquel recinto rozó la categoría de excelente.

Recluido en Charenton, el marqués de Sade tenía todo el tiempo del día para escribir y pasear por los alrededores, dando la sensación de estar más en un hotel que recluido a perpetuidad. Además, Coulmier, junto con el médico jefe Gastaldy, le permite convertirse en director de teatro, una nueva terapia que se estaba aplicando a los enfermos, que consistía en ensayar y representar obras teatrales de grandes dramaturgos franceses, como por ejemplo Molière, Corneille o Racine. En esos permisos que le daban para poner en escena obras teatrales, llegó a programar piezas propias en las que alternaba el tema filosófico con escenas bastante subidas de tono, a las que Coulmier hacía una relativa vista gorda.

Los participantes de aquellas obras con las que el manicomio también sacaba unos ingresos extras eran la mayoría de veces los

propios enfermos, aunque en ocasiones también había espacio para actores profesionales, incluso una vez tuvieron como invitada a una de las grandes divas de la ópera de aquellos años, la bella Alexandrine Saint-Aubin.

Se hacían largas colas durante horas para conseguir una entrada que les permitiera ver las piezas teatrales que se representaban. El público lo formaban enfermos no peligrosos e invitados muy selectos de la alta sociedad parisina.

Pero estas representaciones enseguida dejaron de hacerse, ya que el marqués siempre añadía a la obra teatral algún detalle escabroso que lograba ofender la moral de esa mitad de espectadores que pertenecían a la clase aristocrática.

Todo cambió hacia 1805, cuando fallece el médico jefe Joseph Gastaldy, que ha sido la mano derecha de Coulmier, y pasa a ocupar su puesto Antoine Royer-Collard, hermano de un importante diputado.

Royer-Collard, amparándose en su cargo de médico jefe, exigió controlar los registros de pacientes y cambiar los métodos de tratamiento que tan eficaces resultados habían tenido hasta entonces. Coulmier se niega a entregarle los expedientes, ya que cree que eso podría ser una seria amenaza para los internos, puesto que está convencido de que el nuevo médico jefe los utilizará para averiguar la ideología de los enfermos y realizar purgas políticas, dependiendo de las tendencias de cada interno.

El marqués de Sade aún tiene total libertad para organizar representaciones teatrales en presencia de los dementes, lo que origina que Royer-Collard dirija una carta al ministro general de Policía en la que denuncia esos privilegios:

> Existe en Charenton un hombre al que su audaz inmoralidad ha tornado, por desgracia, demasiado célebre, y cuya presencia en este hospicio acarrea los más graves inconvenientes: deseo hablar del autor de la infame novela *Justine*. El señor de Sade goza de una libertad excesiva. Puede comunicarse con otros enfermos de uno y otro sexo, a unos les predica su horrible doctrina, a otros les presta libros. En la casa se dice que vive en compañía de una mujer que hace pasar por su hija.

Posiblemente, en ese punto de la compañía femenina del marqués de Sade, el médico se esté refiriendo a Madeleine LeClerc, una muchacha que trabaja de lavandera en el manicomio, con la que el marqués mantiene relaciones sexuales.

En la carta se puede seguir leyendo:

> Pero esto no es todo. Se ha cometido la imprudencia de formar una compañía de teatro con el pretexto de hacer representar comedias por los internos, sin reflexionar sobre los funestos efectos que tal alboroto debe causar necesariamente en sus imaginaciones. Él es quien indica las piezas, distribuye los papeles y dirige los ensayos.

Y termina concluyendo:

> Pienso que no es necesario subrayarle a vuestra excelencia el escándalo de tales actividades ni describirle los peligros de todo tipo que implican.

Al final, utilizando las artimañas más sibilinas, Royer-Collard consigue que Coulmier sea destituido de su cargo el 30 de mayo de 1814.

Lo primero que hizo Royer-Collard fue retirar los utensilios de escritura al marqués. Esa era la mayor tortura que le podían hacer, era como cortar las alas a la libertad que le sostenía vivo. Quitado el instrumento que le hacía mantener en orden sus pensamientos, fue cayendo en una profunda depresión que le llevó a la muerte seis meses después, a la edad de setenta y cuatro años.

Di unas vueltas por dentro del terreno del hospital de Saint-Maurice donde, como le dije, estuvo el asilo de Charenton. En París, también creo haberle escrito, nada es lo que aparenta, y al ver el ala antigua del hospital creí estar viendo el Louvre y al contemplar la capilla sentí estar viendo La Madeleine. Al salir del recinto vi grabado sobre un gran portal de piedra «Hospital Esquirol», que así es como se llamó después de ser el asilo de Charenton y antes de llamarse hospital de Saint-Maurice. El que se llamase hospital Esquirol se debe al cirujano Jean-Étienne-Dominique Esquirol, que después de haber sido médico en La Salpêtrière tomó el mando del hospital de Charenton. Su mayor

mérito, y no el único, fue humanizar los tratamientos y el cuidado a los pacientes. Buscó la relación entre la locura y la pasión. Dentro del recinto del hospital se puede ver una estatua. En ella, Esquirol está sentado, y a sus pies hay una persona tranquilamente acurrucada, es un loco. Uno de los locos a los que Esquirol trató como personas.

Separado del hospital de Charenton me senté en la terraza de una *brasserie* y pedí un refresco. Cuando ya lo estaba bebiendo, me llegó el humo del cigarro que fumaba la persona sentada a la mesa contigua. Tosí y en un acto reflejo recordé las indicaciones y fotos que muestran las cajetillas. Fumar mata, fumar produce impotencia… Frases que van acompañadas de bronquios y pulmones medio destrozados. Esas imágenes me hicieron recordar que el asilo de Charenton fue utilizado como reclamo para que la gente dejara de consumir absenta, ese licor alcohólico con un ligero sabor anisado. En los locos años veinte se popularizaron carteles en los que se llamaba la atención a los consumidores de absenta, en donde se indicaba que, si no terminaban con su hábito, acabarían en el asilo de Charenton.

Acabé de tomarme el refresco y cuando me levanté me llegó nítida la voz de Sade que me decía: «No es mi modo de pensar lo que ha causado mis desgracias, sino el modo de pensar de los demás».

* * *

Habrá podido imaginarse que mi recomendación musical no es otra que «Too Much Blood» que Mick Jagger y Keith Richards compusieron para su banda The Rolling Stones, incluida en un álbum del año 1983. Sobre de qué va la canción, creo habérselo contado. Esta composición nunca ha sido interpretada en directo por los Rolling Stones y tampoco ha sido incluida en álbumes recopilatorios de la banda. El motivo, lo supongo, pero desconozco si es el que pienso.

Esta noche bien puede pasarla viendo la película que dirigió Peter Brook en 1967, *Marat-Sade,* interpretada por Patrick Magee, Ian Richardson y Glenda Jackson entre otros. El largo título de la obra teatral de Peter Weiss en la que se basa es sobrada explicación del porqué se la

recomiendo: *La persecución y asesinato de Jean-Paul Marat representada por el grupo teatral de la casa de salud mental de Charenton bajo la dirección del marqués de Sade*. Dado que ese largo título ya es lo suficientemente explícito, no pierdo el tiempo en contarle el argumento.

CARTA 5
HOSPITALES DE VILLE-EVRARD
Neuilly-Sur-Marne

Y MONTDEVERGUES
Vaucluse

Una mujer condenada al olvido

> Yo, el abajo firmante, doctor Michaux, certifico que *mademoiselle* Camille Claudel padece trastornos intelectuales muy graves; que viste ropas miserables; que ella está absolutamente sucia, ciertamente nunca se lava...

Con esas palabras comienza el documento que sirvió para que Camille Claudel fuera ingresada en el sanatorio mental de Ville-Evrard.

Me subí al tren de la Red Regional de Ferrocarriles (RER) en la Gare de Lyon con la intención de acercarme a ese sanatorio. En doce minutos llegaría a Neuilly-Plaisance, donde realizaría un transbordo para tomar un autocar que en otros doce minutos me dejaría cerca del hospital de Ville-Evrard.

En este corto trayecto quise poner en orden mis conocimientos sobre Camille Claudel. Su talento había despuntado temprano, ya desde niña sus manos formaban obras de arte con el barro. De pequeña, esas modelaciones le resultaban graciosas a su madre, pero a medida que iban pasando los años cambió de opinión, porque deseaba que su hija fuera una futura madre, una esposa ejemplar y mujer de su casa.

Su padre no era de la misma opinión, pues se daba cuenta de que su hija reunía grandes cualidades artísticas. Buscando una visión objetiva, pidió consejo al escultor Paul Dubois, quien quedó entusiasmado con las esculturas de Camille. Animada por la opinión de Dubois, ese año presentó una de sus obras en el Salón de Artistas Franceses. Las críticas se deshacen en elogios. Su nombre por primera vez aparece en la prensa. Al año siguiente, se traslada a París e ingresa a la Academia de Arte Colarossi, una de

las pocas academias de la época que aceptaban a estudiantes femeninas y la única que permitía dibujar modelos de desnudos, tanto femeninos como masculinos, para que sus alumnas perfeccionasen su estilo.

El revisor, con la educación típica de los franceses, me pidió el billete. Aproveché para preguntarle por el transbordo en Neuilly-Plaisance. Me respondió que era sencillo. Salía de la estación y allí al lado debía de subirme al autobús 113, que va en dirección a Celles, y terminó con un «no tiene pérdida».

Cuando se alejó, yo seguí con lo mío. Ese 1883 es un año clave en la vida de Camille Claudel. Conoció al más famoso escultor francés de la época, Auguste Rodin, quien al verla quedó fascinado por su belleza. Esa belleza la podemos ver en una fotografía fechada en 1884. Aún tiene cara de niña, con la lozana luminosidad de las muchachas de provincias; pero cuando miro sus ojos, no adivino la razón por la que están tristes. Cuerpo y alma son los dos factores que conducen a que Rodin se ofrezca a convertirse en su maestro y mentor, proponiéndole formar parte del grupo de jóvenes escultores que colaboraban en su taller. No puede haber mejor noticia para la muchacha que la de aprender al lado del escultor al que ha admirado desde niña.

En esos momentos, Rodin estaba trabajando en la famosa obra *La puerta del infierno* y le encarga a la muchacha modelar las manos y los pies de todas las figuras del grupo escultórico. Hoy en día, se puede afirmar que parte de la creación de este grupo escultórico le corresponde con todo derecho a Camille Claudel.

La presencia de la muchacha en el estudio donde todos son hombres provocó suspicacias y envidias entre el resto de aprendices. Esa adversidad no le hace abandonar sus propósitos. Poco a poco, gracias a su seriedad y capacidad de trabajo, consigue despertar la admiración de sus compañeros.

Por méritos, pasa de ser ayudante a convertirse en la inspiración del maestro, para después ser su modelo y terminar desempeñando el papel de amante. La diferencia de edad no es problema para la relación entre ellos. Él tenía cuarenta y tres años; ella, solo diecinueve.

Surgió la inevitable atracción entre maestro y alumna. Robaban tiempo a sus vidas para estar juntos. Se quedaban en el taller hasta más tarde que los demás para poder estar a solas.

Obedeciendo a lo que me había dicho el revisor del RER, me subí al autobús 113 con la precaución de preguntar al conductor si paraba en Ville-Evrard. *«Oui, monsieur!»*, fue su simple y precisa contestación.

Cuando partió el autobús yo estaba recordando que Auguste Rodin no estaba casado, aunque mantenía una relación marital con Rose Beuret, una costurera analfabeta que según he leído siempre iba desarreglada. El escultor la conoce desde que él tenía veinte años y ha sido su compañera fiel. Esa mujer lleva veintinueve años a su lado y le ha ayudado en la organización del taller y en múltiples ocasiones le ha servido de modelo. El excéntrico y egoísta Rodin está a gusto teniéndola a su lado. En 1866, la pareja tuvo un hijo que llevaría el nombre de Auguste-Eugéne, al cual el escultor se negó a darle su apellido. Ese nacimiento ocurrió dieciocho años antes de que el artista conociera a Camille.

La pasión que despierta Camille en Rodin cada día va en aumento, y eso le llevó dos años más tarde a alquilar una mansión de dos plantas conocida como La Folie Neubourg. Para mantener su intimidad y evitar en lo posible las habladurías, decidieron montar en esa casa un taller privado, pero nunca un hogar común, que era lo que Camille más deseaba.

En esos años de intensa creación, Camille sufre con mayor intensidad la cruel incomprensión de su madre, que no soporta los rumores que corrían por París de que vivía amancebada.

Camille y Auguste sentían una pasión mutua, pero existían unos inconvenientes que enturbiaban que la situación fuera idílica. El primero ya lo conocemos, la presencia de Rose Beuret, con quien el escultor no tiene intención de casarse, pero que le resulta una compañía estable y que no pone reparos a las aventuras que mantiene con otras mujeres aparte de Camille. El segundo inconveniente era que Camille comenzaba a notar demasiado la influencia de su maestro en sus obras y no podía soportar los comentarios de que estas no le pertenecían, sino que todas habían

salido de las manos del genial Auguste Rodin, ocupando ella el papel de protegida. Esa sensación de menosprecio por parte de la crítica era un síntoma de que nadie podía reconocer que una mujer pudiera realizar unas obras tan bellas.

Después de quince años de amor y de trabajo conjunto, Camille decidió poner fin a la relación, harta de que, aunque se lo había pedido, el escultor no quisiera separarse de Rose.

A partir de la ruptura, la pasión que antes sentía por Rodin, la canaliza en realizar esculturas. Los encargos se le amontonan, pero tiene problemas económicos por no cumplir con la fecha de entrega acordada con los galeristas. Su salud se va debilitando. Es entonces cuando la locura la visita y aparecen los primeros síntomas, que se manifiestan con la destrucción masiva de sus trabajos.

Es marzo de 1913 y Camille Claudel lleva quince años sin crear una obra nueva. Vive apartada de todos. El único que parece comprenderla es su padre, que siempre la defiende contra la opinión de su esposa. La muerte de su padre precipita los hechos. Pasados los funerales, la madre decide internarla en un sanatorio mental.

Cuando el autobús se detuvo en Ville-Evrard, yo estaba recordando el certificado de la entrada en el sanatorio: «Yo, el abajo firmante, doctor Michaux, certifico que *mademoiselle* Camille Claudel padece trastornos intelectuales muy graves; que viste ropas miserables; que ella está absolutamente sucia, ciertamente nunca se lava».

En el expediente que le abre el doctor Michaux, escribe que hace varios meses que no sale durante el día, pero que hace viajes raros en medio de la noche; que todavía siente terror de los seguidores de Rodin, que se imagina siendo perseguida. Empieza a ser peligrosa para ella misma por la falta de cuidado e incluso a veces también es peligrosa para sus vecinos. Y concluye que sería necesario internarla en un hogar de ancianos.

La madre de Camille, de setenta y tres años, firma la solicitud de ingreso para su hija en la residencia de Ville-Evrard. Entrar en ese tipo de establecimientos no es una decisión voluntaria; requiere

una doble firma, la de un médico y la de un ser querido. Y según la ley, todos los meses, este certificado debe ser renovado.

Ya estaba caminando por el bien cuidado césped de Ville-Evrard, un lugar de dimensiones gigantescas donde los pabellones se suceden uno tras otro, dando la sensación de no tener fin.

El complejo del hospital cuando internan a Camille estaba dirigido por el médico jefe Truelle. En el sanatorio son las familias las que pagan un precio diario por la estancia, según tres clases posibles de mayor a menor. La primera clase, donde estaba Camille, era cara, y eso le daba derecho a una habitación individual.

El 10 de marzo, en las primeras observaciones, el doctor Truelle le diagnostica que tiene una sistemática manía persecutoria mezclada con delirios de grandeza, creyéndose víctima de los ataques criminales de un famoso escultor y de sus secuaces. Con el paso de los días, el doctor Truelle manifiesta que no tiene el más mínimo interés de mejorar y que su sobrepeso empieza a ser exagerado. Sobre sus dientes, indica que están en mal estado para la edad de cuarenta y ocho años que figura en su expediente. Conclusión, el diagnóstico clínico es contundente, demencia paranoide.

La madre de Camille da instrucciones muy estrictas para que no reciba visitas en su estancia en Ville-Evrard y que no se relacione con nadie externo al hospital, ya sea de manera oral o escrita. Camille Claudel se saltó la prohibición mandando una carta desesperada a su madre rogando que la sacara de allí.

El 28 de marzo, la señora Claudel escribió al supervisor un tanto molesta: «Me sorprendió mucho que mi hija pudiera enviar una carta. Si tiene la facultad de escribir de esa manera a quien quiera, seguirá haciéndolo a todos los que conoce y Dios sabe lo que es capaz de decir».

Esa recriminación consigue que el centro de salud siga sus indicaciones al pie de la letra, lo que da lugar a que la madre mande una carta a la dirección de Ville-Evrard felicitándola: «Estoy encantada de haberle pedido que no permita que nadie visite a *mademoiselle* Claudel y que tampoco se le permita mantener

correspondencia con nadie. Debe estar atento, señor».

Durante el tiempo que Camille está encerrada en Ville-Evrard no tiene contacto con ningún familiar. Su madre nunca perdió ni un solo segundo de su vida para ir a visitarla. El único momento en el que se acuerda de su hija es cuando tiene que dar la autorización para extender un mes más el certificado de reclusión.

De regreso a París, primero en el autobús 113 y después en RER, me vino a la memoria otro insigne personaje que también estuvo encerrado en Ville-Evrard, en este caso bastantes años después de la estancia de Camille Claudel. Fue el poeta Antonin Artaud, quien pasó buena parte de su vida peregrinando de manicomio en manicomio. De ellos llegó a decir: «El hospicio de alienados, bajo el amparo de la ciencia y de la justicia, es comparable a los cuarteles, a las cárceles, a los penales».

En su carta a los directores de manicomios, el artista denunció que fue sometido a terapias electroconvulsivas y nunca dejó de sostener que la concepción de la realidad de aquellos llamados locos era tan legítima como la de cualquier otro.

Tiempo después, ya en Barcelona, me di cuenta de que faltaba la mitad de la historia. Ville-Evrard solo fue parte del infierno en el que estuvo prisionera Camille Claudel. Era hora ya de conocer la continuación. Debido a la Primera Guerra Mundial, se evacuó el asilo de ancianos de Ville-Evrard. Camille será entonces trasladada, junto con otros quinientos pacientes, al asilo de Montdevergues, un lugar alejado de los frentes de batalla al encontrarse cerca de Avignon.

Un fin de semana pensé en hacer una escapada desde Barcelona a Avignon, tampoco hay tanta distancia, y así visitar el asilo de Montdevergues. Al enterarme de que ese lugar ya no existía, desistí. Aunque me hubiera gustado mirar por la misma ventana de la habitación en la que, según se dice, pasaba las horas Camille buscando su libertad y viendo solo un muro de piedra. Me conformé con mirar una postal del manicomio y continué con mi particular viaje que, en esta ocasión, era más mental que real.

A la muerte de su madre, pasa la tutoría a su hermano Paul, que ya es un reconocido literato de prestigio y un diplomático que

se mueve en las más altas esferas. Paul Claudel no hace nada por su hermana, al igual que su madre, tampoco se acercó a verla. Incluso, como le parecía muy cara la estancia en una habitación individual, decidió enviarla al pabellón de mujeres, donde sufría un frío polar en invierno y un insoportable calor en verano. Allí pasó los últimos años de su vida. En Montdevergues estuvo encerrada durante veintiocho años, hasta su fallecimiento el 19 de octubre de 1943.

Doce años después fallece su hermano Paul. Con esa muerte, se levantó el veto que existía para ocultar todo rastro de Camille, y entonces los descendientes, quizá avergonzados por el comportamiento de la madre y del hermano, quisieron darle la tumba digna que se merecía. Escribieron al asilo de Montdevergues solicitando que les facilitaran la ubicación exacta de su tumba y de paso les fuera concedido el permiso para poder exhumar el cuerpo de Camille para su traslado. La institución les contestó que la tumba había desaparecido, ya que habían ocurrido una serie de ampliaciones utilizándose para ello los terrenos del pequeño cementerio donde se enterraba a los pacientes olvidados por sus familias. Entre esos pacientes se encontraba el cuerpo de Camille Claudel.

No oculto mi pasión por las obras de Camille Claudel. *El gran vals*, *La edad madura* o *Vertumno y Pomona* son auténticas obras de arte que me atrevo a decir que superan —sobre todo *Vertumno y Pomona*— a las realizadas por Auguste Rodin. En el año 2017 abrió sus puertas el Museo Camille Claudel en el pequeño pueblo de Nogent-sur-Seine, localidad en la que vivió la escultora de los doce a los quince años.

Quiero terminar esta carta con una frase que dijo la escritora Françoise Sagan, que bien pudiera haber dicho Camille Claudel: «He amado hasta llegar a la locura; para mí, es la única forma sensata de amar».

* * *

Lo mejor que puede hacer en estos momentos es disfrutar de la voz de

Linda Eder interpretando la canción «Gold», del musical *Camille Claudel,* compuesta por Frank Wildhorn. «Gold» es una preciosa composición que sirve para poner broche de oro al musical. En una de sus estrofas pone en boca de Camille: «Nunca sabré si tenía razón. ¿Luché lo suficiente? Cuando las batallas se volvieron demasiado duras, ¿debería haber cedido?».

Mi sugerencia cinematográfica va a ser *La pasión de Camille Claudel,* dirigida por Bruno Nuytten en 1988. Las razones que me llevan a recomendársela son que Isabelle Adjani da vida a una creíble Camille Claudel, y eso siempre es garantía, y Gérard Depardieu se introduce en la piel de Auguste Rodin. El mayor logro de la película fue que, gracias a ella, la figura de Camille Claudel fuera ampliamente reconocida y se descubriera que era una de las mejores escultoras de la historia, que en ocasiones superaba a su maestro, Auguste Rodin.

CARTA 6
ISLA DE SAN SERVOLO

Venecia

La isla de los locos

Navegaba en el *vaporetto* número 20 por la misma laguna que recorrí para visitar el cementerio de la isla de San Michele de la que le hablé en su día. En esa ocasión, le expliqué lo que vi en el cementerio y me olvidé de alguien, de una persona de nombre Ezra Pound. Fue un olvido imperdonable, así que voy a intentar solucionar esa falta lo antes posible.

El 3 de mayo de 1945, el poeta Ezra Pound fue acusado del delito de traición a raíz de sus comentarios propagandísticos a favor de los dictadores Mussolini y Hitler en Radio Roma, a lo que había que sumar sus frases despectivas hacia los aliados. Ese fue el motivo para que fuera apresado en Italia en su casa de Rapallo, cerca de Génova. Durante tres semanas fue retenido en un campo de prisioneros de la ciudad de Pisa y lo colocaron, para humillarlo, en una jaula expuesta al sol.

Pasadas tres semanas, lo embarcaron en un avión con el fin de ser juzgado en Estados Unidos. Ezra Pound era de Hailey, una localidad del estado de Idaho. Ese fue el motivo por el que las autoridades estadounidenses consideraron que debían ser ellas quienes le aplicaran el castigo que en verdad se merecía.

En el juicio no hay nada que pueda servir como eximente a sus acciones propagandísticas de los regímenes nazi y fascista. Los servicios de inteligencia norteamericanos habían recogido centenares de horas de grabación con frases repugnantes del poeta sobre los aliados, sus comentarios antisemitas y las alabanzas innecesarias a las figuras del dictador alemán y del italiano. Todo parece indicar que esos delitos que originan sus palabras le van a conducir a la pena de muerte. La comunidad literaria de habla

inglesa, al enterarse de lo que podría ocurrirle, intercedió por Pound, quien, a pesar de su ideología, era reconocido como un gran poeta; porque como bien sabe una cosa no invalida la otra. No se puede obviar que T. S. Eliot le había dedicado su famoso poema *La tierra baldía*. La presión continua de los más influyentes poetas tuvo por resultado la suspensión del juicio y que se ordenara su reclusión en el manicomio de St. Elizabeth, en Washington.

Ezra Pound está enterrado en el cementerio de San Michele, al morir en Venecia el 1 de noviembre de 1972. ¡Sí, en Venecia, ha leído bien! Ya llegará el día en que le cuente por qué se dio esa circunstancia, pero aún no ha llegado el momento. En su entierro, cuatro gondoleros vestidos de negro llevaron su cuerpo hasta la isla de San Michele. Su tumba pasa inadvertida. Está colocada en un sitio que parece buscado expresamente para que no se vea y que nadie tenga la tentación de llevarle flores. Lo único que la señala es una piedra rectangular que se halla tumbada encima de la tierra. No lleva ninguna fecha solo un nombre, «Ezra Pound».

El viaje desde la isla de Venecia al asilo de San Servolo dura solo unos diez escasos minutos. Pocas son las visitas que se acercan allí, a excepción de algún despistado o de algún curioso, como era mi caso, que por no encontrar mejor ocupación acaba realizando la que requiere menor esfuerzo.

Desde lejos uno no sabe adivinar el uso que se hacía en la isla, pero cuando se descubre que era llamada «la isla de los locos», la mitad de la duda queda aclarada. Cuando Percy Shelley la visitó acompañado de Lord Byron, no fue generoso con su opinión al denominarla como un «montón deforme y deprimente sin ventanas».

En el año 1630 llegan a Venecia embajadores de Mantua para pedir ayuda. Su ciudad estaba muy afectada por la gran plaga de Milán que llenaba de cadáveres la Lombardía y el Véneto. Se dictan medidas de cuarentena en la isla de San Servolo, al hallarse preparada para ese menester. La peste es de tal magnitud que Venecia pierde una tercera parte de sus habitantes, lo que posiblemente ayudó a terminar con el esplendor que hasta

entonces había poseído. ¡Espero que la pandemia que estamos viviendo no traiga efectos tan terribles!

A punto de descender del *vaporetto* repasé un pequeño folleto que había recogido en la recepción del hotel en Lista di Spagna, donde me alojaba, y de él saqué una serie de datos, mínimos pero necesarios, para situarme en la historia. Una de esas informaciones es que fue el hogar de los monjes benedictinos en el siglo VII. En cuanto al sobrenombre de la «isla de los locos» subrayaban que le viene desde 1725, cuando en ella se erigió el manicomio de Venecia.

Terminaba la corta explicación diciendo que una vez que se cerró el manicomio en 1978, el Gobierno decidió crear un lugar para conservar toda la documentación recopilada por esta institución en todos esos años. En 2006, se reabrió el Museo del Manicomio de San Servolo, lugar que yo tenía intención de visitar.

Descendí del *vaporetto* en la única parada con que cuenta la isla. Ese debía de ser el lugar adonde llegaban los locos y en el cercano edificio, donde eran clasificados para permanecer de por vida en la isla.

Es fácil llegar al museo, todo es fácil en la isla de San Servolo. Cuando accedí a su interior me desilusionó, ya que lo había imaginado de mayor tamaño, lo que me hizo temer que mi viaje hubiera sido en balde. Al final quedó demostrado que me había equivocado en esa precipitada apreciación.

Le voy a contar lo que vi, pero no le aseguro que sea en el orden que lo vi, ya sabe que la memoria a menudo es caprichosa y coloca en un lugar lo que debería estar situado en otro. Por eso, en ocasiones, el recuerdo nos hace situar unas rosas donde en su tiempo hubo cardos.

A primera vista, lo que más me llamó la atención fue una camisa de lona de forma irregular y con unos brazos largos, de la que se podía sacar la errónea conclusión de que la había confeccionado un sastre con muy poca habilidad para el corte y confección. Al acercarme y ver el tipo de tela y las correas, descubrí que era una camisa de fuerza. Al colocarse, las mangas se cruzan al frente y se atan por la espalda. Otra correa en la

entrepierna evita que la camisa simplemente se tire hacia abajo desde la parte superior. ¡Si ya es terrible cuando nos aprieta un jersey o intentamos ponernos una camisa una talla menor forzando los brazos, no puedo imaginarme el sufrimiento que se debe sentir atrapado dentro de esas camisas sin poder escapar por mucho que se intente! La camisa de fuerza no tiene otra función que inmovilizar al paciente para que no pueda dañarse con sus convulsiones. Hoy en día, su uso ha quedado relegado en favor de los fármacos.

Según he leído, la camisa de fuerza la inventó en 1790 un tal *monsieur* Guilleret, cuyo nombre de pila no he podido localizar en ningún lugar, que ejercía de tapicero del hospital psiquiátrico de Bicêtre en París. Quizá esa información no sea cierta al cien por cien, porque consta que hacia 1772 un médico irlandés que se llamaba David MacBride ya detalla algo similar en uno de sus textos. Los modelos más antiguos que se conservan están exentos de mangas, los brazos quedan aprisionados debajo de la tela. La imagen más aproximada puede ser similar a como cuando envolvemos el relleno de carne en la pasta de los canelones. Espero que ese ejemplo culinario le haya servido de ayuda.

Para hablar de la camisa de fuerza hay que recordar al ensayista inglés Charles Lamb. Este intelectual abogó que lo que hacía falta no era someter con violencia los impulsos, sino algo completamente diferente, ponerse en el lugar del enfermo y hacer todos los esfuerzos por comprenderlo.

Le voy a recrear la escena que ocurrió el 22 de septiembre de 1796. Mary, hermana de Charles Lamb, estaba preparando la cena. Aunque la familia tenía servicio, cocinar era un pasatiempo que la relajaba. A su lado había una ayudante que realizaba todo cuanto Mary le ordenaba, ya fuera picar una cebolla o pasarle la vinagrera. Hubo un momento, no se sabe por qué, en que Mary se enojó con ella y decidió abandonar la cocina. Con una furia inusual, apartó bruscamente a la muchacha de su camino. La madre de Mary comenzó a gritarle por este comportamiento tan impropio de una señorita. ¡Cada vez le gritaba más fuerte! En ese instante, Mary sufrió un colapso mental. Sin pensar y fuera de sí,

empuñó un cuchillo de cocina y se lo clavó en el pecho a su madre. La puñalada fue mortal. Estaban presentes dos de los hermanos de Mary, John y Sarah. Poco después, alarmado por los gritos, Charles, otro de los hermanos, entró corriendo en la cocina y le quitó el cuchillo de las manos a Mary, que se había quedado paralizada.

Esa noche, Mary fue confinada en un centro psiquiátrico local, donde los doctores diagnosticaron que se trataba de un ataque de locura y la dejaron internada a la espera de que se determinara lo que se debía de hacer con ella. Solo podía haber dos soluciones. La primera alternativa era que acabara en la cárcel y la segunda que fuera internada en un manicomio. Charles Lamb asumió la responsabilidad de la tutoría de Mary, tras rechazar el deseo de su hermano John de que fuera internada en un manicomio público. Charles no le guardó rencor a su hermana por haber matado a su madre. Su misión prioritaria desde aquel momento fue la de ayudar, con todos los medios a su alcance, a que ella llevara una vida normal dentro de lo posible, haciéndose cargo de ella. Durante los treinta años que estuvieron juntos, hasta el fallecimiento de Charles, su hermana era llevada a un sanatorio cada vez que sufría un colapso. Siempre que realizaban un viaje, colocaba una camisa de fuerza en la maleta, junto a la ropa blanca, por si estando lejos de casa sufría una de sus crisis.

En contra de la opinión unánime de los médicos, Charles Lamb nunca dejó que su hermana fuera internada en un manicomio. Continuamente la animaba a que escribiera, ya que estaba dotada para la escritura, y a que llevara una vida normal. A cuatro manos publicaron un libro que alcanzó fama en los países anglosajones y que era una adaptación a cuento de las obras de Shakespeare, destinada a niños y a adolescentes.

Lo que a continuación le relato no he podido comprobarlo, ya que no he localizado el dibujo que, según dicen, fue realizado por el propio Charles Lamb. En ese dibujo, los dos hermanos caminan cerca de un hospital psiquiátrico. Ella se apoya en Charles con una mano y, con la otra, carga con una camisa de fuerza. Si no es cierto, es una mentira de una belleza y de un dolor enormes.

Cuando Charles falleció en 1834, Mary estaba en un punto de locura bastante alto y fue incapaz de sentir dolor por la muerte de su hermano, aunque se recuperó lo suficiente, hasta el punto de convencer al poeta William Wordsworth para que escribiera unas líneas para la lápida conmemorativa de su hermano. El epitafio decía: *O he was good, if e'er a good man lived,* que más o menos viene a significar: «Oh, él era bueno, si alguna vez un buen hombre vivió».

Mary sobrevivió a su hermano Charles casi trece años. Durante ese periodo estuvo asistida por un grupo de cuidadoras que nunca pudieron suplir el cariño que había tenido con ella su hermano. Como no podía ser de otra manera, fue enterrada junto a él en el cementerio de Edmonton en Middlesex.

Acabaré esta historia con una frase de Charles Lamb: «El mayor placer que conozco es hacer sigilosamente una buena acción y dejar que se descubra por accidente».

Dejé de mirar la camisa de fuerza y continué con la visita al museo de la isla de los locos. Un poco más adelante me detuve en la farmacia, en la que se muestran en unas inmensas vitrinas mil setecientos frascos de cerámica, que me transportaron por unos segundos a las boticas que conocí hace ya mucho tiempo en las que se vendían fórmulas magistrales que convertían la medicina en alquimia. A continuación, descubrí una serie de instrumentos que parecían sacados de una caja de bricolaje o del armario de la pared de un taller mecánico. Entre ellos, vi una sierra, un martillo, una especie de clavo más largo de lo habitual y un berbiquí manual, entre varios instrumentos más. ¿Para qué servían? La respuesta era que esos instrumentos que tenía delante eran los que se solían utilizar en las trepanaciones.

La trepanación es una práctica quirúrgica llevada a cabo desde hace muchos siglos. Esa operación técnica es una de las maneras para acceder al cerebro. Se realiza mediante una escisión en el cráneo, que consiste en unos cortes que deben ser realizados con forma de cuadrado o simplemente practicando unos agujeros. En la antigüedad, esta técnica, al no conocerse otra, era la más utilizada en causas médicas, como era en el caso de las epilepsias.

Debemos remontarnos al antiguo Egipto para descubrir que esa civilización fue la pionera en aplicar este tipo de intervenciones. Eran entonces realizadas de una manera, tengo que confesarle, algo rudimentaria, con casi ninguna medida higiénica y en todas las ocasiones, sin anestesia. En Egipto, después de la operación, tenían por costumbre conservar los fragmentos de hueso extraídos del cráneo del paciente y se utilizaban como amuletos. Era común que a los soberanos les realizaran la trepanación cuando estaban a punto de morir, para que su alma pudiese abandonar su cuerpo por ese lugar. Esta acción la llevaba a cabo el médico de la corte, ayudado por «el hemostático» cuya función era habitualmente la de solo mirar. Del hemostático se decía que era una persona que, solo con hacer acto de presencia, era capaz de detener la hemorragia del paciente. Era un cargo muy deseado y pasaba de padres a hijos.

La trepanación se llevaba a cabo porque el paciente sufría dolores muy fuertes de cabeza. Existía el convencimiento de que la mayoría de las veces se trataba de un tumor. El médico, con una maza, daba golpes de diferente intensidad en distintas zonas de la cabeza y solo se detenía cuando la persona gritaba de dolor. Ese grito era el aviso que señalaba al cirujano la zona donde se ubicaba el tumor. Entonces era cuando se utilizaba un instrumento quirúrgico, en forma de broca, que servía para perforar y realizar agujeros en el hueso. Ese instrumento se denominaba «trépano» y es fácil entender por qué esa técnica recibe el nombre de «trepanación».

Uno de los cuadros más conocidos del Bosco, *La extracción de la piedra de la locura,* muestra una trepanación. Si nos fijamos, podemos asistir a una especie de operación quirúrgica, habitual en la Edad Media, que consistía en la extirpación de una piedra que se creía que causaba la demencia. En esa época estaba extendida la creencia de que los locos tenían una piedra alojada en el cerebro, y la única forma que se conocía para curar la locura que padecían era efectuando un orificio en el cráneo, por el cual se encargaban de extraerla.

El Bosco no tuvo impedimento en denunciar esa práctica tan

instaurada, que se aprovechaba de la ignorancia de la gente. En el cuadro, se puede observar a un doctor que lleva un embudo en la cabeza (considerado el símbolo de la estupidez) y que extrae una piedra de la cabeza de una pobre persona que nos mira con una expresión dócil y resignada. El paciente lleva una bolsa, previsiblemente llena de dinero, atravesada por un puñal como símbolo de la estafa. *La extracción de la piedra de la locura* es uno de los cuadros del Bosco más realistas, pues retrata un hecho común de la época, lejos de las magistrales fantasías de *El Jardín de las Delicias* o *El carro de heno*.

Seguí mi camino por el museo hasta detenerme a contemplar un aparato que, a primera vista, me hizo recordar las películas de ciencia ficción de los años cincuenta de bajo presupuesto. Era una caja metálica con una rueda plástica que hacía el papel de mando, contaba con unos medidores con una aguja roja y unos conectores de donde salían unos cables que debían ir unos conectados a la corriente, y los otros, no sabía entonces adónde. Pronto descubrí la utilidad del aparato. En las décadas de 1940 y 1950 la psiquiatría hace grandes avances, destacando la terapia electroconvulsiva, o lo que popularmente hoy en día conocemos como electrochoque. Esa terapia fue uno de los descubrimientos que más rápidamente se difundió en Occidente como una manera de expulsar los dolores psíquicos a través de la corriente eléctrica, con el propósito de tranquilizar a las personas internadas en los sanatorios mentales.

Para saber un poco más de ese artefacto, la primera persona que debe aparecer es el neurólogo italiano Ugo Cerletti. La escena que ocasionó que Cerletti inventara y utilizara el electrochoque se dio en un matadero de Roma. El doctor, desconozco los motivos, se hallaba en el matadero de la ciudad y se detuvo para observar con detenimiento algo que le había llamado la atención desde hacía rato. Lo que mira son los cerdos aún vivos que se encuentran a punto de ser sacrificados. Se da cuenta de que, antes de degollarlos, les aplican una descarga eléctrica a la altura de las sienes. Eso hace que se tranquilicen y puedan matarlos sin que el animal gruña, dando a entender que muere tranquilo.

No puedo evitar tomar prestadas las palabras escritas por el

propio Cerletti al relatar la escena en que por primera vez vio colocar a los lados de las orejas de los animales unas grandes pinzas metálicas conectadas a la corriente eléctrica de ciento veinticinco voltios: «Los cerdos quedaban inconscientes, agarrotados, y unos segundos más tarde se agitaban como consecuencia de las convulsiones, como sucedía con los perros que utilizábamos en nuestros experimentos. Sentí que podíamos aventurarnos a probarlo en personas».

Era abril de 1938 cuando experimentó su descubrimiento en una persona que había sido diagnosticada como esquizofrénica. Los síntomas del paciente eran claros, sufría delirios, alucinaciones y confusión. Cerletti le colocó los electrodos en la cabeza y aplicó la corriente desde un aparato similar al que yo estaba viendo en el Museo del Manicomio de San Servolo. Tan satisfecho quedó del resultado que llegó a la conclusión de que a través del uso de la electricidad se podrían limpiar las mentes de los pacientes enfermos para que pudieran volver a empezar de cero, imprimiéndoles una nueva personalidad. Cuando Cerletti transmitía la corriente al paciente, este reaccionaba con una sacudida, al tiempo que su cuerpo se agarrotaba para después quedar tendido en la cama sin llegar a perder la conciencia. Pronto se creó un grupo de médicos que apoyaban la utilización del electrochoque como el remedio a todos los males. Todo eran parabienes hacia la nueva técnica. Numerosos estudios que daban cuenta de los beneficios de esta práctica tenían una gran parte de engaño, pues las pruebas que mostraban sus virtudes estaban financiadas y realizadas por las propias empresas que fabricaban la maquinaria que se utilizaba en las sesiones. Los resultados obtenidos en estas investigaciones científicas obviaban la mayoría de los efectos adversos que causaba su utilización y se centraban solo en las supuestas mejorías observadas.

Durante los primeros años, el electrochoque fue utilizado directamente, sin que los pacientes fueran anestesiados con anterioridad. Esa circunstancia conllevaba que no fueran pocas las veces en que se les dislocaran las vértebras de la columna a consecuencia de los movimientos espasmódicos y violentos que el

enfermo realizaba con las sacudidas, a lo que había que unir que la mandíbula se les quebrara como si fuera de cristal, como resultado de lo fuerte que apretaban los dientes. Y, además, había que sumar los daños en los músculos a causa de la tensión que generaba la descarga de la corriente eléctrica. Hubo que esperar a la década de 1960 para comenzar a implementar barbitúricos anestésicos con el objetivo de disminuir el sufrimiento que producían las descargas.

Walter Freeman, el médico que introdujo el electrochoque en Estados Unidos, argumentaba que cuanto más grande era el daño producido, mayores eran las probabilidades de que remitieran los síntomas. Según su idea, un paciente podía pensar con mayor claridad y de manera más constructiva con una parte operativa de su cerebro más pequeña. No se olvide de este personaje de nombre Walter Freeman, porque va a volver a aparecer en más ocasiones a lo largo de las cartas que tengo intención de seguir enviándole.

A pesar de las loas sobre sus efectos benéficos de las compañías fabricantes de esos artefactos y de ciertos médicos, la tasa de recaídas en depresión durante los primeros seis meses después ser aplicado el electrochoque era de un promedio del 90 por ciento; pero existía otro efecto contraindicado para esa técnica que se callaban: después de su aplicación en personas con riesgo de suicidio, muchas de ellas, aturdidas por los recuerdos de su terrible experiencia con la corriente eléctrica, se quitaron la vida. El suicidio del escritor estadounidense Ernest Hemingway, después de meses de sesiones electroconvulsivas, dicen algunos expertos que fue un claro ejemplo de esa afirmación.

También vi en el museo, en la sala de disección, unos armarios dentro de los cuales se exponían una serie de cráneos y cerebros. Hubo un tiempo en que esos cerebros y cráneos estaban dentro de unos cuerpos que pensaban, que amaban y que no sabían que un día estarían expuestos en la isla de los locos. Los miré como si fueran los restos de un naufragio, el motor de una vida que ya no existe. A mi avanzada edad, cada vez es más continuo pensar en la muerte y en la eternidad por tenerlas a la vuelta de la esquina. ¡Cuánta razón tenía santa Teresa cuando dijo que la vida es un mal sueño en una mala pensión!

Después de haber recorrido el museo, di por terminada la visita a la isla de San Servolo y me encaminé hacia el embarcadero, puesto que estaba cercana la hora de regreso del último *vaporetto* a Venecia. Me encaminé, pues, hacia ese lugar y en ese intervalo tuve un capricho. Ya descubrirá cuando llegue a mi edad que uno se debe permitir todos los caprichos a los que su cuerpo y sus ahorros alcancen, incluso le añado que tiene la obligación de dárselos. El capricho había nacido cuando me vino a la mente que en la isla había un hotel, y decidí sin pensarlo dos veces que sería una buena idea pasar la noche en un lugar tan tentador como era la isla de los locos. Por una noche, sería un loco como los que durante tantos años la habitaron. No me importó que ya tuviera pagada la noche en el hotel de Venecia.

La recepcionista acabó confirmándome que no era el único caprichoso que existe, pues últimamente tiene reservas para bodas, desfiles de moda y fiestas privadas.

Desde la ventana de mi habitación podía ver el jardín, e imaginé que sobre el verde césped habrían estado algún día las personas a quienes habían pertenecido los cerebros y los cráneos expuestos en el Museo de la Locura de San Servolo. En ese justo instante creí escuchar a Ernest Hemingway que me decía, no sé por qué razón: «Todo lo bueno y todo lo malo dejan un vacío cuando se interrumpen. Pero si se trata de algo malo, va llenándose por sí solo. Mientras que el vacío de algo bueno solo puede llenarse descubriendo algo mejor».

* * *

Ya que nos hemos acercado a Italia, no estaría mal que escuchara «Matto e vigliacco», del cantante y compositor Gino Paoli. Lo cierto es que no va de manicomios, pero sí de locura y cobardía, de ahí el título. De aperitivo le dejo traducida una pequeña parte de su intensa letra: «Estoy loco como un gato, / loco como un animal, / que no sabe lo que es bueno, / no sabe lo que está mal».

Sería interesante que hoy, que ha leído mi carta en la que le he hablado de la isla de los locos, intente hacerse con una película que transcurre en una isla, se trata de *Shutter Island* y está protagonizada por

Leonardo DiCaprio, acompañado de Ben Kingsley y Max von Sydow. La dirigió Martin Scorsese con su pulso habitual, en 2010. La trama nos cuenta que en el verano de 1954, dos agentes judiciales son destinados a una remota isla de la bahía de Boston para investigar la desaparición de una peligrosa asesina, que estaba recluida en un hospital psiquiátrico para criminales que dirige un siniestro doctor.

CARTA 7
VILLA AZZURRA

Turín

El manicomio de los niños

«Es el eslabón perdido; un ser que está en un punto intermedio entre el simio y el hombre.» Esa es la manera en la que Cesare Lombroso describió de modo científico a los criminales.

Lombroso fue un médico y criminólogo nacido en 1835 en Verona, pero pasó gran parte de su vida en Turín, ciudad en la que creó la antropología criminal. En esa disciplina se encontraría la base de la actual criminología y de las técnicas referentes a este ámbito, utilizadas aún hoy en día por diferentes policías del mundo. Es famoso por elaborar su particular teoría del atavismo criminal, en la que relaciona la inclinación al crimen con la herencia genética.

Si le he escrito todo eso es porque me encontraba en Turín disfrutando de un fin de semana e iba camino del Museo de Antropología Criminal Cesare Lombroso, que se halla en el recinto de la universidad.

Al ver que el museo solo distaba poco más de dos kilómetros del hotel donde me hospedaba, cercano a la plaza San Carlo, decidí ir caminando, la manera más hermosa de disfrutar de las ciudades, y en particular de Turín.

Lo que en condiciones normales se tarda en recorrer una media hora, yo tardé poco menos de dos horas, dado que me detuve un buen rato en la plazoleta de la Virgen de los Ángeles y más tarde en la plaza de Giambattista Bettoni. Además, durante el trayecto no me resistí a comprar y comer cuatro *gianduiotti,* esas chocolatinas típicas de Turín que tienen forma de barco invertido y están rellenas de avellanas.

El museo se encuentra en un edificio con cierto estilo señorial,

posiblemente de finales del siglo XIX. No presté mayor atención al exterior y entré. Lo primero que destaca es la imponente altura de sus techos y los muebles de color terracota que el tiempo se ha encargado de envejecer, lo que confiere al conjunto una serena elegancia sin privarle de un toque ligeramente decadente. El suelo de madera y el intachable barnizado de sus muebles nos introducen en una decoración de marcado aire de gabinete científico decimonónico.

Lo primero que me sorprendió fue contemplar un esqueleto protegido por un vidrio. Esos huesos eran los auténticos de Cesar Lombroso. Él había firmado en vida el permiso para que su carcasa fuera exhibida tras su muerte. Parándome a contemplarlo con más detenimiento, saqué la conclusión de que Lombroso era bajo y de brazos bastante largos.

En el recorrido se ven instrumentos mecánicos, como pueden ser medidores de cráneo que le servían en sus estudios de craneometría con sus pacientes. Continuando con el trayecto, me encontré una colección de puñales y navajas. Destacaba un gran garrote, arma primitiva pero eficaz para el crimen. Todos esos objetos eran los originales que usaron los criminales para cometer sus homicidios. En la exposición tampoco faltaban llaves maestras, ganzúas y sogas de diferente grosor que usaban los ladrones para sus fechorías. Pero ni las armas ni los artilugios para adueñarse de lo ajeno pueden competir con los cráneos de unas sesenta personas que se hallaban perfectamente colocados en las vitrinas, como si fueran recuerdos de vacaciones que se muestran en el aparador del comedor. Lombroso llegó a meterse en viejos cementerios abandonados y desenterró cadáveres de asesinos que añadió a su colección.

En agosto de 1864, Lombroso examinó el cráneo trepanado de Giuseppe Villella, un bandido condenado a siete años de cárcel que murió de escorbuto antes de cumplir la condena. A los pocos minutos del fallecimiento, Lombroso buscó infructuosamente en el cerebro del muerto algún detalle que lo diferenciara de una persona normal. Miró una y otra vez, pero no encontró nada. Se desesperó, algo estaba fallando. No era posible que el cráneo de un

delincuente fuera igual al de una persona honrada.

Unos años más tarde, observando por enésima vez la calavera de Giuseppe Villella, descubrió un hundimiento en la fosa occipital donde descansa una parte del cerebro. Ese cráneo de Villella se transformó en el paciente cero de la nueva ciencia que, Lombroso estaba convencido, terminaría con el crimen. Piensa que esa microcefalia, ese cerebro más pequeño de lo normal, es lo que impide a los delincuentes desarrollar emociones y les imposibilita para trabajar y llevar una vida igual que la de los ciudadanos honrados. La hendidura descubierta convenció a Lombroso de que esta anomalía no estaba presente en individuos normales, solo aparecía en personas insanas, criminales, salvajes, y en todo aquel que llevara un comportamiento irregular. Creía que su procedencia era genética, que se transmitía de generación en generación.

Abandoné esa sala y entré en una en la que se podían apreciar platos decorados por internos de manicomios, juegos de naipes fabricados por presidiarios, figuras de arcilla y una variopinta selección de manualidades. Resaltaba entre todas ellas una figura articulada, un Pinocho desproporcionado, realizado en madera y bautizado como el Director de la Cárcel. No hay que perderse los extraños muebles que Eugenio Lenzi fabricó en el manicomio de Lucca en 1892, labrados con formas tenebrosas de un gótico tardío, creó mesas, sillas y escritorios de uso imposible. A Lombroso le interesaba meterse e indagar en la mente de los desviados a través de la búsqueda de expresiones artísticas. Estaba convencido de que las formas de los trabajos realizados por personas con disfunciones mentales y por asesinos eran el reflejo de la enfermedad psíquica o criminal que padecía su autor.

La última sala que recuerdo haber visitado está bautizada con el nombre de Celda de Filadelfia y en ella se pueden ver maquetas y fotografías de la penitenciaria norteamericana de Eastern State, de la que ya le hablé cuando le conté mi recorrido por las cárceles del mundo. Para refrescarle la memoria, le recuerdo que es en la que estuvo encerrado durante ocho meses Al Capone en sus años de esplendor, y estaba finamente decorada.

Terminada la visita al Museo de Antropología Criminal Cesare

Lombroso, y antes de acercarme al siguiente destino, decidí entrar en una *trattoria* donde disfruté de un exquisito plato de *agnolotti* típico de Turín. ¡Si va a Turín no pierda la oportunidad de probarlos! Desde el restaurante, me pidieron un taxi que me llevó a la localidad de Grugliasco, que se halla a unos diez kilómetros.

En el interior del taxi me acordé de una persona que fue importantísima en el progreso del tratamiento a los pacientes que padecían enfermedades mentales, su nombre es Franco Basaglia. Era un psiquiatra italiano conocido por sus continuas denuncias públicas de las condiciones deplorables e inhumanas que se vivían en los manicomios. Con el fin de combatirlas, lideraba un movimiento que defendía la paulatina clausura de los hospitales psiquiátricos en Italia. Gracias a su lucha se aprobó la Ley 180 de 1978, que prohíbe en Italia el internamiento de personas en los centros psiquiátricos en contra de su voluntad.

En 1978, en el 55 por ciento de las provincias italianas había un hospital psiquiátrico público, y tras la implantación de la Ley 180 o Ley Basaglia, como así se llama también, quedaron abolidos los manicomios.

Uno de esos muchos manicomios que dejaron de funcionar fue el de la población de Grugliasco, que era al que me estaba acercando con el taxi. Ese centro se llamaba Villa Azzurra. Lo más espeluznante o, mejor dicho, inhumano, en esa villa con nombre de complejo hotelero a orillas del Adriático era que los pacientes, o más acertado sería decir los apartados del mundo, eran niños.

La mayoría de los niños ingresaban por ser hiperactivos o porque se quejaban y no se sabía el motivo; otros tenían discapacidades severas, o eran ciegos, o, simplemente, eran hijos de madres solteras. Eran niños que estorbaban a quienes los rodeaban y los encerraban en Villa Azzurra.

Por suerte, el taxista conocía dónde se encontraba la Villa, porque de no ser así posiblemente o bien no la habría encontrado o hubiera tenido que preguntar a demasiadas personas en el camino.

El taxista me dejó lo más cerca posible del hospital y, exhibiendo la amabilidad de los naturales de Italia, me preguntó si quería que me volviera a buscar para dejarme de nuevo en el

centro de Turín. Se lo agradecí, desconocía cómo regresar cuando acabara la visita. Pactamos que volveríamos a encontrarnos en el mismo punto dos horas después.

«Due ore?», me preguntó, a lo que contesté: *«Perfetto, due ore. Grazie».*

Villa Azzurra es un palacete abandonado. Me di cuenta demasiado tarde de que mi visita no ocuparía más de quince minutos. Los grafitis de las paredes y la mala conservación de todo cuanto iba viendo me hicieron suponer que las dos horas que pasarían hasta que volviera a buscarme el taxista se me harían muy largas. En ese momento me resultó inapropiado recordar la frase de Charles Darwin: «Un hombre que se permite malgastar una hora de su tiempo no ha descubierto el valor de la vida».

Al no tener una distracción mejor, fui recorriendo las habitaciones con parsimonia. Las paredes estaban desconchadas y con varios boquetes. Esas paredes en las que esperaba encontrar conversaciones estaban mudas. En esas habitaciones debieron de dormir los niños que el fotógrafo Mauro Vallinotto plasmó y publicó en la revista política italiana *L'Espresso* el 26 de julio de 1970. Esas fotografías pasarían a ser parte de la historia y del reflejo de la indignidad humana. En ellas, mostraba la violencia, el horror, el salvajismo y el dolor al que eran sometidos los pequeños pacientes del hospital psiquiátrico. Las fotos de niños atados a radiadores o a camas mostraban la brutalidad de algo que hasta entonces había permanecido oculto al mundo exterior de Villa Azzurra.

Una persona apareció de improviso delante de mí. No me asusté, pero me sobresalté. Era un gigante que debía de alcanzar los dos metros de altura. Tenía la boca entreabierta y su mandíbula estaba muy salida, dudé que la hubiera cerrado alguna vez en su vida. Me miraba con tanta fijeza que me hizo sospechar que debía de tratarse de un paciente de algún centro psiquiátrico cercano.

Se acercó con movimientos torpes y, balbuceando, me pidió tabaco, gesticulando como si llevara un inexistente cigarrillo en sus dedos y se lo estuviera fumando. Tuvo suerte de que por aquel entonces yo aún tuviera ese vicio. Me había comprado un paquete

de rubio americano en el restaurante, así que le di uno. Fue entonces cuando dijo señalando a un lado de la habitación: *«Ho dormito lì!»*.

No supe qué decir. Esa persona de edad indefinida había dormido en Villa Azzurra, era pues uno de esos niños que posiblemente había fotografiado Vallinotto cuando destapó el escándalo.

Parte de lo que me contó ese hombre en esas dos horas es lo que le voy a relatar. Recurro a mi memoria, por lo que no seré literal, pero sí lo suficientemente ajustado a lo que me contó para no perder ni un detalle. Durante la conversación me percaté de que, cuando me contaba lo que había vivido allí dentro, a veces hablaba en plural y otras en singular. No me importó, estaba deseoso de que me explicara sus vivencias por voluntad propia, no porque yo le interrogara.

Me contó que se quiso escapar muchas veces, pero que la mayoría de ellas le alcanzaban y le llevaban de vuelta. Las veces que no le localizaban, era él quien regresaba porque no tenía adónde ir. No sabía por qué le habían encerrado allí, nadie iba a visitarlos porque ninguno de los niños tenía ni papá ni mamá. Le castigaban porque se meaba en los pantalones y le ataban desnudo a los pies de su cama para que no se escapara. Esa persona que era dos metros de humanidad me contaba sin rencor sus años pasados en Villa Azzurra.

El hombre, al que di un segundo cigarrillo, debió de conocer a la niña que impresionó a Vallinotto hasta el punto de querer ponerla en la página central de ese artículo de *L'Espresso*, firmado por Gabriele Invernizzi. La niña se hallaba con el sexo a la vista, atada de pies y manos a su cama.

A los niños, me siguió contando, cuando se portaban mal les ponían unos cables en la cabeza y les metían electricidad en el cuerpo. En ese momento, algo hizo que su cuerpo temblara como si estuviera recibiendo una descarga eléctrica.

Seguro que la persona que se los aplicaba debió de ser Giorgio Coda, quien tras ser subdirector del hospital psiquiátrico de Turín pasó a desempeñar el cargo de director en Villa Azzurra. Sus

métodos brutales le hicieron que se ganara el apelativo del Electricista, por el uso frecuente del electrochoque en niños. El tratamiento médico consistía en la aplicación de corriente eléctrica de larga duración en los genitales y en la cabeza. Fue juzgado por malos tratos y condenado a cinco años de prisión, al pago de las costas procesales y a la inhabilitación de la profesión médica durante cinco años. Durante el juicio, admitió haber practicado en su carrera alrededor de cinco mil «electromasajes» que es como, con cinismo, los llamaba.

El tiempo había pasado tan rápido como lo que le duró fumar compulsivamente varios cigarrillos. Con la colilla de uno encendía el otro. Cuando apareció el taxi, le pregunté si quería que le llevara a algún lado. Me contestó que no moviendo la cabeza y añadió: *«Puoi darmi un'altra sigaretta?».*

Le regalé todos los que quedaban y me dirigí al taxi. Cuando me alejaba, me di cuenta que me decía adiós con la mano.

De regreso a Turín, quizá por asociación, me vino a la cabeza la Toscana. Allí hay una majestuosa mansión del siglo XVIII abandonada como la que acababa de ver. Esa casa es conocida con el sobrenombre de Villa Sbertoli, y está construida junto a un hospital psiquiátrico. Agostino Sbertoli era un psiquiatra de renombre y un acaudalado aristócrata. Como se adivina por el nombre de la villa, él fue quien mandó construirla, para un poco más tarde ordenar que a su lado se levantara un hospital psiquiátrico. Se cuenta que ordenó las dos construcciones para el cuidado de su hijo pequeño, que sufría una enfermedad mental. De esa manera, podía tratar a su hijo a tiempo completo y también lo ocultaba de la sociedad que es tan dura con los débiles. Eso es lo que he oído, no le aseguro que esa sea la historia real al cien por cien.

Cuando el taxista me dejó en la puerta de mi hotel en plaza San Carlo, recordando Villa Azzurra me vino a la mente una frase de Dante Alighieri: «Tres cosas aún conservamos del paraíso: las estrellas, las flores y los niños».

* * *

Hoy toca escuchar a Dolly Parton: «Daddy Come and Get Me». Parton dijo en una entrevista que esta canción, «Papá ven a buscarme», era una de las más tristes que había escrito. Se trata de una mujer cuyo amante la llevó a una institución mental para quitársela de encima. La canción se basa, no en una, sino en dos mujeres reales que Dolly Parton conoció cuando era niña. La canción comienza: «En esta institución mental, / mirando a través de estas barras de hierro. / ¿Cómo podría él ponerme aquí, / cómo podría llegar tan lejos?».

La película que le recomiendo es del año 2016, la dirigió Paolo Virzì y sus intérpretes son Valeria Bruni Tedeschi, Micaela Ramazotti, y se titula *Locas de alegría*. Le va a sorprender esta producción italiana. La historia nos viene a contar lo siguiente: Beatrice es una condesa que tuvo esplendor tanto económico como social. Ahora vive internada en Villa Biondi, una institución mental donde la tratan de esquizofrenia. Al centro llega una nueva interna, Donatella, una mujer con un duro pasado y mentalmente delicada. Aunque con personalidades completamente opuestas, entre las dos mujeres surge una relación muy especial que las animará a emprender una fuga para vivir una aventura.

CARTA 8
HOSPITAL DE HADAMAR

Hesse

A la búsqueda del superhombre

Hadamar es una preciosa y tranquila localidad alemana que se halla a una hora de Fráncfort. Era día de mercado. Las calles, en especial la plaza del Castillo, olían a romero, a miel y a las salchichas que se estaban asando en las parrillas colocadas en diferentes puntos de la plaza, cuyo aroma abría el apetito. Tan tentador me resultó ese olor que, llevando la contraria a mi médico de cabecera y enfrentándome con orgullo al colesterol, señalé una de ellas, ya que señalar con el dedo es idioma que se entiende en todo el mundo. Al tenerla en mi poder le agregué un fino hilo de mostaza. ¡Deliciosa y más aún acompañada de una suave cerveza de barril!

La música de un cuarteto subido a un escenario que interpretaba canciones típicas alemanas me acompañaba. Era un lugar de ensueño que recordaba a esos pueblos idílicos que tan bien nos dio a conocer Hollywood. Las mujeres eran bellas, sanas y rubias, y los hombres fuertes, sanos y rubios. Me encontraba a gusto entre aquella gente. Y en ese instante recordé que no siempre Hadamar fue una sucursal del Edén.

A finales de 1934, Hitler puso en funcionamiento la Cancillería del Führer, órgano que se mantiene en contacto con todo problema que preocupe al pueblo alemán. En marzo de 1939 se recibió en la Cancillería una carta que iba firmada por una persona que vivía cerca de la ciudad de Leipzig, de nombre Knauer. Para que su carta pasara todos los filtros y poder ser atendido, en su petición indicó que era miembro del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán. En esa carta escribió que tenía un hijo de nueve semanas que había nacido ciego, que le faltaba

una pierna y parte de un brazo. El padre señalaba que el bebé padecía retraso mental, por lo que solicitaba, más bien suplicaba al Führer, autorización para acabar con la vida del pequeño aduciendo que era por el bien de la raza. A Hitler le interesó el contenido de la carta y mandó llamar a su médico personal y comisario del Reich para la Sanidad y la Higiene Pública, Karl Brand. En su despacho, el todopoderoso Führer ordenó a su médico que saliera de inmediato hacia ese lugar cercano a Leipzig y examinara en persona al niño, para cerciorarse de que era verdad todo cuanto había relatado el padre. Si era cierto, autorizaba a Karl Brand a que acabara con la vida del pequeño sin pérdida de tiempo.

Ya en Leipzig, el doctor hizo un minucioso examen a la criatura. Todo lo escrito por el padre se ajustaba a la realidad. Sin demora, siguiendo las indicaciones que Hitler le había dado en Berlín, hizo los trámites oficiales para que el bebé fuera llevado a la clínica infantil de la universidad de la ciudad de Leipzig. Allí se le administró una inyección letal. El bebé murió al instante.

A su regreso a la capital alemana, Hitler le dio la orden no escrita —Hitler no necesitaba hacerlo— de actuar de manera idéntica en casos similares de los que le llegaran noticias. En el ideario del Führer no había lugar para «los defectuosos». No estaba dispuesto a gastar ni uno solo de los recursos del Estado en mantener vidas indignas de ser vividas. Las operaciones, eso sí, se llevaron con la máxima discreción, ya que en esos años no quería enfrentarse al Vaticano, y la eugenesia era una brecha entre los dos Estados.

La eugenesia es el estudio y la aplicación de las leyes biológicas de la herencia orientados al perfeccionamiento de la especie humana. El término fue acuñado por el naturalista británico Francis Galton en 1883. El interés de Galton por la eugenesia surgió poco después de que su primo Charles Darwin publicara la archiconocida y poco leída obra *El origen de las especies*. Galton estaba convencido de que el talento, la habilidad, la inteligencia y otros factores similares se transmitían de padres a hijos, y que la selección natural interviene en el ser humano al

igual que en las demás especies. Galton sugirió que, así como el hombre había obtenido muy buenas razas de caballos y perros, del mismo modo se podía mejorar la raza humana controlando su reproducción. Para comprobar su hipótesis, Galton estudió y describió linajes familiares de personas con poder. Analizó con meticulosidad a jueces, a científicos, a músicos, a políticos…; en fin, a cualquier persona que se hallara en lo más alto de la pirámide social. Sus conclusiones eran a la par tan erróneas como peligrosas: todos los hombres distinguidos provienen de familias distinguidas, y a su vez sus descendencias son distinguidas. No contento con solo decirlo, publicó en 1865 los resultados obtenidos en un estudio que llamó *Talento y carácter hereditarios,* para posteriormente hacerlo más extenso en su libro *Genio heredado,* donde llegaba a la conclusión de que la herencia prevalece sobre todo lo demás. En definitiva, lo que estaba diciendo era que el mundo se dividía en dos, por un lado, las mentes superiores, ellos, y por el otro, las inferiores, el resto.

Unos años antes, en 1881, Alexander Graham Bell, quien como recordará patentó el teléfono en Estados Unidos (no quien lo inventó, que es lo que nos han estado contando toda la vida), investigó la sordera entre los habitantes de la isla de Martha's Vineyard, en Massachusetts, y llegó a la conclusión de que la sordera era en la mayoría de casos resultado de la herencia genética. Sugirió entonces que, para evitarla, se prohibiera contraer matrimonio a las personas que la padecieran. Asimismo, propuso que no se permitiera el ingreso en el país a personas con problemas de audición.

La música seguía sonando en Hadamar, y cada vez más gente se iba acercando a la plaza del Castillo. Me senté en un banco junto a una mujer que debía de ser de mi misma edad. Tenía los ojos muy azules y desprendía un olor a colonia de lavanda. Esa mujer debía de ser una niña durante la Segunda Guerra Mundial.

A principios de abril de 1945, la Segunda División de Infantería del Ejército de Estados Unidos cruzaba Alemania victorioso, ya no había forma de detenerlo, se estaba entrando en la recta del final de la guerra. Fue entonces cuando tomaron la

ciudad alemana de Hadamar. Quizá aquel día la anciana de ojos azules que tenía a mi lado vio entrar a las tropas norteamericanas en su pueblo.

Unos años antes de ese día de abril, Adolf Hitler firmaba una carta donde daba su conformidad para materializar la principal locura de la ideología nazi. Se trataba del programa Aktion T4, cuyo objetivo era ahorrar recursos económicos y reducir el número de pacientes considerados incurables en los hospitales alemanes. Ese programa de exterminio empezó en enero de 1940 y terminó unos veinte meses después, en agosto de 1941. Su propósito era eliminar a las personas con discapacidad, disminuidos físicos y mentales, al considerarlos una carga para la sociedad. Idéntico proceder a lo que hizo con el niño de Leipzig unos años antes.

Siguiendo las instrucciones de la Cancillería, los directores de los hospitales confeccionaron minuciosamente unas listas en las que anotaban el nombre de quienes, según los criterios del programa Aktion T4, no tenían derecho a vivir. Esa misma orden la recibieron también comadronas, matronas y pediatras, a quienes obligaron a notificar a las autoridades sanitarias la identidad de cualquier niño que naciera con deformidades o anomalías congénitas, como pudiera ser la idiocia mongoloide.

El destino de esas listas era la sede central en Berlín, donde se analizaban los datos y, tras un rápido estudio, decidían qué hacer con las personas calificadas en el apartado de improductivas. El primer paso era que abandonaran el hospital para enviarlos a otros emplazamientos apartados de sus familiares. Eran tantos los seleccionados que surgió un problema logístico, y se creó una empresa de transporte con vehículos camuflados para que nadie ajeno a los círculos del poder del partido nazi pudiera sospechar nada extraño. Los considerados incurables eran trasladados a viejos hospitales o cárceles abandonadas, que habían sido adaptados para hacer experimentos con ellos, para acabar con su vida después de realizarles esas pruebas. Hadamar fue uno de los lugares secretos elegido para ese fin.

El método que usaban siempre era el mismo. Se trasladaba a los enfermos con la excusa de que iban a ser acogidos en un sitio

donde podría tratarlos un especialista, y serían atendidos en mejores condiciones que en los hospitales donde se encontraban. A la familia, en cambio, no se le comunicaba el traslado, para que de esa forma perdiera el contacto y no supiera su paradero. Pasado un tiempo, lo único que recibían los familiares directos era el comunicado de fallecimiento.

Hitler escribió sobre la eugenesia en su libro Mein Kampf *[Mi lucha],* afirmando que si la raza más elevada se mezcla con otras inferiores, sufre una regresión física e intelectual que lleva inevitablemente al inicio de una lenta, pero implacable, enfermedad. Como consecuencia se restringieron los matrimonios de ellos, los superiores, con personas de otras razas, los inferiores.

En los nuevos centros engañaban a los pacientes y les sometían a un supuesto reconocimiento médico, que no pasaba de ser una farsa dentro del proyecto. Después, los llevaban a otra habitación donde ponían fin a sus vidas. Fue el comienzo del uso de las cámaras de gas. Todo funcionaba según lo previsto hasta que un escándalo levantó sospechas sobre lo que pudo ocurrir cuando hubo un escape de gas en Hadamar. Empezó a salir un humo negro de la alta chimenea del hospital. Una cortina espesa, mucho más oscura de la que estaban acostumbrados a ver los habitantes del pueblo. El humo empezó a desplazarse hacia el centro de la localidad y los vecinos de Hadama empezaron a sentir un olor penetrante y molesto que no acababan de identificar. A los pocos minutos se dieron cuenta de que era parecido al de la carne al asarse, pero olía diferente a todo cuanto entonces habían olido. Diferente al aroma al que me estaba llegando de las salchichas asándose en las parrillas. Era olor a carne humana quemándose.

Ese humo, ese olor pestilente, hizo que se empezaran a hacer preguntas sobre qué podía estar ocurriendo dentro. La noticia se extendió de Hadamar a toda Alemania, temiendo que lo que imaginaban pudiera ser realidad. Familias enteras remitían cartas a los hospitales a la espera de que les informaran de cómo se encontraban sus hijos o familiares cercanos que se habían llevado a paraderos desconocidos. Esas cartas desesperadas no recibían respuesta. La sospecha y los rumores alcanzaron tanta repercusión

que hasta el obispo de Münster denunció desde el púlpito de la catedral las desapariciones de pacientes de la mayoría de hospitales alemanes.

Las protestas y la presión social consiguieron, aparentemente, la anulación del programa Aktion T4 un año y medio después de haberse puesto en práctica. Hasta ese momento habían sido exterminadas alrededor de setenta mil personas. Aunque se terminó con el programa en agosto de 1941, el personal sanitario siguió practicando esta eugenesia a escondidas. Los médicos residentes y el resto del personal asesinaron a la mayoría de los enfermos, entre los que había pacientes con discapacidades, ancianos que habían perdido la memoria, niños sacados de las instituciones de asistencia social, discapacitados mentales sin ningún futuro, e incluso soldados de las Waffen-SS que, si bien en un tiempo sirvieron con lealtad al régimen nazi, ahora eran considerados incurables desde el punto de vista psicológico, y debían morir. Casi todas esas personas fueron asesinadas en Hadamar; para ello, se servían de sobredosis de drogas, abandono deliberado de las medicinas y la supresión de tratamientos médicos. Todos fueron incinerados.

Me decidí a mirar de una forma un poco más atrevida a la anciana de ojos azules, pero enseguida giré la cara para que no interpretara una cosa por otra. Me reprochaba no conocer nada del idioma alemán, ya que podría haberle preguntado por aquel abril de 1945, cuando las tropas aliadas entraron en Hadamar. A medida que las personas mayores mueren, van desapareciendo historias, sustituyéndose por otras que no siempre reflejan la verdad. Cuando un anciano muere, varias líneas de la historia desaparecen y ya nadie más puede escribirlas de la misma manera.

En el tiempo de estancia en Hadamar, las tropas norteamericanas descubrieron con horror que la localidad albergaba una clínica psiquiátrica en la que casi quince mil hombres, mujeres y niños habían sido asesinados entre enero de 1941 y marzo de 1945, amparándose en el marco del programa nazi de eugenesia y limpieza de sangre. Las autoridades nazis comenzaron a utilizar el hospital de Hadamar desde comienzos de

1939, siendo uno de los seis puntos del programa Aktion T4 en el que se realizaron asesinatos en masa de aquellos considerados inferiores e indeseados para la sociedad y la raza alemana. Muchos de ellos padecían discapacidades físicas y mentales. Estas acciones tenían el objetivo de salvaguardar las ideas eugenistas nazis sobre la pureza racial. Creo haberle escrito algo parecido unas líneas atrás, pero no me cansaré de repetirlo para que nunca se olvide una barbarie de ese calibre.

Durante la primera fase de las operaciones de exterminio, de enero a agosto de 1941, el personal de Hadamar asesinó a unos diez mil pacientes, todos ellos de nacionalidad alemana. La fórmula de exterminio era sencilla. Los hacían pasar en grupos de cuarenta o cincuenta personas a un cuarto de duchas que no era otra cosa que una cámara de gas, y allí los asfixiaban con monóxido de carbono.

No puedo pasar por alto y dejar sin transcribir las palabras de un testigo que presenció esas matanzas, cuyo testimonio recogió el historiador británico Richard John Evans en el libro *El Tercer Reich en guerra:*

> Algunos se echaban en el suelo, otros se mostraban apáticos, muchos mantenían la boca abierta como si no pudiesen tomar más aire. Su forma de morir era tan dolorosa que no se puede hablar de una muerte humana, menos aún si cabe porque era muy posible que muchos de los que morían tuviesen instantes de lucidez sobre lo que les estaba ocurriendo. Estuve observando el procedimiento durante dos o tres minutos, luego dejé de hacerlo, porque no pude soportar seguir mirando y sentí náuseas.

En la segunda fase que comprende, desde agosto de 1942 hasta el 24 de marzo de 1945, unas cuatro mil quinientas personas fueron exterminadas con el mismo sistema de asfixia con monóxido de carbono.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, durante los primeros meses de la ocupación, se llevaron a cabo los juicios norteamericanos por crímenes de guerra. Al principio se centraron únicamente en las violaciones de la ley internacional, ciñéndose exclusivamente en los asesinatos del personal militar de los aliados

ocurridos en los últimos meses de la guerra. Sin embargo, el descubrimiento de las instalaciones de eugenesia en Hadamar, y el rechazo que generó en el pueblo norteamericano, impulsó a las autoridades militares estadounidenses a formar tribunales que juzgaran los crímenes asociados con las políticas persecutorias de la Alemania nazi. Entre los días 8 y 15 de octubre de 1945, se realizó el juicio de Hadamar. Fue el primer juicio en que se trataron las atrocidades masivas que se habían cometido en la zona de Alemania ocupada por Estados Unidos.

En Hadamar hay un centro de rehabilitación para enfermos mentales, que desgraciadamente no visité, donde se conserva la cámara de gas y el horno crematorio utilizados mientras funcionaba el proyecto Aktion T4.

En el escenario, los músicos empezaron a entonar una polka alemana, y una niña, quizá su nieta, se llevó a bailar a mi vecina. No hay nada más bello que una niña agarrada a la mano de su abuela. Me quedé solo, como muchas veces en mi vida. Me puse a pensar en los horrores que ocurrieron en Hadamar y recordé a Victor Hugo: «Es extraña la ligereza con que los malvados creen que todo les saldrá bien».

* * *

Desconozco sus gustos musicales, y espero que no le moleste ni la canción ni el grupo que le recomiendo, aunque tengo la esperanza de que sea tan ecléctico como yo. Hoy toca punk rock. El grupo son los Sex Pistols y la canción, «Bodies». El motivo de mi elección se debe a la causa que dio lugar a la canción y que a continuación paso a contarle. La letra habla de una chica llamada Pauline, ferviente seguidora de la banda. Debido a su retraso mental, la habían internado en un manicomio de Birmingham, donde fue violada por un enfermero. Un día, Pauline se presentó en casa de Johnny Rotten, vocalista de los Sex Pistols, vestida únicamente con bolsas de plástico, después de haber sufrido un aborto.

La película que me gustaría que visionara es para demostrarle que antes de la invención del cine sonoro se hacían obras maestras que están a la altura de las más grandes películas de la historia del cine. Uno de esos casos es *El gabinete del doctor Caligari,* del año 1920, dirigida por Robert

Wiene e interpretada por Werner Krauss y Conrad Veidt. El doctor Caligari es un siniestro personaje que llega a la feria de una localidad alemana e instala una atracción consistente en la presencia de un sonámbulo y en sus habilidades. No le desvelo más de esta obra cumbre del expresionismo alemán. Solo quiero decirle que unos locos y un manicomio son el eje central de esta maravilla. No pierda ni un segundo, ¡búsquela y véala!

CARTA 9
NARRENTURM

Viena

La Torre de los Locos

Siempre que pernocto en Viena, no pierdo la ocasión de acercarme al Café Central, ese imponente café situado en el 14 de Herrengasse, en el que pasó muchas horas Sigmund Freud. Ya en su interior, lo primero que hago es acercarme a las vitrinas y mirar los tentadores pasteles que ofrece. Invariablemente, siempre me decido por uno que lleva por nombre *Gugelhupf,* que me trae a la memoria un edificio en Viena que tiene una forma similar a la del pastel. Esa edificación es una torre de ladrillo que se llama Narrenturm.

Para visitarlo hay que acercarse hasta la Universidad de Viena, y allí, un tanto alejada de la puerta principal, se aprecia la llamada Torre de los Locos, traducción literal de Narrenturm al español. Su aspecto es una mezcla entre torreón y castillo, sin llegar a definirse ni como una cosa ni como otra. En su interior se halla la Colección de Anatomía Patológica del Museo de Historia Natural de la Universidad de Viena que yo esa mañana estaba dispuesto a visitar.

Ni media hora tardé en llegar desde el Café Central a Narrenturm, bordeando el parque bautizado con el nombre de Sigmund Freud.

Ante mis ojos se presentaba majestuosa y regia la mole que el hijo de María Teresa de Habsburgo-Lorena, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico José II, mandó construir. Cuentan los historiadores que este emperador era un personaje un tanto frío de comportamiento y desprovisto de especial vigor físico. Su salud era mala y su humor inexistente. Le educaron de forma austera, haciendo hincapié en la religión, y aunque no por ello dejó de ser

un tanto racionalista, se declaraba enemigo acérrimo de la superstición. Era inteligente y cultivado, por lo que sus contemporáneos le admiraban tanto por su habilidad para gobernar, como por su bagaje cultural. José II era lo que se viene a llamar un hombre de Estado. Estaba convencido de que el Estado significaba el mayor bien, y si no lo era, debería serlo para el mayor número de personas. Su carácter paternalista le llevó a realizar una incansable labor legislativa. En sus diez años de gobierno redactó más de once mil leyes y seis mil decretos. Entre los más importantes estaba el imponer una única jurisdicción para todo el Imperio, que la ley fuese la misma para cualquier súbdito de su monarquía. Reconoció a su vez el matrimonio civil y reguló el divorcio. Entre otras medidas destaca la de suprimir la servidumbre, los gremios y abolir la aplicación de torturas a los reos, y así hasta once mil leyes, como he dicho.

En 1781 tras una visita a París y después de recorrer varias instituciones sociales, aprueba un decreto en el que se ordenaba al arquitecto de la corte, Isidor Carnevale, que diseñara un edificio para albergar a los dementes de Viena.

Del Narrenturm o Torre de los Locos, se puede decir que se trata del primer hospital psiquiátrico del mundo construido para tratar los problemas mentales específicos de estos enfermos. Hasta entonces habían sido exclusivamente lugares de recogida. Sus puertas se abrieron el año 1784.

La Torre de los Locos tiene forma cilíndrica, como el pastel que un rato antes había comido en el Café Central, y se construyó con ladrillos que, a causa de los años transcurridos y de las inclemencias, mostraban un color oscuro, a mitad de camino entre el humo y la ceniza. La edificación consta de cinco plantas y 139 celdas, en las que vivían los enfermos psiquiátricos. Si se estudian sus proporciones, uno se da cuenta de que contienen un fuerte simbolismo. Así pues, las cinco plantas vienen a representar los cinco elementos básicos que son, por si no lo recuerda, la tierra, el fuego, el aire, el agua y el éter. Cada piso contaba con veintiocho celdas, una clara alusión a los meses lunares. En el siglo XVIII se pensaba que las almas de los locos iban a la Luna, por lo que se

sobreentiende que de esa creencia procede el adjetivo *lunático* con el que también son nombrados los enfermos mentales. Con esa disposición se pretendía influir de alguna forma en el alma de los dementes.

Cada una de las celdas tenía doce metros cuadrados y en ellas se alojaban entre una y dos personas. Para no mezclar a los pacientes con diferentes patologías, se distribuían según categorías clínicas, que venían a ser: melancólicos, histéricos, rabiosos, militares locos y alcohólicos. Espero no haberme olvidado de ninguna. El tratamiento no difería en exceso de los que se seguían en los sanatorios de París, que consistían básicamente en baños, dieta, purgas y sangrías. A pesar de la época, los enfermos vivían en unas condiciones de higiene y espacio muy aceptables, es más, salvo que fuesen agresivos, se les permitía moverse libremente por el edificio.

Busqué la puerta de la torre con la intención de entrar a visitar la colección de anatomía y patología. Cuando la encontré, me sorprendió que estuviera cerrada. La empujé por si solo estaba entornada. No hubo forma de que se abriera. Estaba cerrada y me iba a perder ver su interior.

Resignado, me alejé unos metros para contemplar la parte superior de la Torre de los Locos con la vana esperanza de divisar alguna de las ventanas de la habitación octogonal de la que había oído hablar. Esa habitación estaba para uso y disfrute exclusivo del emperador José, que allí pasaba largas horas en soledad.

El Narrenturm disponía de cuatro tipos diferentes de habitaciones, aparte de la reservada al emperador. Unas eran de lujo y en ellas se permitía a los enfermos que pudieran contar con un sirviente a su disposición. Su precio era de un florín por día, un precio alto que solo podían pagar personas de clases acomodadas. Por la mitad de precio, medio florín, podían adquirirse habitaciones de las dos siguientes categorías: las que se financiaban de forma privada y las que recibían ayuda de obras de caridad. Por último, estaba la cuarta categoría, que era totalmente gratuita y destinada a personas que carecían de recursos económicos.

A partir de 1820, el psiquiátrico comenzó a usarse también

para alojar a enfermos incurables, y en 1852 esa era su única función. La Torre de los Locos se quedó sin enfermos mentales.

Ahora que le estoy escribiendo sobre el Narrenturm, me doy cuenta de que no entré en el museo, por lo que lo dejo pendiente para la próxima vez que vaya a Viena, si es que llega ese día. Aunque en cierta ocasión un conocido me dijo que había estado y que si no iba, no me perdería nada. Le escuché, pero emulando a Edgar Allan Poe pensé para mis adentros: «No creas nada de lo que oyes, y solo la mitad de lo que ves».

Le he contado lo que vi y para refrescarlo he recurrido a utilizar internet, y cuál ha sido mi sorpresa al no reconocer lo que yo recordaba. El edificio oscuro, a mitad de camino entre el color humo y el gris ceniza, es actualmente de un blanco cegador. Las obras de restauración y la limpieza de la fachada han acabado convirtiendo el pastel *Gugelhupf* en una tarta de yogurt.

Mi siguiente parada estaba más o menos a un kilómetro, que viene a ser la distancia que separa el Narrenturm del portal número 19 de la calle Berggasse. En el camino me fijé en una madre que pasaba una toallita húmeda por la mano de su hijo de unos cinco años, que, a buen seguro, se había manchado por haber tocado un objeto sucio. La madre le limpiaba antes de que se metiera la mano en la boca. Ese pensamiento me trajo al recuerdo a Philipp Semmelweis.

Actualmente, todos sabemos que lavarse las manos previene infecciones y evita también la propagación de gérmenes, por eso ahora, con esta pandemia, estamos continuamente lavándonos las manos. Eso que actualmente nos parece tan normal no lo era hace siglo y medio. Aquí aparece quien he nombrado más arriba, un médico húngaro llamado Ignaz Philipp Semmelweis, que fue quien instituyó esa higiénica costumbre. Nacido en 1818, se le conoce con el apodo del Salvador de las Madres, al ser quien descubrió que desinfectarse las manos antes de tratar a las parturientas disminuía de forma drástica los casos de muerte en mujeres y recién nacidos.

En 1847, Semmelweis propuso a sus colegas lavarse las manos antes de atender a las pacientes en el hospital obstétrico de Viena

donde ejercía. Observó que las cifras de muertes en mujeres que acababan de dar a luz eran aterradoras y, después de estudiarlo, descubrió que la culpable no era otra que la falta de higiene. A pesar de que su estudio demostraba que con esa medida evitaba un buen número de muertes, sus colegas despreciaron y criticaron su propuesta, tratándole de loco y llegando incluso a insultarle cada vez que se lo cruzaban. Jamás le perdonaron que, de algún modo, les estuviera acusando de ser los responsables de la muerte de sus pacientes. No lo entendían, nunca lo habían hecho ni ellos ni sus antecesores.

Ese desprecio ocasionó que fuera despedido, lo que le acabó llevando a una profunda depresión. Se refugió en la bebida. Su comportamiento se volvió errático. Preocupados sus amigos y su esposa, que creían que estaba perdiendo la razón, hicieron todo lo posible para que a los cuarenta y siete años fuera internado en un hospital psiquiátrico.

En los años en que Semmelweis fue ingresado en el manicomio, los métodos que se empleaban en esos centros eran brutales, y los enfermos eran sometidos a toda clase de tratamientos, tales como duchas con agua fría y purgas con aceite de ricino. También padecían los malos tratos que recibían por parte de los loqueros. Parece ser que a Semmelweis, tras sufrir una paliza, una de las heridas se le infectó, lo que acabó causándole la muerte dos semanas después de ser internado.

Seguí caminando con la intención de llegar a la calle Berggasse. Cuando la localicé, busqué el número 19. Allí estaba la Casa Museo de Sigmund Freud. En esa casa vivió junto a su esposa cuarenta y siete años.

Es difícil encontrar a alguien que no sepa que Sigmund Freud fue el creador del psicoanálisis, una teoría sobre el funcionamiento de la mente y un método para ayudar a las personas que sufren problemas mentales a encontrar en qué etapa de su vida se originaron. Freud fue uno de los pensadores más influyentes y polémicos del siglo XX. Hay quien defiende que el psicoanálisis es una filosofía que se mueve por dogmas, y no una ciencia obtenida por la observación y el racionamiento. Incluso sobre su obra

Interpretación de los sueños, abogan ciertos detractores que es simplemente eso que reza el título, una interpretación y no un análisis científico. No pretendo tomar partido ni por sus detractores ni por sus defensores, solo sé que en cierta manera fue una de las personalidades más reconocidas del siglo XX.

En la Casa Museo han reconstruido la sala de espera, dejándola muy similar a lo que fue hasta 1938. Su hija Anna Freud donó los muebles y aportó sus recuerdos para que la distribución y la disposición de elementos fueran idénticas a las que había vivido su padre.

Terminada la visita y sin ganas de encerrarme en el hotel, me dirigí de nuevo al Café Central. Pero en esta ocasión, tomé el camino por el que tantas veces debió de ir Freud para encontrarse con su buen amigo Stefan Zweig. Entonces recordé algo que había afirmado Freud y estuve de acuerdo con él: «Si entendiéramos completamente las razones del comportamiento de otras personas, todo tendría sentido».

* * *

No pierda ni un segundo y escuche «The Ballad of Sigmund Freud» interpretada por The Gateway Singers. Le garantizo que merece la pena tanto por su ritmo como por el tono humorístico que desprende, y también porque en su letra nombran a Freud y a Jung.

Sin separarnos de Sigmund Freud, le aconsejo que vea la película de 1962 *Freud, pasión secreta,* dirigida por John Huston, con Montgomery Clift en el papel del doctor y Susannah York como la paciente que sufre diversas neurosis relacionadas con la fijación que siente por su padre. El filme, sin ser estrictamente biográfico, merece la pena por ser ya un clásico del séptimo arte. *Freud, pasión secreta* transcurre en los cinco años que van desde 1885 hasta 1890, cuando la medicina tradicional se negaba a abordar de cara la histeria, y el creador del psicoanálisis empezaba a adentrarse en los laberintos metodológicos de la hipnosis y a descubrir de qué trataba eso del complejo de Edipo.

CARTA 10
HOSPITAL SAINT MARY OF BETHLEM

LONDRES

El zoo de los locos

Viajaba en el interior de un típico taxi inglés, de esos en que casi puedes ponerte de pie. Para las personas de mi edad, hay que reconocer que son los más apropiados porque no cuesta ni entrar ni salir. Mi destino era el Museo Nacional Británico de Arte Moderno (también conocido como Tate Modern). Como puede suponer, estaba en Londres. Dentro del vehículo comenzó a sonar la inconfundible voz de Freddie Mercury interpretando la canción «The Fairy Feller's Master-Stroke» que yo, con todos mis respetos y con mis seguros errores, la traduzco un tanto libremente como «El golpe maestro del duende leñador».

¿Por qué me sorprendió oír esa canción? Por algo tan sencillo como que mi intención de esa mañana era ir al Tate a contemplar ese cuadro al que cantaba el grupo Queen. Minutos después ya me encontraba frente a ese lienzo, en el que aparecen hadas, duendes, gnomos y algunas otras criaturas por el estilo, y no podía faltar, como el título indica, un leñador. Me quedé un rato mirándolo fijamente. La autoría de la obra corresponde a Richard Dadd. La pintura, extraña pero no desagradable, se centra en una reunión de hadas en un bosque que esperan que un leñador parta una castaña, más grande de lo habitual, para crear con ella el carruaje de la reina Mab. ¡Extraño, ya se lo he dicho! Esa representación tan compleja se basa en un discurso que pronuncia Mercucio en la obra *Romeo y Julieta* de William Shakespeare, donde describe que la reina Mab cabalga en el cerebro de las personas por la noche, y provoca sueños y pesadillas.

Si le cuento esto es porque pienso hablarle antes de lo que hizo el autor del lienzo, en cuyo cerebro, sin duda, cabalgó la reina

Mab. En la noche del 28 de agosto de 1844, en un claro de bosque en Cobhan, en el condado de Kent, Dadd partió la cabeza de su padre Robert, un respetable químico jubilado, con un seco y certero golpe de hacha. Qué similitud tan asombrosa entre lo escrito en la obra de Shakespeare y la realidad ocurrida en el bosque de Cobhan. Para asegurarse de que había muerto, clavó un cuchillo de veinte centímetros en el pecho del anciano. Con la ayuda del hacha y una navaja, descuartizó el cadáver y abandonó los restos en la frondosidad del bosque.

En ese punto de su vida, Richard Dadd era un joven pintor que despuntaba en los círculos artísticos de la capital londinense y sus cuadros empezaban a estar en boca de los críticos. Nada hacía presagiar que iba a realizar semejante atrocidad. Los síntomas de su locura empezaron durante un viaje que había realizado dos años antes de cometer el parricidio. Ese viaje era una travesía de iniciación que solían realizar los jóvenes bohemios victorianos de buenas familias, que se podían permitir el capricho de recorrer el mundo con afanes místicos y seudoculturales para luego deleitar a la sociedad británica contando epopeyas orientalistas, vividas, oídas o inventadas, en los más renombrados salones de la capital.

En su viaje iniciático, Dadd visitó Grecia, Turquía, Siria, Jordania, Jerusalén y Egipto. En El Cairo se aficionó al consumo de kif y a distintas sustancias alucinógenas de más alta adicción. Después de un viaje de cinco días consumiendo esas sustancias, creyó descifrar en el sonido del burbujeo del agua en el narguile un mensaje que le transmitía el dios egipcio Osiris, en el que de una manera clara le ordenaba la ejecución de todos aquellos que perturbaban su reinado sobre el mundo. Cuando regresó a Inglaterra, los médicos tranquilizaron a la familia Dadd, afirmando que las alucinaciones se debían a una insolación y al consumo desmedido de kif, y solo necesitaba descansar.

El médico que facilitó el diagnóstico a la familia no podía imaginar que Richard Dadd iba a seguir al pie de la letra la orden dada por el dios Osiris.

Cuando Richard Dadd mató a su padre tenía veintisiete años. Lo primero que hizo fue marcharse de Inglaterra. A los pocos días

le detuvieron en Francia, cuando en un tren a la altura de Fontainebleau atacó a un desconocido con la intención de degollarlo sin motivo aparente. La policía, cuando revisó su equipaje, encontró una lista de víctimas a las que debía dar muerte. Al primero que encabezaba la lista, su padre, al que ya había matado, le seguía el papa Gregorio XVI, y a continuación una larga nómina de amigos personales del joven pintor.

Sobre el crimen de su padre declaró: «Maté a quien yo siempre consideré un pariente, pero según la secreta advertencia que se me hizo, iba a convertirse en el artífice de la ruina de mi raza».

Los doctores, al examinarlo, en esta ocasión a diferencia de la anterior, no tardaron en determinar que poseía un carácter bipolar. La pena a la que le condenaron por la muerte de su padre fue la de ser encerrado en un manicomio de por vida. Lo enviaron al hospital Saint Mary of Bethlen. Durante los nueve años de su estancia, se dedicó a pintar el cuadro del leñador. Richard Dadd recibía algunas visitas y se comportaba con corrección. No hubo quejas durante los años que pasó dentro. Nadie que le viera con unas maneras tan sosegadas podría adivinar el brutal homicidio que había cometido. En julio de 1864, después de haber pasado veinte años aislado en el hospital, fue trasladado, quizá por tratarse de un homicida, a Broadmoor, que era el primer manicomio exclusivo para criminales que funcionaba en Inglaterra. El manicomio de Broadmoor era tan popular entre los londinenses que incluso lo nombra Arthur Conan Doyle en la aventura *El fabricante de colores retirado* en la que Sherlock Holmes, cuando descubre al asesino, pronostica que lo más probable es que vaya a parar a Broadmoor y no al patíbulo.

El año en que contemplé el cuadro de Richard Dadd en el Tate Modern, aproveché para visitar el hospital Saint Mary of Bethlen, más conocido con el nombre familiar de Bedlam, que será a partir de ahora la manera en que intentaré llamarlo para su comodidad y la mía. Me dirigí, pues, al suroeste de Londres para ver ese lugar que en mi subconsciente era sinónimo de terror por el brutal tratamiento al que se sometía a los enfermos, según había

visto en varias películas y leído en algunas novelas. Iba hacia allí predispuesto a contemplar un templo del sufrimiento y la tortura.

La imagen que llevaba preconcebida se desmoronó porque delante no tenía una lúgubre residencia sucia y tenebrosa a la que diera temor entrar, sino más bien un edificio grande y señorial. En una rotonda, había una fuente rodeada de flores, y al fondo podía contemplarse una mansión. Al ser tan diferente a lo que esperaba, pensé por unos segundos que me había equivocado de dirección.

No me había dado cuenta de que en el parterre había una persona de rodillas plantando una serie de bulbos en la tierra húmeda. Me acerqué y le saludé. Le pregunté si el edificio de en frente era el hospital Saint Mary of Bethlen, me contestó que sí. Debió de ver dibujada en mi cara la decepción y me dijo: «Esperaba otra cosa, ¿verdad?».

A continuación, sin dejarme responder, explicó en un tono reposado y un tanto solemne que Bedlam había tenido diferentes emplazamientos. Su primera ubicación se remontaba a 1247, sobre unos terrenos que donó un antiguo alcalde de Londres para que se levantara un asilo. Para que me hiciera una idea del lugar en que se encontraba, me informó de que, pulgada más o pulgada menos, estaba donde actualmente está la estación de Liverpool Street.

En ese primer emplazamiento, a los pacientes dados de alta del hospital se les permitía mendigar, aunque en 1675 los gobernadores decidieron prohibir esa medida. Esos pedigüeños eran conocidos como los «mendigos de Bedlam». Llegaron a ser tan populares que en la obra *El rey Lear* de William Shakespeare, Edgar, el hijo del conde de Gloucester, asume el papel de mendigo de Bedlam para pasar inadvertido tras su destierro.

Hacia finales del siglo XVI, Jaime I puso al frente del hospital a su médico personal, Helkiah Crooke. En 1632, una década después de tomar posesión del cargo, le retiraron de la dirección del manicomio acusándole de corrupción, malos tratos a los internos y de descuidar sus obligaciones. En esa primera etapa, Bedlam era un hospital donde no faltaban ni la tortura ni los castigos, únicos métodos que se suponía que calmaban a los enfermos. Como es lógico, muchos murieron.

En 1676, el antiguo edificio medieval se quedaba pequeño y hubo de trasladarse a otro lugar, en este caso a Moorfields, a las afueras de Londres, al menos eso es lo que me dijo el jardinero, para después continuar explicando que fue diseñado por Robert Hooke, quien era un científico de renombre, un filósofo respetado y un arquitecto mediocre que pretendió que Bedlam pasara a la historia como el Versalles de Londres. Lo proyectó ostentoso, con una fachada que medía 165 metros de largo, adornada con columnas de estilo corintio. Para rematarlo, ideó una torre con cúpula y paseos adornados con árboles.

Tal como me lo contó, no faltaba de nada para que Bedlam pareciera un palacio y no un manicomio. Pronto, lo que pretendía ser un trozo de cielo en la tierra se resquebrajó por su mala construcción. En las paredes comenzaron a aparecer grietas y el hospital sufrió graves filtraciones. Los habitantes de Londres se preguntaban si los locos eran los internos o los que habían realizado los planos.

Llegado el siglo XVIII se popularizó la costumbre de que las clases media y alta londinenses se acercaran al manicomio para observar a los enfermos mentales encerrados como si fueran fieras del zoo. El espectáculo recibía el nombre de *El show de Bethlem*. Era lo más parecido a una atracción de feria. La gente pagaba un penique para poder mirar dentro de las celdas donde estaban encerrados los enfermos. Muchos les echaban monedas pidiendo a los infelices dementes que hicieran toda clase de obscenidades. El público se reía con los movimientos descompasados que realizaban por un penique. Como deferencia a los ciudadanos de la ciudad de Londres, el primer día de cada mes la entrada era libre. Solo en 1814 se registraron del orden de unas 96.000 visitas.

Para trasladarnos al Bedlam del siglo XVIII debemos recurrir a ocho cuadros pintados por William Hogarth en 1735, que llevan por título genérico *El progreso del libertino*. Las ocho imágenes, a modo de las aleluyas o pliegos de cordel, nos cuentan la vida, con un realismo cómico en parte, de Tom Rakewell, hijo de un rico comerciante, que malgasta su dinero en toda clase de lujos innecesarios. Va con prostitutas y asiste a interminables timbas, y

esa vida libertina acaba conduciéndole a terminar los últimos años de su vida en el manicomio de Bedlam. William Hogarth en sus maravillosos cuadros refleja la visión de una época en la que la locura era considerada fruto de una debilidad moral. *El progreso de un libertino* no deja de ser una lección moralizante en ocho escenas muy propias de la época.

Por el jardinero me enteré de que el psiquiátrico se trasladó dos veces más. Cambiaban de ubicación, pero no la forma de atender a los enfermos. En 1815 fueron a Southwark, lugar donde los internos se helaban en invierno, al no tener cristales en las ventanas, considerando que así se combatía el hedor de los locos. Aunque también es cierto que al siguiente invierno le pusieron remedio. El edificio contaba con una biblioteca como anexo que, sorprendentemente, era bastante frecuentada. En ella existía separación por sexos. Por las tardes permitían bailar juntos a los locos y a las locas en el salón de baile, pero solo a quienes fueran capaces de apreciar la música y moverse con un relativo decoro. La asistencia a la capilla era diferente; una cortina separaba a los internos en función del sexo.

Hacia finales del siglo XIX, a los pacientes se les aplicaba la terapia de rotación. Una práctica que, supuestamente, estaba inspirada en las teorías de Erasmus Darwin, abuelo del famoso Charles, que consistía en sentar al paciente en una silla suspendida del techo para que girase y girase durante largas sesiones. ¡Vueltas y más vueltas! Quizá en los primeros giros el enfermo se divertía como si estuviera en una atracción de feria, pero acababa gritando que pararan. La finalidad era inducir a que el enfermo vomitara. La ciencia de la época consideraba el vómito como un purgante, al estar convencida de que las enfermedades mentales existían en el cuerpo y no en la mente.

En 1930, el hospital se movió a Monks Orchard House, lugar donde yo me encontraba escuchando las explicaciones del jardinero.

No puedo decir que el jardinero hiciera mucha labor mientras estuve a su lado. Era una persona tan atenta y, supuse, tan buena en su sencillez, que me culpé de haberle hecho perder el tiempo,

que llevara la faena atrasada por mi culpa y que su superior le pudiera llamar la atención. Lo único que me sorprendía es que por la edad que aparentaba, no estuviera jubilado.

Cuando el jardinero volvió a sus quehaceres, se acercó un hombre con una bata blanca que denotaba, sin duda, que se trataba de un doctor. Me saludó y se dirigió al jardinero diciéndole: «¡Vamos, majestad, es la hora de tomar el té en el salón, ya acabará mañana de plantar los bulbos de tulipán!».

Al ver mi sorpresa, el doctor me dijo: «No es peligroso. Se cree el rey de España».

Los vi alejarse. Primero iba el jardinero, y dos pasos por detrás, el médico, simulando ser un criado a su servicio. No pude evitar sonreír recordando un cuento corto de Nikolai Gogol, *Diario de un loco,* donde en forma de dietario humorístico cuenta el descenso al fondo de la locura de un funcionario de la Administración rusa que acaba creyéndose el rey de España. ¡Léalo, es interesante y divertido!

En todos los años que Bedlam ha estado abierto, se han dado cientos de casos de los que voy a seleccionar un par o a los sumo tres, para no extenderme y convertir la diversión en aburrimiento.

Margaret Nicholson nació en el condado de Durham. Se sabe que era hija de un barbero, dato irrelevante, pero como lo sé, no me privo de decírselo. A la edad de doce años la colocaron como sirvienta, y desde entonces trabajó en varios hogares notables sirviendo a *sires* y a lores. Era diligente, limpia, aplicada y servicial; no mostraba ningún signo extraño que pudiera indicar que padecía alguna enfermedad mental. En 1783, la despidieron tras conocerse que mantenía una relación amorosa con un compañero del servicio. Pasó momentos difíciles. Su amante la abandonó y ella se mantuvo de trabajos que hacía como costurera. Nada indicaba que padeciera ningún tipo de enfermedad mental, repito.

El 2 de agosto de 1786, Margaret se acercó al rey Jorge III cuando este se apeaba de un carruaje a la entrada del palacio de Saint James. El pretexto que utilizó Margaret para llegar hasta él era que iba a entregarle una petición que llevaba doblada en la

mano, que después se descubrió que era una hoja de papel en blanco. Cuando el monarca recibió la supuesta petición, ella le apuñaló en el pecho con un cuchillo de postre con mango de marfil, antes de que los acompañantes del rey la redujeran. Jorge III, temiendo que la trataran injustamente por un ataque que solo le había herido levemente, ordenó: «La pobre criatura está loca; no la lastimen».

Cuando el alojamiento de Margaret Nicholson fue registrado, se encontraron una serie de cartas en las que afirmaba ser la legítima heredera del trono. Los periódicos asumieron que la locura de Margaret fue provocada por la melancolía que le produjo el abandono de su amante. Se descubrió que en julio había enviado peticiones al rey reclamándole el trono, razonando que le correspondía por derecho. Después de ser detenida, el juez le hizo una serie de preguntas y ella afirmó ser virgen, desconozco si mentía o no; pero a otra de las preguntas respondió con altanería que era la madre de lord Mansfield y de lord Loughborough, ahí sí que tengo claro que Margaret mentía, ambos lores eran bastante mayores que ella.

Las autoridades visitaron a su casero, quien sin dudarlo afirmó que era trabajadora y sobria, y se ganaba la vida siendo costurera. Ella, por su parte, negó querer asesinar al rey y dijo que solo tenía la intención de asustarlo. Los doctores que la trataron certificaron su locura y fue internada en Bedlam de por vida. Murió allí cuarenta y dos años después, sin haber vuelto a reclamar el trono de Inglaterra.

Pasados cuatro años del intento de asesinato por parte de Margaret Nicholson ocurrió otro suceso en cierto modo similar. Un tal John Frith arrojó una piedra al carruaje del rey; de nuevo, el ataque fue a Jorge III, que no salía de una y entraba en otra, cuando se dirigía a la apertura del Parlamento. Frith había enviado múltiples peticiones al Parlamento con respecto a sus derechos constitucionales. Creía que le habían privado, sin ningún tipo de justificación, de su sustento como teniente del Ejército después de que el mariscal de campo Jeffrey Amherst, primer barón de Amherst, se lo retirara fabricando pruebas de locura en su contra.

Frith afirmó que Amherst había enviado a agentes con poderes sobrenaturales que le susurraban al oído impidiéndole dormir durante las noches. Como sus peticiones eran ignoradas, a Frith no le quedó otro remedio que arrojar la piedra en un intento de obtener la atención que sentía que merecía. Durante el interrogatorio, negó que su intención fuera la de dañar al rey y afirmó que estaba tratando de llamar la atención sobre su causa para que le fuera dado lo que le pertenecía. Sin embargo, también dijo que la gente lo veía como a un mesías y que cuando la luna estaba en el sur, sus efectos eran tan fuertes que no podía dormir cerca de edificios de más de dos plantas. Fue procesado en la prisión de Newgate, pero después de intentar explicar que los poderes que le había otorgado Cristo lo habían ayudado a derrotar las voces en su oído, fue declarado incapaz de testificar por locura. Le dieron el alta con la condición de que fuera internado en un asilo, pero permaneció en Newgate sufriendo ataques de ira ocasionales hasta que unos años después decidieron que lo mejor era su traslado a Bedlam.

El último caso es el de Eliza Josolyne. Era la única sirvienta en una inmensa casa que contaba con una veintena de cuartos. Josolyne, joven de veintitrés años, tenía que encargarse de que todos los rincones estuvieran limpios y ordenados. Era tan grande el edificio y tantas las tareas que debía realizar que no tenía horas para ella. Casi no dormía preocupada por si hacía algo mal. Cuando en enero le ordenaron que además se ocupara de mantener vivos los veinte fuegos que calentaban el enorme hogar, su débil equilibrio mental se desestabilizó. Se volvió loca al ser incapaz de realizar la misión encargada. Fue internada en el manicomio de Bedlam.

Me alejé de Bedlam y nunca más he tenido la oportunidad de volver y comprobar qué tal le crecen los tulipanes al rey de España. En esta carta le he hablado dos veces de William Shakespeare, por eso no me gustaría terminarla sin nombrarle de nuevo una tercera vez, acordándome de una de sus ingeniosas frases: «Al nacer, lloramos porque entramos en este vasto manicomio».

* * *

Como estoy seguro de que, preso por la curiosidad, ya habrá escuchado la canción de Freddie Mercury con que he empezado la carta, le voy a recomendar otra diferente relacionada con el manicomio de Bedlam. La canción es «Time for Bedlam» de la banda británica Deep Purple. Una música inquietante con una letra que dice cosas del estilo de «no volver a ser visto nunca más, diciendo adiós a la luz del día, a partir de ahora me pudriré, en una cama apestosa de paja mojada».

Para esta carta he pensado que la película más oportuna es *El manicomio de Bedlam,* de 1946, dirigida por Mark Robson. Como actuación estelar cuenta con la presencia de Boris Karloff, que hace terroríficamente creíble el papel de director de la institución. La historia está situada en el Londres de 1761. Esta es la historia que cuenta: a pesar de que el manicomio de Bedlam es un sitio siniestro, se ha convertido en un lugar de peregrinación para la clase alta londinense, que se divierte observando con morbosidad a los enfermos recluidos. Una joven perteneciente a la alta sociedad, al ver, horrorizada, el trato que reciben los pacientes, hará todo lo posible por mejorar las condiciones de Bedlam. Pero el siniestro director del manicomio intentará acallarla asegurando que tiene perturbadas sus facultades mentales y encerrándola en el manicomio.

CARTA 11
EL PANTEÓN DE LOS CEREBROS

Moscú

La fina frontera de la mente

«En esta vida es fácil morir. Construir la vida es mucho más difícil», escribió Vladimir Mayakovski.

Vladimir Mayakovski era un poeta y dramaturgo muy popular en la Unión Soviética por su continua exaltación de la figura de Lenin, que le llevaría a componer varios poemas en su honor. Su cariño hacia Lenin lo compensaba con el odio visceral que sentía hacia el universo burgués y el mundo capitalista.

El 14 de abril de 1930 Mayakovski se suicidó en su apartamento de Moscú, disparándose en el corazón. Sus amigos más cercanos acudieron al lugar nada más enterarse del incidente para mostrar las condolencias a la familia. Se sentaron en silencio en la sala contigua adonde se hallaba el cuerpo presente del poeta. Hubo un momento en que se sorprendieron al escuchar un sonido chirriante que procedía del cuarto donde se encontraba el cadáver. No sabían qué podía ser. Segundos después de que el sonido cesara, un doctor salió de la habitación con un frasco en las manos. Los amigos de Mayakovski se dieron cuenta de que dentro del frasco había un cerebro. El doctor se dirigió a ellos y con frialdad les dijo: «Pesa un kilo setecientos cincuenta gramos; Vladimir Mayakovski era un genio».

Con el cerebro en el frasco, el doctor pasó ante los ojos atónitos de los petrificados amigos y abandonó la estancia para, a continuación, ya en la calle, subirse en una ambulancia con el cerebro del poeta bien custodiado.

Eran las once de la mañana cuando entré en el metro. El metro de Moscú tiene docenas y docenas de palacios bajo tierra. Las estaciones vienen a ser salones gigantes llenos de esculturas de

bronce, algunas de las cuales tienen partes más blanqueadas y pulidas que el resto a causa de la creencia, puede que superstición, de que pasarles la palma de la mano atrae la buena suerte. En todo momento se contemplan grandes murales con dibujos realistas ocupando paredes enteras, casi siempre con Lenin como figura central. Para coronar todo ese refinamiento, las lámparas de araña suspendidas del techo nos llevan a un pasado zarista que no volverá.

La estación a la que descendí no se encuentra entre las mejores de Moscú, pero aun así era de una relativa belleza, creo que se llamaba Kurskaya o algo así. Mi intención era acercarme al lugar al que se dirigió la ambulancia con el cerebro de Mayakovski, el Instituto de Investigación Cerebral o como es más popularmente conocido por los moscovitas, el Panteón de los Cerebros.

Tenía claro que posiblemente sería un viaje estéril, estaba convencido de que me sería denegada la entrada al edificio y no tenía ningún contacto en Rusia que pudiera conseguirme una autorización para visitarlo.

El edificio que se presentaba frente a mí lo fundaron los bolcheviques en 1928, con la única intención de conservar el cerebro de Lenin. El cuerpo —como bien es sabido— se encuentra embalsamado en el Mausoleo de la Plaza Roja.

Todo lo que a continuación voy a contarle nació gracias a Vladimir Bejterev, un cualificado neurólogo ruso, al que se le ocurrió que era una buena idea crear el Panteón de los Cerebros. Después de la muerte de Lenin en 1924, el cerebro del padre de la Revolución había sido disectado, lo que viene a ser separado, del cráneo de Lenin, por el neurocientífico alemán Oskar Vogt. La disección del cerebro y la momificación del cuerpo de Lenin formaban parte de un esfuerzo para tener presente al fundador del Estado soviético. Debía ser inmortal no solo en el recuerdo de los habitantes de la gran Unión Soviética y de todos los proletarios del mundo, sino también su cuerpo, para que pudiera ser adorado y su cerebro estudiado.

La defensa de Bejterev para la creación de tan magna obra era que cuando el cuerpo de un gran hombre es bajado a la tumba, ese

material precioso se pierde para siempre sin beneficio de nadie. Y terminaba diciendo: «La ciencia [...] llamada neurología ya está trazando el camino hacia el estudio de la base anatómica de la genialidad y la superdotación, hasta ahora solo sobre la base de material obtenido al azar».

El proyecto ideado por Bejterev vio la luz tres años después del fallecimiento de Lenin. El científico pretendía crear algo que fuera similar al Panteón de París, donde se almacenan los restos de los grandes pensadores franceses, entre los que destacan, si no recuerdo mal, los de Voltaire y Rousseau. En la versión que pensó Bejterev, su panteón sería de más monumentalidad que el de París, y al cerebro de Lenin se unirían los de otras personalidades soviéticas en un templo científico donde quedaría de manifiesto la superioridad bolchevique.

Bejterev pedía a las altas esferas del Kremlin que el panteón fuera una obra faraónica, como se merecían tanto Lenin como el resto de grandes hombres que había dado la nación a la humanidad. Muy al contrario de su pretensión, se tuvo que conformar con el pequeño espacio del laboratorio de Oskar Vogt en Moscú. Bejterev se sintió derrotado por la elección, su deseo era que trasladaran el cerebro de Lenin al instituto donde ejercía de neurólogo en San Petersburgo.

La asociación de Bejterev con el proyecto del panteón no es lo que se puede llamar larga, y no le podemos culpar por ello. El 22 de diciembre de 1927, Bejterev fue llamado al Kremlin para que le hiciera un examen médico rutinario a Stalin por un problema neurológico que padecía. El doctor le hizo pruebas y cometió el grave error de diagnosticarle un tratamiento para la paranoia.

No sé si Stalin conocía lo que era la paranoia o acabó recurriendo al diccionario para leer su significado y descubrir que se trataba de un trastorno mental por el cual las personas tienen un profundo miedo y desconfían de los demás. En pocas palabras, entendió que una persona paranoica es alguien que puede creer sin motivo que la gente está tratando de dañarla.

A Stalin le molestó sobremanera que el doctor insinuara que padecía paranoia y él tenía el poder para que nadie se atreviera a

llamarle paranoico y salir bien parado. En ese momento se inició una brutal campaña para desprestigiar la obra de Bejterev, que pasó de ser una referencia científica a ser borrado de los libros. Dos días después, el neurólogo fallecía por una intoxicación. «Intoxicación», en esos tiempos y en ese lugar, era muchas veces un sinónimo de «envenenamiento». Como insulto final, el cerebro de Bejterev fue diseccionado en Moscú, quizá en la misma mesa de mármol en la que tumbaron años antes el cuerpo sin vida de Lenin.

En 1928, el laboratorio de Moscú se convirtió en el Instituto de Investigación Cerebral. Se empezaron a coleccionar nuevos cerebros tanto de genios rusos como de gente común, para poder comparar y hallar por qué unos eran unos genios y los otros no, similar a lo que hacía Lombroso en su estudio sobre la criminalidad. Entre los cerebros más famosos que se conservan, se encuentran los del director de cine Sergei Eisenstein, el del escritor Maxim Gorki o el de quien fuera diagnosticado como paranoico por Bejterev, Iosif Stalin. Todos son de hombres, a excepción de dos mujeres, una de ellas la viuda de Lenin, Nadia Krupskaya, y la otra la comunista alemana Clara Zetkin.

Cuando una celebridad soviética moría, había dos maneras de conseguir que el cerebro perteneciera al instituto. La primera se cerraba con un acuerdo con la familia del difunto para donarlo a esta institución, y la segunda, como en el caso que le he contado de Mayakovski, llevándoselo en caliente sin pedir permiso a nadie.

No vaya a pensar que coleccionar cerebros fue cosa exclusiva de las autoridades rusas. En San Servolo y en el museo de Cesare Lombardo recordará que también los poseen, al igual que los hay en otras ciudades como París, Filadelfia o Tokio, entre otras muchas. Por poner un ejemplo, la Universidad de Cornell llegó a tener mil doscientos, pero el desinterés por el tema redujo la cifra hasta los ciento veinticinco que tiene en la actualidad, si no se han deshecho de alguno más últimamente.

En la Unión Soviética la psiquiatría fue usada durante décadas con fines represivos. Cualquier persona que se opusiera al régimen soviético debía de ser un demente, puesto que el Estado no entendía que ningún ciudadano en su sano juicio pudiera oponerse

al mejor sistema político que existía en el mundo. El tratamiento psiquiátrico de los disidentes coincidió con el aumento del poder que acumuló el Comité para la Seguridad del Estado, más conocido como el KGB.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la incautación de información de los campos de exterminio nazis y el estudio de los terribles experimentos que realizaban despertaron el interés por el posible uso político que podía encontrarse en la medicina.

La cúpula soviética consideraba la disidencia como una forma progresiva de esquizofrenia cuyo fin último era causar un comportamiento antisocial o anormal. El diagnóstico de enfermedad mental permitía dejar sin voz a quien se enfrentara al régimen. Todo aquel que se oponía recibía un diagnóstico de enfermedad psiquiátrica y un tratamiento a base de potentes dosis de tranquilizantes y sesiones de electrochoques y punciones lumbares.

El encarcelamiento en un hospital psiquiátrico de un disidente debía de ser lo más parecido posible al modelo de tratamiento de cualquier otro enfermo mental que no se opusiera al poder. Una de las enfermedades comunes era la esquizofrenia indolente. En este diagnóstico se venía a decir que la disidencia política era un fallo cerebral para valorar correctamente la realidad y ahí incluían cualquier opinión contra el régimen.

Cuando le conté mis viajes por las prisiones, le hablé del «parasitismo social», expresión despectiva que se utilizaba en los regímenes comunistas para referirse a un grupo dentro de una sociedad que se considera que perjudica a la mayoría, al obtener privilegios y ventajas de ella de formas reñidas con la ética o moral dominante u oficialmente impuesta. Uno de los perjudicados fue el poeta y premio nobel de Literatura Iosif Brodski. Acusado de ser un parásito social lo encerraron un par de veces en un manicomio.

Tanto la esquizofrenia indolente como el parasitismo social eran enfermedades inventadas por el poder para mantener controlados a quienes ponía peros al Estado. Aunque se desconoce el número exacto de personas afectadas por este tipo de purgas, se habla de un mínimo de veinte mil ciudadanos hospitalizados por

razones políticas. La subida al poder de Mijail Gorbachov en la década de los ochenta supuso el abandono de esta práctica y la liberación de numerosos prisioneros de cárceles y manicomios.

Cuando la mañana se levanta soleada, Moscú es una ciudad ideal para pasear. Según he leído, es la capital más verde del mundo. A cada paso encuentras parques y jardines públicos. Me alejé de los alrededores del Panteón de los Cerebros sin considerar que había perdido el tiempo yendo a un lugar y ni tan siquiera haber hecho el mínimo esfuerzo de intentar ver su interior. A veces, es mejor lo pensado que lo visto.

Ya en el vestíbulo del hotel Radisson de la avenida Kutuzovski donde pasé la noche, recordé una frase de uno de los cerebros que se hallan en el panteón, el de Maxim Gorki: «Desde el momento en que un hombre se presta a dar su libertad y su vida por sus creencias, es que sus sentimientos son sinceros».

* * *

Ya que le he hablado de Moscú, permita que mis dos recomendaciones estén relacionadas con Rusia. La música que le recomiendo es un clásico de Pyotr Ilich Chaikovski: *El lago de los cisnes,* y en particular su icónico tercer acto del conocido popularmente como «El paso a dos del cisne negro». No es que ese tercer acto tenga algún elemento que trate la locura u ocurra en un manicomio. La razón es otra y tiene que ver con el compositor y no con su obra. Una de las alumnas de Chaikovski, Antonina Milyukova, estudiante del Conservatorio de Moscú, le escribía cartas de manera persistente declarándole su amor. Amenazó con quitarse la vida si el músico no se casaba con ella. En junio de 1877, año en que se estrena *El lago de los cisnes,* el compositor le propuso matrimonio para, según se cree, complacer a su familia y acabar con los rumores sobre su orientación sexual. En verano contrajeron matrimonio y duró solo unas semanas. En la luna de miel, Chaikovski entró en una crisis y la abandonó. En septiembre de ese mismo año, se separó. Destrozada por la ruptura, Antonina terminó en un manicomio donde pasó más de veinte años hasta su fallecimiento.

La película que le animo a ver también es rusa. Su título es *La casa de los engaños* y lleva fecha del 2002. El guion y la dirección corren a cargo de Andrei Konchalovski y la interpreta una magnífica Julia Vysotskaya en el papel principal. La historia nos cuenta cómo los pacientes de un hospital

psiquiátrico durante el conflicto checheno son abandonados por los médicos y las enfermeras que los cuidan. Al verse desamparados, una joven esquizofrénica se hace cargo de la dirección del centro. Es una mujer joven que vive con la creencia de que la estrella del pop Bryan Adams es su prometido, que está de gira, y que, en algún momento, vendrá a llevársela con él.

CARTA 12
ALLAN MEMORIAL INSTITUTE

Montreal

El poder de la mente

Espero que sepa disculparme, pero hoy no pienso llevarle, al menos *a priori,* a ningún manicomio. Le contaré algo relacionado con el poder de la manipulación de la mente.

Mientras las purgas que le he contado en la anterior carta ocurrían en la Unión Soviética, el otro bloque, el occidental, no le iba a la zaga en perversiones que ocultaban a la opinión pública.

A principios de la década de los años cincuenta, la Guerra Fría se encontraba en pleno apogeo. Los misiles de una potencia apuntaban al corazón de la otra, y todo el mundo temía que un loco apretara un botón y se declarara una guerra nuclear. La Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el KGB eran tan antagónicos que llegaban a parecerse demasiado. Eran dos gallos en el mismo corral que no permitían que el otro quisiera montar sus mismas gallinas.

Estados Unidos, aterrorizado por la sospecha de que los soviéticos y los chinos hubieran desarrollado técnicas de control mental y de que sus agentes o los prisioneros de guerra pudieran revelar información delicada, decidieron que a la recién formada CIA se le asignaran 25 millones de dólares para experimentos psiquiátricos en seres humanos. El experimento fue bautizado con el nombre de MK Ultra. Su idea fundacional era descubrir cómo se debe interrogar eficientemente a las personas y debilitarlas hasta crearles la necesidad de contar sus secretos. Por otro lado, también buscaban la manera de hacer lo contrario: cómo proteger a su personal de las técnicas para sacar información que el enemigo iba a emplear en ellos. El MK Ultra fue el programa más secreto hasta la fecha, que se sepa, orquestado por la CIA en Estados Unidos.

La agencia de inteligencia utilizó organizaciones científicas como tapadera creando una red de ochenta instituciones en diferentes países, como eran Estados Unidos, Canadá o el Reino Unido. Esas respetables instituciones pretendían dar una imagen de legalidad y prestigio al estudio.

El plan consistía en elegir pacientes en hospitales psiquiátricos, presos en instituciones federales e incluso a gente de la calle a la que mediante engaños hacían formar parte de sus experimentos sin su conocimiento, y a partir de ahí estudiar el modo en que reaccionaban.

Una de las prácticas más comunes era organizar macroconciertos donde observaban cómo actuaban las personas inducidas por la administración de dietilamida de ácido lisérgico (el famoso LSD). Esas fiestas recibían el nombre de «pruebas de ácido», sin que los consumidores tuvieran idea de que se trataba de un experimento del proyecto MK Ultra y que el control de las drogas estaba supervisado por ellos. El LSD es un alucinógeno muy poderoso, como sabe, pertenece a las llamadas drogas alucinógenas. En las alucinaciones se ven, se escuchan o sienten, estando despierto, cosas que parecen reales, pero que han sido creadas por la mente.

Una de las personas seleccionadas para formar parte del proyecto MK Ultra en 1953 fue John Mulholland, mago de renombre que había llegado a actuar en ocho ocasiones en la Casa Blanca delante de diversos presidentes y llevaba escritos diez libros. La misión de Mulholland en el proyecto era la de crear un documento con indicaciones que sirviera para instruir en la realización de una variedad de actos secretos que no se pudieran detectar. Se trataba de instrucciones precisas que convertían el engaño en un arte. Inducir a los agentes de la CIA a ser capaces de conseguir información y tener capacidad para resistirse a darla.

Sé que pensará que soy una persona conspiranoica como muchas de las que hay actualmente entre nosotros, pero, créame, lo que le estoy escribiendo es rigurosamente cierto, y más adelante ya se dará cuenta.

Al principio de esta carta le he medio mentido al decirle que

no pensaba hablarle de ningún hospital psiquiátrico. Voy a nombrar uno en el que se perpetraron algunos de los experimentos más despreciables que se hayan realizado. Ese hospital de demostrado prestigio es el Allan Memorial Institute en Montreal. En ese instituto un buen número de mentes, la cifra aún es desconocida, fueron literalmente destruidas entre los años 1957 a 1964 bajo la dirección de Donald Ewen Cameron.

La CIA se había acercado a Cameron tres años después de la creación de MK Ultra, a través de la Sociedad para la Investigación de la Ecología Humana, una de sus organizaciones fachada a través de la cual canalizaba dinero el servicio de inteligencia.

La Agencia entregó al psiquiatra sesenta mil dólares, una pequeña fortuna cuyo equivalente en la actualidad, según me ha calculado un amigo, sería diez veces mayor. Ese pago le correspondía por ser uno de los integrantes de los estudios. Cameron era un destacado defensor con un nuevo enfoque científico del cerebro, según el cual la mente era como una computadora, que se podía reprogramar borrando memorias y reconstruyendo la psique por completo. Algo similar a resetear un ordenador.

Para conseguir el resultado de la desprogramación había que reducir a los pacientes a un estado psicológico infantil y, de ese modo, los médicos podían aprovechar la vulnerabilidad de la persona para conseguir el propósito que andaban buscando. Al empezar de cero, se podía reestructurar la mente y plantar ideas nuevas sin que el paciente fuera consciente de que se lo habían hecho.

A quienes llegaban al instituto por problemas menores, por ejemplo, trastornos de ansiedad o depresión posparto, los ingresaban en una habitación y se les inducía un coma químico durante días; en ocasiones, hasta meses.

Mediante una terapia de corrientes eléctricas de una potencia y frecuencia más alta de lo normal, quedaban reducidos a un estado vegetativo, del que se recuperarían alcanzando un estado mental más saludable. Esa era la teoría de Donald Ewen Cameron.

Sin su consentimiento y quizá, lo que era peor, sin su

conocimiento, los pacientes fueron tratados con grandes dosis de drogas, entre ellas LSD, la más utilizada.

Cameron lo denominó «conducción psíquica», queriendo imprimirle un carácter más científico. Obligaba a los pacientes a escuchar mensajes en bucle previamente grabados a través de auriculares o altavoces. A veces, ocultaba el aparato de reproducción en la almohada del paciente para que los escuchara por la noche, daba lo mismo si estaba dormido o despierto.

Las pruebas científicas de Cameron eran capaces de provocar psicosis en los pacientes. Nadie sospechaba que detrás de esos experimentos había una mano negra. Ni pacientes ni familiares imaginaban que estaban utilizándolos de conejillos de Indias para el estudio del dominio de masas.

Muchos de los que fueron tratados por Cameron regresaron a sus hogares en un estado infantil y requirieron capacitación para recuperar la continencia y las habilidades para ir al baño. Engañados acerca de las intenciones, los objetivos y los métodos del tratamiento, cargaron con las secuelas durante el resto de sus vidas.

Uno de los casos que más llamó la atención fue la denominada operación Clímax de Medianoche. El nombre de por sí ya es sugerente y puede dar una ligera idea de qué se trataba. En esa operación, los agentes de la CIA se hicieron con la dirección de varios burdeles y utilizaron a las prostitutas para atraer a clientes. Cuando estaban a solas con ellas, los drogaban y, después, los llevaban a una habitación con un falso espejo y paredes decoradas con escenas de tortura y sadomasoquismo, mientras anotaban en su libreta las reacciones que les producía lo que veían, estando bajo los efectos de los alucinógenos. Cuando los clientes de los prostíbulos volvían a su estado normal, no recordaban nada, no tenían ni idea de que habían participado en los experimentos de un programa supervisado por la CIA.

El programa MK Ultra se redujo en 1964, pero no se detuvo. Fue en 1973 cuando algunas de las pruebas de sus actividades fueron sistemáticamente borradas.

Tras la revelación de la existencia de esas alteraciones de los

estados de conciencia, hubo una serie de comisiones de investigación en el Congreso de Estados Unidos hasta que, a mediados de los años setenta, la CIA finalmente admitió que este programa existía, y que probablemente no era lo correcto, pero fingieron inocencia.

El 28 de noviembre de 1953 Frank Olson se arrojó, supuestamente, desde el undécimo piso de su habitación del hotel Pennsylvania de Nueva York. Murió en el acto. La CIA declaró que, sin ninguna duda, se trataba de un suicidio. Voy a dejar de momento a Frank Olson, luego volveré con él, pero antes quiero contarle un suceso que pasó en Francia un par de años antes.

Pont-Saint-Esprit es un pueblo en la región de la Occitania, a orillas del Ródano. El 12 de agosto de 1951, que cayó en domingo, comenzaron a ocurrir una serie de sucesos misteriosos. Dos hermanos de unos diez años fueron llevados al médico de la localidad porque uno veía caer nieve sobre su cama y el otro veía revolotear pájaros a su alrededor. No se le dio mayor importancia, lo achacaron a cosas de niños que jugando inventan mundos. El 19 de agosto, el mismo médico tenía la sala de espera completamente llena de pacientes con similares síntomas. El lunes 20 murió uno de los primeros pacientes. El 21 de agosto, el periódico *Midi Libre* anunciaba que eran ciento veinte las personas intoxicadas desde el 12 de agosto.

La alarma comenzó la noche del 24 de agosto, cuando decenas de habitantes de Pont-Saint-Esprit empezaron a sufrir visiones terroríficas. Oían voces en sus cabezas y gritaban desesperados. Los pacientes delirantes empezaron a ser transportados en carros o en la parte trasera de algunos coches a centros de observación.

En el periódico *Le Parisien* informaban:

> Un hombre se rompió las piernas al tirarse por la ventana, una mujer estaba convencida de ser una libélula. Otro hombre gritaba estar muerto antes de zambullirse en el Ródano [...]. Los animales domésticos también sufrieron de demencia. Había gatos saltando hacia el techo, perros atacando árboles. Había que matarlos.

¿Qué estaba pasando? Nadie encontraba la respuesta. ¿Qué ocurría para que tantas personas sufrieran ese descontrol? Nadie lo sabía.

La pesadilla transcurrió sin límites durante varias semanas, y en septiembre de 1951, los científicos que escribían en la *British Medical Journal* se aventuraron a dar un veredicto: todo había sido producto de un brote de intoxicación a causa del moho del cornezuelo de centeno, presente en el pan que se estaba consumiendo en el pueblo.

Las víctimas parecían tener una conexión común. Todos habían comido el pan de la misma panadería de la localidad. Al panadero se le culpó por usar una harina contaminada y se detuvo al molinero acusado de homicidio imprudente por la sospecha de que incorporó a la harina centeno en malas condiciones.

Según los informes que recogieron los especialistas, la harina contenía un hongo similar al LSD. La detención del molinero parecía cerrar uno de los más grandes misterios que se han dado en el siglo XX.

El balance definitivo de los hechos ocurridos dejó media docena de muertos a los que había que añadir entre doscientas y quinientas personas con intoxicaciones de diferente grado.

El enigma parecía resuelto. Pero regresemos de nuevo con Frank Olson. Curiosamente, en verano de 1951, Frank Olson había estado en Pont-Saint-Esprit. Como poco, resulta curioso, ¿no?

¿Quién era Frank Olson? Olson era un químico de uno de los departamentos secretos del Ejército de Estados Unidos. Se desconoce la labor que desarrollaba, solo se tienen datos de que se hallaba involucrado en la investigación de armas biológicas, y que experimentaba con drogas para el control mental en la División de Operaciones Especiales de la CIA.

Frank Olson manifestó su desacuerdo con las prácticas que realizaba la agencia cuando fue testigo en Europa de brutales interrogatorios en los que se utilizaban las sustancias que él había desarrollado. No dudó en expresar sus deducciones a un psiquiatra británico involucrado en las nuevas investigaciones de control mental con LSD. Y ese psiquiatra no hizo otra cosa que notificar a

la inteligencia británica que Olson era un riesgo para la seguridad, y la CIA recibió la pertinente llamada de alerta, advirtiéndole de la conducta de su empleado.

Franz Olson pidió salir inmediatamente de la CIA, pero ordenaron que se presentara en Nueva York con el propósito de ser evaluado. Se alojó en el hotel Pennsylvania.

La agencia de investigación entregó a la familia de Frank Olson un informe en el que contaba que, después de haber sido enviado para una evaluación psiquiátrica en Manhattan, Olson se había suicidado. El informe lo cerraba una fría frase de «los acompañamos en el sentimiento».

La investigación sobre el caso de Frank Olson fue destruida en la década de 1970. En 1994, Eric Olson, hijo de Frank, pidió la exhumación del cadáver de su padre. El equipo forense llegó a la unánime conclusión de que había sufrido un fuerte golpe en la sien izquierda antes impactar contra el suelo, al caer desde el undécimo piso del hotel.

No le he hablado de manicomios, o tal vez sí, quizá del más grande de todos: el mundo. No puedo terminar esta carta sin decirle una frase de Rabindranath Tagore: «Agradezco no ser una de las ruedas del poder, sino una de las criaturas que son aplastadas por ellas».

* * *

La canción que le propongo para pasar el día es de The Beatles, y es una de las menos conocidas, «She Said, She Said», grabada en 1966 e incluida en el álbum *Revolver*. La escribió John Lennon inspirándose en los comentarios del actor Peter Fonda durante una sesión de viaje bajo los efectos del consumo de LSD. Es una de las pocas canciones de The Beatles que Paul McCartney se negó a tocar, a pesar de haber participado en los arreglos.

Una de mis obsesiones es la dualidad que todos llevamos dentro. Nadie es buena persona a tiempo completo, todos somos en parte el doctor Jekyll y en parte el señor Hyde; por eso me gustaría que viera *El extraño caso del doctor Jekyll* de 1941 dirigida por Victor Fleming e interpretada, con su maestría habitual, por Spencer Tracy, a quien acompañan dos bellas

mujeres de la altura de Ingrid Bergman y Lana Turner. Basada en la famosa novela de Robert Louis Stevenson, su argumento es muy conocido: a un científico le obsesiona la idea de encontrar una fórmula que le permita aislar los impulsos malignos del ser humano. Cuando lo consigue, experimenta consigo mismo. A partir de ese momento, se convierte en un monstruo maligno que por las noches recorre las calles de Londres.

CARTA 13
ISLA DE BLACKWELL

Nueva York

El coraje de una mujer

La escena tiene por protagonista a una joven de dieciséis años. El año en que se desarrolla es 1880. La muchacha se encuentra en el comedor de su casa. Sujeta con fuerza un diario, es un ejemplar del *Pittsburgh Dispatch*. Su rostro está tenso, se distingue en su cara una expresión de indignación. Si nos acercamos y cambiamos la perspectiva, poniéndonos a su espalda, podremos distinguir que está leyendo una columna del diario que lleva por título «What Girls Are Good For». Su traducción al español sería: «Para qué sirven las chicas». El columnista William James Erasmus Wilson sugiere que las mujeres deberían quedarse en casa, en vez de ir a trabajar, considerando esto último una monstruosidad, e insistía en su escrito en que el único lugar adecuado para las mujeres era el hogar.

¡Ahora es fácil comprender la expresión de rabia que se dibujó en el rostro de la muchacha!

Cuando terminó la lectura, no puede reprimir su furia y sin pensárselo dos veces tomó papel y pluma y escribió de un tirón una carta que ese mismo día remitió por correo al director del *Pittsburgh Dispatch*. No queriendo firmar con su nombre real, utilizó un seudónimo, firmando el escrito como Lonely Orphan Girl, o sea: Huerfanita Solitaria. En esa carta, escribe de manera exenta de florituras la importancia de que las mujeres sean independientes y autosuficientes, no necesitando vivir al cobijo de ningún hombre que las mantenga.

Muerde en la yugular, no se anda con rodeos. Como mujer, no está dispuesta a que la insulten tratando a su género como a seres inferiores. No soporta que un hombre le diga lo que debe o no debe

hacer, ni a ella ni a ninguna otra mujer. En la carta no indica su edad, no lo encuentra necesario.

El siguiente acto se desarrolla en las oficinas del *Pittsburgh Dispatch,* donde el director del periódico se encuentra leyendo, con sorpresa y atención, la carta firmada por Huerfanita Solitaria. La redacción de la carta era tan perfecta y tan precisa, en forma y fondo, que sin pensarlo dos veces se dispone a ofrecer un trabajo como reportera a la mujer que lo ha escrito. Así lo específica a media página el periódico que sale a la venta al día siguiente.

La sorpresa llega cuando se presenta en la redacción una joven de dieciséis años que dice ser la misteriosa Huerfanita Solitaria. El director no puede creer que esa muchacha llamada Elizabeth Cochran sea quien haya escrito la carta que tanto le ha impresionado, imaginaba que sería una de esas abolicionistas vestidas de negro que se manifiestan, ya demasiadas veces, a las puertas de la redacción. Eso no frena al director, que cumple lo prometido. A partir de ese día, esa joven será redactora del *Pittsburgh Dispatch*. Allí mismo, en el primer encuentro, se decide que sus artículos los firme con el seudónimo de Nellie Bly, nombre que toman de una canción que en ese tiempo está de moda.

Esa historia me vino a la memoria cuando un teleférico me estaba acercando a la isla Roosevelt. Para que se haga una idea, la isla está situada entre Manhattan y Queens. La cabina se desplazaba al lado del famoso puente de Queensboro, por encima del East River. El precio del viaje es muy económico, ya que puede usarse la tarjeta de metro. El trayecto dura alrededor de cinco minutos.

Cuando ocurrió la historia que pienso contarle, la isla Roosevelt se llamaba isla de Blackwell y, durante todo el siglo XIX y hasta bien entrado el XX, funcionó como presidio, manicomio, reformatorio y hasta como hospital de beneficencia dedicado a enfermedades contagiosas. Allí acababan los que eran considerados desechos en una Nueva York que soñaba con ser una de las más importantes metrópolis del mundo.

Desde que el gobernador de Nueva York Philip Hone propusiera en 1828 que se construyera un penal en la isla, fueron

los propios reclusos los que tuvieron que trabajar para levantar, uno a uno, los edificios a los que irían a parar. Los presos destinados a la isla llegaban en un carruaje negro sin ventanas al que le habían puesto por nombre Black Maria. Después lo subían a una barca que pertenecía al penal e iba impulsada a remo por presos de confianza. Al desembarcar el Black Maria en Blackwell, seguía su camino hasta el presidio.

Entre los presos ilustres que pusieron sus pies en la penitenciaria de la isla de Blackwell estuvieron celebridades de la altura de Mae West o Billie Holiday. A Mae la condenaron a una pena de diez días, tras el polémico estreno en Broadway de su obra *Sex* en el año 1927. A la gran cantante de *jazz* Billie Holiday la internaron cuando tenía trece años por practicar la prostitución junto a su madre.

Desde la cabina del teleférico no podía admirar la misma silueta de la isla que sirvió de inspiración al pintor Edward Hopper, en 1928, para realizar su famoso cuadro *Blackwell Island*. En el cuadro se pueden apreciar los contornos de gran parte de los edificios, y puede verse a la derecha un minúsculo trozo del puente de Queensboro, que desde el teleférico casi podía tocar. Lo que no se ve en el lienzo de Hopper es el faro, por estar fuera de marco. Se cuenta que ese faro lo construyó un paciente del manicomio llamado John McCarthy. ¿Verdad? ¿Mentira? ¡Qué más da!

La isla de Roosevelt no se parece en nada a cuando se llamaba Blackwell. Del manicomio del que le voy a escribir, ahora quedan ruinas, y a su alrededor el paisaje se ha transformado en apartamentos de lujo. En la actualidad, es una zona residencial, quizá, con las vistas más impresionantes de los rascacielos de Nueva York. La más famosa imagen de la película *Manhattan* es cuando Woody Allen y Diane Keaton están sentados en un banco de Sutton Place para contemplar el puente de Queensboro iluminado; si se fija, se dará cuenta de que están mirando hacia la isla de Roosevelt, y a la izquierda de la pantalla se pueden ver parte de las chimeneas que dibujó en 1928 Edward Hopper.

La visita no merecería ni un segundo más si no fuera por el «encuentro» con Nellie Bly, ya que en este lugar se van a fundir dos

historias, la del manicomio de la isla de Blackwell y la de esa muchacha que se convirtió en reportera.

Después de unos años en el *Dispatch,* Nellie se mudó a Nueva York, donde no le costó conseguir trabajo en el periódico *The New York World,* bajo las órdenes del reconocido editor Joseph Pulitzer.

El primer artículo que encomendó a Nellie fue una investigación sobre el asilo psiquiátrico para mujeres en la isla de Blackwell. Nellie Bly no pone impedimento al encargo y decide que la mejor manera de realizarlo es vivirlo en primera persona, o lo que es lo mismo, ingresar en el manicomio de incógnito como periodista infiltrada. Su intención era comprobar si a las dementes las trataban con profesionalidad y cariño. Solo le preocupaba cómo la sacarían de allí, a lo que el editor le respondió con un «no sé», añadiendo que lo harían, aunque tuvieran que contar la verdad, revelando que había fingido estar loca para poder entrar.

Nellie cree que diez días serán suficientes para tomar las notas oportunas que le sirvan para su reportaje. Lo primero que hizo fue usar un nombre falso, Nellie Brown, con las mismas iniciales que las que lleva grabadas en su ropa: N. B.

En primer lugar, alquiló una habitación en una pensión para mujeres obreras. Allí se las ingenió para fingir accesos de locura no violenta, afirmando que todas las mujeres de la pensión están locas y negándose a salir del cuarto. Utilizó artimañas de ese estilo para que la consideraran una demente. Representó tan bien el papel que terminó ante un tribunal médico. En ese examen no fingió tener ningún problema mental, pero aun así, con los datos que recibe el tribunal, decide ingresarla en el manicomio de la isla de Blackwell. ¡Ya ha conseguido su objetivo! Cuando vio que los doctores habían decidido su internamiento, llegó a la conclusión de que ningún médico era capaz de dilucidar si alguien estaba loco, a no ser que hubiera violencia por medio.

Nellie conoció de primera mano, durante diez días, el lugar más infernal de Nueva York. A partir de ahora, voy a intentar ser los ojos de Nellie Bly para resumirle lo que vivió dentro del manicomio. Cuenta que el agua de las duchas estaba fría como el hielo, y solo había dos toallas ásperas con las que se secaban

algunas mujeres con erupciones y después otras con la piel sana. Eso hace que Nellie opte a lavarse con agua del grifo y usar la enagua por toalla. La comida se reduce a una patata hervida con un trozo de ternera ligeramente podrida. Una chica alemana, cuenta Nellie, no comió durante varios días y finalmente desapareció. ¿Murió? No lo sabe, pero lo supone.

Al leer *Diez días en un manicomio,* libro que escribió después de vivir la experiencia, en numerosas ocasiones se me encoge el corazón. Transcribo textualmente lo escrito por Nellie:

> Una pobre chica solía decirme cada mañana: «Anoche soñé con mi madre. Puede que venga hoy a llevarme a casa». Ese pensamiento, ese deseo, está siempre presente, aunque lleve allí encerrada cuatro años.

Desde las salas superiores del manicomio había una buena vista de la ciudad de Nueva York. Las pacientes se quedaban de pie mirando la ciudad a la que con seguridad nunca volverían. A las reclusas no les llegaban nunca cartas, no había nadie que pensara en ellas. Solo una vez vio Nellie que eso ocurriera, y se formó alrededor de la afortunada que la había recibido un remolino de pacientes ansiosas de saber lo que ocurría en el exterior.

¡Dolor! ¡Dolor y más dolor dentro de los muros del manicomio de la isla de Blackwell! No puedo resistirme a tomar de nuevo la voz de Nellie:

> Un día, una visitante trajo en sus brazos a un bebé. Una madre que había sido separada de sus cinco hijos pidió permiso para cogerlo en brazos. Cuando la visita quiso irse, la pena de la mujer fue incontrolable.

Algunas enfermeras sometían a las internas a torturas. Las obligaban a limpiar los edificios hasta que perdían el conocimiento o sufrían un ataque de nervios. Ante la falta de personal, se utilizaba a los presos del penal como celadores, quienes con frecuencia sometían a las internas a abusos sexuales sin que sufrieran castigo por ello.

Nellie Bly había sido testigo de excepción durante diez días,

suficientes, de lo que realmente ocurría tras los muros del terrible manicomio de la isla de Blackwell. Al abandonar su cautiverio, logró dar voz a los que hasta entonces no la tenían. Consiguió llevar el caso hasta las más altas instancias y, gracias a sus esfuerzos en busca de justicia para esos pobres enfermos, las condiciones de los confinados en la isla de Blackwell cambiaron para siempre. Gracias a los artículos que publicó en *The New York World* y al posterior libro publicado en 1887, el mencionado *Diez días en un manicomio,* la ciudad de Nueva York, quizá en un acto de *mea culpa,* destinó un millón de dólares adicional cada año para el cuidado de enfermos. Me quedo con una de sus frases: «La gente que puebla la tierra no puede imaginarse lo largos que se hacen los días para quienes están en un manicomio».

Regresé en el teleférico cuando las luces ya iluminaban los rascacielos de Manhattan y, mientras a mi izquierda tenía el puente de Queensboro, recordé lo que dijo la gran pensadora Concepción Arenal: «No se pierde el tiempo que se emplea en procurar hacer el bien».

* * *

Ya que la protagonista principal ha sido Nellie Bly, lo oportuno es que hoy escuche la canción que lleva por título «Nelly Bly», y que compuso Stephen Foster en 1850. Cualquiera de las versiones que existen tienen su encanto, al ser un tipo de música que no se suele escuchar hoy en día. Le aclaro que la protagonista de la canción se llama Nelly, cuando la autora de *Diez días en un manicomio* es Nellie. La diferencia entre Nelly y Nellie se debe a un error de transcripción cuando los responsables del *Pittsburgh Dispatch* le buscaron el seudónimo con que escribiría los artículos.

La película que le invito a ver es la maravillosa y cruda «Corredor sin retorno», de 1963, dirigida por Samuel Fuller. Peter Breck y Constance Towers sacan adelante con nota a sus personajes. La historia se centra en un ambicioso periodista que se propone ganar el Premio Pulitzer. Su plan consiste en ingresar en un hospital psiquiátrico, haciéndose pasar por loco, con el fin de investigar un asesinato cometido en el centro. Con la ayuda de un doctor y de su novia logra engañar a los médicos, que firman su reclusión. Una vez en el hospital, trata de obtener información de los tres únicos testigos del crimen: tres internos a los que no han logrado hacer

hablar ni la policía ni los médicos del centro psiquiátrico.

CARTA 14
HOSPITAL ST. ELIZABETH

Washington

Lobotomía

Phineas Gage era una persona cordial, siempre estaba de buen humor. Sus compañeros pasaban buenos ratos a su lado por su trato afable. Su trabajo consistía en dinamitar rocas para permitir el paso a las vías de ferrocarril. Era bueno en su oficio. No había motivo para pensar que el 13 de septiembre de 1848 su vida fuera a cambiar por completo.

Tal como había hecho cientos de veces con anterioridad, ese día de septiembre colocó la pólvora en una cavidad y empezó a prensarla con una barra de hierro de un metro de longitud a escasos tres centímetros de su cara. Lo dicho, como cientos de veces; pero esta vez iba a ser diferente. Por la fricción del metal con la roca saltó una chispa y se produjo la explosión muy cerca de su rostro. La barra le atravesó el cráneo tan limpiamente como un cuchillo entrando en la mantequilla. El cuerpo de Phineas Gage voló y fue a caer a unos veinte metros de donde había ocurrido la explosión. Sus compañeros temieron lo peor. Al acercarse para socorrerle, les estremeció ver cómo un agujero trazaba una diagonal que iba desde una de sus mejillas hasta la parte superior de la cabeza, por encima de la frente. Los lóbulos frontales del cerebro ya no se encontraban en su lugar. Todos pensaron que no tardaría en morir.

Sorprendentemente, Gage no solo sobrevivió al accidente, sino que se mantuvo consciente en todo momento. Testigos presenciales relataron que incluso habló a los pocos minutos de una manera que podría decirse que era normal. Después del accidente, lo llevaron en una carreta varios kilómetros hasta un hotel en Cavendish, que era la población cercana más importante.

Phineas Gage recibió atención médica del doctor John Martyn Harlow, sobreviviendo así al accidente.

Tras unas diez semanas de convalecencia, Phineas acabó por recuperarse. El doctor Harlow no entendía cómo era posible que hubiera recobrado la mayor parte de sus habilidades mentales. Dos meses después, el doctor consideró que Gage estaba fuera de peligro y decidió darle el alta.

Si al doctor Harlow le asombró la mejoría, lo que más le llamó la atención fue el cambio en la personalidad de Gage a raíz del accidente. Ya no era la persona jovial y siempre dispuesta a la broma, ahora su carácter era huraño e irritable. Siempre discutía con los que antes eran sus amigos de juerga.

Los continuos enfrentamientos causaron su despido de las obras del ferrocarril. Entonces fue cuando el famoso Circo Barnum se fijó en él, lo contrató y lo paseó por todos los estados, exhibiéndolo al lado de la barra que le había atravesado la cabeza. Era una de las atracciones más solicitadas. Actualmente, tanto el cráneo de Phineas Gage como la barra de hierro se conservan en el museo dedicado a la medicina de la Universidad de Harvard.

Cuatro años después de que la barra atravesara el cráneo de Phineas Gage, el Congreso de Estados Unidos asignó cien mil dólares para la construcción de un hospital en Washington D. C., con el fin de brindar atención a los indigentes del distrito de Columbia y a los miembros del Ejército y de la Marina de Estados Unidos que padecieran enfermedades cerebrales. Ese hospital fue el St. Elizabeth.

Poco después, en 1924, Walter Freeman, del que le conté que había introducido el electrochoque en Estados Unidos, se trasladó a Washington D. C., y comenzó a ejercer como primer neurólogo de la ciudad. A su llegada a la ciudad, Freeman comenzó a trabajar dirigiendo los laboratorios en el hospital St. Elizabeth. Era este un inmenso depósito de almacenamiento de enfermos mentales. En la sociedad norteamericana habían aumentado los casos de esquizofrenia, alcoholismo y sífilis neurótica en fases avanzadas que producían parálisis general. Freeman, como la mayoría de los médicos de la época, pretendía encontrar el lugar donde radicaba

la causa de la demencia, de manera similar a lo que intentaba Cesare Lombroso con los criminales. El resultado fue idéntico al de Lombroso, los cerebros de los enfermos psicóticos no se diferenciaban en nada de los «normales». A finales del siglo XIX, el científico alemán Friedrich Goltz llevó a cabo experimentos hurgando en los lóbulos temporales de los perros, reportando como resultado un efecto calmante en estos animales. Dos años más tarde, en 1892, Gottlieb Burkhardt, médico suizo, lleva a cabo la misma operación de Goltz en seis de sus pacientes esquizofrénicos. Cuatro mejoraron y dos murieron por razones desconocidas.

Unos años después, el neuropsiquiatra portugués António Egas Moniz, desarrolló la técnica de la leucotomía para pacientes psiquiátricos. Aconsejaba su uso como último recurso, y solo en casos desesperados. Los estudios realizados le valieron en 1949 el Premio Nobel de Fisiología y Medicina. Los últimos años de su vida los pasó en una silla de ruedas a causa de un disparo que recibió de uno de sus pacientes que, al ser detenido, manifestó que quería matarle porque le había «curado mal».

A mediados del siglo XX, el cirujano norteamericano Walter Freeman inventó la técnica del picahielos. Como novedad, esta se lleva a cabo con el paciente despierto. Se realiza en pocos minutos y consiste en introducir un fino estilete a través del punto más delgado de la órbita ocular, manipulándolo para causar daño intencionado a los lóbulos prefrontales. La lobotomía, con el doctor Freeman, alcanzaba su mayoría de edad.

Recuerdo lo que me explicó un amigo médico sobre este tipo de operaciones. La lobotomía, me contó, es un tratamiento quirúrgico eficaz en ciertas psicosis como la esquizofrenia o la paranoia aguda. Su misión consiste en cortar las fibras nerviosas que unen los lóbulos prefrontales del cerebro con el tálamo, centro de retransmisión de los impulsos sensoriales. La experiencia acabaría demostrando que se trataba de un procedimiento extremadamente drástico, con efectos devastadores sobre el psiquismo; actualmente, apenas sí se utiliza, pues los tranquilizantes consiguen efectos muy parecidos.

Como mi amigo vio en mi cara la expresión de no entender

nada de lo que me contaba, acabó resumiendo: en otras palabras, que se cortan partes nerviosas del cerebro.

Voy a dejar aquí al doctor Walter Freeman, del que ya le hablaré otro día con más detenimiento..., quizá en mi próxima carta. Prefiero contarle, pero va a ser de memoria, algo que leí en los ensayos de Michel de Montaigne. No le daré nombres, porque no me vienen ahora a la cabeza, pero Montaigne aseguraba que era un hecho histórico. Había un rey cuya mujer, a la que adoraba, murió. Asistió al entierro y permaneció impertérrito, como si no sintiera la pérdida de su mujer a la que incluso muerta seguía amando. Días después, su único hijo, al que veneraba y del que se sentía orgulloso, tuvo un accidente en el que perdió la vida. En el entierro permaneció sereno, sin una nota de dolor en el rostro. A la semana siguiente, uno de sus sirvientes, al que solo veía un rato por la mañana, falleció. A su entierro asistió el rey, y lloró desconsoladamente. Cuando le preguntaron cómo era posible que ante el cadáver de su esposa y el de su hijo no hubiera derramado ni una lágrima y ante la muerte de casi un desconocido, sí, el rey, sin dejar de llorar, contestó que el vaso estaba tan lleno de dolor, que esa muerte era una pequeña gota que había hecho derramar el agua. Pues la locura es lo mismo, vemos solo la última gota, que es la que desborda los océanos anteriores.

¿Son tan confiables los diagnósticos médicos que hacen la distinción entre cordura y locura? Sobre eso le voy a contar una historia ocurrida en el año 1969, cuando el prestigioso doctor en Psicología David Rosenhan, de la Universidad de Stanford, ideó un experimento único en su intento por responder a esa vieja pregunta. El propio Rosenhan y otros siete voluntarios, tres hombres y cuatro mujeres, que gozaban de una perfecta salud mental, fingieron estar locos y se infiltraron en doce instituciones psiquiátricas entre los años 1969 y 1972. Su intención era comprobar si los médicos descubrirían que los estaban engañando.

Asumieron falsas identidades. Se les instruyó para que programaran citas en los hospitales elegidos y cuando fueran atendidos dijeran a los doctores que escuchaban voces extrañas que les susurraban palabras y frases, como por ejemplo «siento un

vacío», «no sé llenar ese hueco» o «entro en un túnel». De esa manera daba la sensación de que estaban atravesando una crisis existencial, que no encontraban su camino porque habían perdido el sentido de la vida. El resultado fue que cada uno de los falsos pacientes fue admitido sin mayor dificultad en los hospitales con los que contactaron. Cuando Rosenhan publicó las conclusiones del experimento en 1973, contó que ninguno de los falsos pacientes estaba realmente convencido de ser aceptado tan fácilmente. Y no solo los admitieron, sino que siete de los ocho fueron diagnosticados con esquizofrenia, y el octavo con psicosis maniacodepresiva. Todos los voluntarios tuvieron éxito fingiendo las alucinaciones auditivas. No exhibieron ningún otro síntoma y tampoco inventaron falsos detalles sobre sus vidas, más allá de sus nombres y profesiones. A pesar de esto, fueron diagnosticados con desórdenes psicológicos severos.

Una vez diagnosticados e ingresados en el hospital, los falsos pacientes no sabían qué ocurriría después. Nadie sabía en qué momento los médicos considerarían que era oportuno darlos de alta, o descubrirían que todo había sido un engaño. De hecho, el personal del hospital llegó a observar un comportamiento totalmente normal por parte de los falsos pacientes y eso les daba la certeza de que tenían una anomalía. Por ejemplo, Rosenhan instruyó a los voluntarios para que tomaran notas de las experiencias que vivían. Y una de las enfermeras que observó estas notas diarias reportó que el paciente necesitaba escribir como terapia para su enfermedad.

Como el propio Rosenhan observó, tanto el personal del hospital como los médicos asumieron sin discusión que el diagnóstico era el correcto y trabajaban intentando engarzar los comportamientos que veían en el paciente con el diagnóstico que indicaba el historial médico que les habían entregado. Si el paciente se encontraba en el hospital, se planteaban los doctores, era porque estaba psicológicamente perturbado. Y como estaba perturbado, la continua escritura debía de ser una manifestación de esa perturbación, tal vez como un derivado de los comportamientos compulsivos que en ocasiones se relacionan a la

esquizofrenia. Y la conclusión era sencilla: si se le relacionaba a la esquizofrenia, es que era esquizofrénico.

Uno de estos falsos pacientes describió ante su médico su vida personal de forma sincera, sin modificar su día a día habitual dentro del matrimonio. Explicó que tenía una relación buena con su esposa, pero que en ocasiones discutía, y sobre sus hijos comentó que a veces los reprendía cuando se comportaban mal. ¡Nada diferente a la totalidad de los matrimonios! La conclusión que sacó su doctor después de que le hablara de su mujer y de sus hijos fue que como había sido admitido en un hospital psiquiátrico y diagnosticado con esquizofrenia, lo que le contaba eran intentos por controlar emocionalmente tanto a su esposa como a sus hijos, y ese control acentuaba sus brotes de ira; en el caso de los niños, con golpes. Inventaron y aumentaron una realidad para adaptarla y encajarla en su historial clínico de ingreso en el hospital.

Mientras el personal del hospital trataba a los falsos pacientes sin darse cuenta de que estaban fingiendo, los verdaderos pacientes, los que padecían problemas mentales reales, no tuvieron problemas en detectarlos. Algunos incluso les dijeron a la cara: «Tú no estás loco. Eres un periodista o un profesor. A mí no me vas a engañar».

Sin embargo, los médicos jamás notaron el engaño. Finalmente, los falsos pacientes fueron dados de alta tras permanecer alrededor de dos meses en los hospitales, pero todos con el mismo diagnóstico con el que los ingresaron. Fueron dados de alta únicamente porque los médicos concluyeron que la condición había entrado en remisión y que no podía existir evolución positiva.

Es evidente que no podemos distinguir la cordura de la locura en los hospitales psiquiátricos, anotó Rosenhan al inicio del resultado de su estudio. A esa conclusión ya había llegado muchos años antes Nellie Bly después de pasar por la isla de Blackwell.

Tras hacer público Rosenhan el experimento, la Asociación Estadounidense de Psiquiatría decidió que debía modificarse el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. Esta nueva versión, que acabó publicándose en 1980, incluyó una lista más

detallada de los síntomas para cada enfermedad mental y estableció que, para diagnosticar un determinado desorden en un paciente, debían concurrir diversos síntomas, y no solamente uno, como había sido la norma seguida hasta entonces.

Uno de los hospitales elegidos por Rosenhan para su estudio fue el St. Elizabeth de Washington. Ahora, lo que fue un manicomio de alto *standing* está abandonado, y si uno se arriesga a entrar, lo encontrará en un estado de conservación que en poco se diferencia del que se puede ver en Villa Azzurra de Turín. Atrás quedan los tiempos gloriosos.

En la visita a la isla de San Servolo le dejé una historia a la mitad, y ahora toca que le cuente el resto. Habíamos dejado a Ezra Pound en su tumba del cementerio de San Michele, sin saber cómo, habiendo sido encerrado en el hospital de St. Elizabeth de Washington, acabó recalando en Venecia.

Ezra Pound estuvo en el St. Elizabeth desde 1946 hasta 1958. Doce años de encierro en los que el poeta norteamericano convirtió la sala de visitas del hospital psiquiátrico en un salón literario del más alto nivel. Entre sus visitantes se cuentan los ilustres T. S. Eliot, Marianne Moore y William Carlos Williams. También acudieron a él los poetas más jóvenes, como Allen Ginsberg y la joven Elizabeth Bishop, que se encargaba de llevarle libros y bananas, únicos objetos del exterior que el poeta aceptaba recibir.

Estados Unidos tardó doce años en convencerse de que Pound no representaba un peligro de Estado: una cosa era hacer el mal y otra muy distinta aprobarlo, fue la conclusión a la que llegaron para que finalmente lo pusieran en libertad en 1958. La única condición era que se fuera a vivir al extranjero. Murió en Venecia y, como le dije, cuatro gondoleros vestidos de negro llevaron su cuerpo hasta la isla de San Michele.

Dejo atrás el hospital de St. Elizabeth resonándome una frase de Ezra Pound: «Toda mi vida creí saber algo. Pero un día extraño llegó en que me di cuenta de que no sabía nada, sí, que no sabía nada. Y así, las palabras se volvieron vacías de significado. He llegado demasiado tarde a la máxima incertidumbre».

* * *

La canción seleccionada es «All the Madmen» compuesta por David Bowie, y qué mejor que oírla en su voz. El tema está inspirado y escrito por Bowie para su hermanastro Terry Burns, que tras ser diagnosticado de esquizofrenia fue internado en el hospital Cane Hill de Londres. El tema nos habla de la locura y no se priva de referencias a la lobotomía, a los tranquilizantes y a la terapia de electrochoque. En su letra dice: «Día tras día / me quitan un poco de cerebro»; o contiene versos del siguiente estilo: «Mi libido se ha dividido en mí. / Dame una buena lobotomía».

Hoy le toca pasar dos horas y cuarto con una película clásica sobre el tema de manicomios. Quizá sea la más popular y la primera que siempre viene a la mente. *Alguien voló sobre el nido del cuco* fue el filme estrella de los premios Oscar de 1976, alzándose con las cinco categorías más importantes. Jack Nicholson y Louise Fletcher, dirigidos por el checo Milos Forman, ponen muy alto el listón. El argumento, sobradamente conocido, cuenta la historia de un hombre condenado por asalto que es recluido en un hospital psiquiátrico. La inflexible disciplina del centro acentúa su tendencia al desorden, que acabará desencadenando una guerra entre los pacientes y el personal de la clínica con la insensible y severa enfermera jefe a la cabeza.

CARTA 15
ST. COLETTA

Wisconsin

El lado oscuro de Camelot

Estoy mirando una foto de una chica de dieciocho años; se llama Rosemary. Es una foto de los años treinta, lleva sombrero, y sonríe. Tiene una belleza fresca, de esas que traspasa el papel en que está impresa, de esas que, si fuera poeta, diría que huele a limón y a azahar. Lo que sigue no es un cuento de hadas, es un drama que me eriza la piel al recordarlo y escribirlo. La vida no fue generosa con Rosemary. Teniéndolo todo, le faltó todo. Uno de sus hermanos fue presidente, y otros dos, senadores. Fue la tercera hija del matrimonio de Rose Elizabeth y Joseph Patrick Kennedy. La bautizaron como Rose Marie, pero todos la llamaban Rosemary.

Su madre, después del parto, tuvo la corazonada de que Rosemary era diferente a sus hermanos. En las semanas posteriores al nacimiento rara vez lloraba. La llegada tardía del médico había privado a la recién nacida de oxígeno, al menos eso era lo que creían, por haber intentado retener el parto en la larga espera. Descubrieron que Rosemary era deficiente en habilidades básicas para su edad. No parecía darse cuenta de las cosas tan rápido como lo hacían los demás miembros de la familia, imperdonable para un Kennedy, que siempre debía estar alerta a todo lo que le rodeaba.

A los siete años, sus padres deciden buscar un diagnóstico especializado y se dirigen al jefe del Departamento de Psicología de la Universidad de Harvard. A la niña le hacen pruebas y los resultados preocupan a sus padres. Según les dice el doctor, Rosemary es mentalmente un poco retrasada. Eso es lo peor que puede escuchar Joseph Patrick Kennedy. Todos sus hijos tienen un coeficiente intelectual que ronda ciento treinta y el de Rosemary se queda en noventa. No le sirve de nada que le intenten explicar que

el promedio normal de las personas es entre noventa y ciento nueve, y que hay que bajar por debajo de setenta para considerar un retraso mental. Joseph Patrick no acepta que su hija, una Kennedy, no esté a la altura, por encima de ciento diez.

Desde los ocho hasta casi los dieciséis años, Rosemary se quedó en casa trabajando bajo la supervisión de los mejores tutores y especialistas. Sus padres decidieron que nunca la llevarían a una institución para jóvenes de capacidades reducidas. No sé si esa decisión fue tomada por cariño o para que no se enterara la prensa y frenara el futuro que esperaba para sus hijos, en especial el de John Fitzgerald, del que su padre estaba convencido que llegaría muy alto.

Por temor a que la secuestraran, le prohibían salir sola a la calle. Cada vez más prohibiciones, cada vez más puertas cerradas para poder desarrollarse como persona y hacer lo mismo que hacían sus hermanos. Los únicos momentos de felicidad los tiene cuando se da cuenta de que nadie la vigila y atraviesa el jardín, alcanzando la calle. Cuando la descubren, ella estalla en rabietas incontrolables. Se me encoge el corazón cuando me la imagino pataleando, llorando, queriendo ser tratada como una niña normal, como esas niñas con las que no le dejan jugar. Niñas que no tienen tanto, pero que lo tienen todo.

Al cumplir los quince años, la envían al convento del Sagrado Corazón, en Rhode Island, para que reciba una selecta educación. En el convento, dos monjas y una maestra especializada trabajaron con ella en un aula separada del resto de chicas. Sabía leer, escribir, resolver problemas matemáticos, incluidas multiplicaciones y divisiones en algunos casos un tanto complicadas. En otras circunstancias, hubiera sido una persona que se hubiera desenvuelto más o menos bien en el día a día; su problema era simple: no estaba al nivel de los otros miembros de la familia Kennedy.

En 1938, a punto de cumplir veinte años, el presidente Roosevelt nombró a Joseph Kennedy embajador de Estados Unidos en Inglaterra. Pasó de ser un empresario envidiado por su éxito a diplomático de la nación más poderosa del mundo. Es un escalón

más que aumenta el prestigio de la familia.

De su estancia en Londres, es fácil pensar que Rosemary pasó los años más felices de su vida. Trabajaba en la escuela Montessori en Hertfordshire. Estaba encantada y disfrutaba cuando los niños la miraban con asombro cada vez que les leía cuentos gesticulando, cambiando voces, ya sea la de ogro, animal o princesa. Se sentía útil, se sentía admirada. Ante esos niños no tenía que demostrar ser una perfecta Kennedy. A esos niños, los Kennedy les interesan muchísimo menos que Mickey Mouse.

El 11 de mayo fue un gran día para Rosemary, fue presentada en la fiesta organizada por la reina Isabel. Estaba espléndida, se sentía como si fuera la Cenicienta. *The New York Times* se hizo eco de la presentación. Lucía, según escribe el rotativo, un vestido de tul blanco bordado con lentejuelas de plata. El cronista del *Evening Standard* coincide en alabar el modelo elegido.

Es un sueño, como si estuviera viviendo dentro de esos cuentos que lee a los pequeños de la escuela Montessori. Un cuento de colores en que siente que es la princesa. Durante muchos días, la obligaron a ensayar para que todo saliera perfecto, para que no surgiera ningún imprevisto, que nadie descubriera que tenía cierto retraso, que nadie pudiera adivinar que no tiene un coeficiente de ciento treinta. Los jóvenes aristócratas británicos le sonreían y ella les correspondía con otra sonrisa. Ojalá esa fiesta durara toda la noche, ojalá durara toda la vida.

Al llegar a la embajada, su madre la felicita. ¡Se ha comportado como debe hacerlo alguien de la familia Kennedy! No hay nada que haga más feliz a Rosemary que ser querida. En su diario escribe: «Querido papá, te quiero mucho. Y te quiero mucho».

En la primavera de 1940, Hitler se empeñó en invadir Inglaterra y Joseph Patrick Kennedy decidió que Rosemary regresara a Estados Unidos para evitar que estuviera en una zona que se considera peligrosa. Adiós a la felicidad, ya no contará más cuentos a los niños. La bruja malvada ha vencido.

Ya en Estados Unidos, entra en una escuela-convento en Washington. La tristeza ha vuelto, la felicidad se ha evaporado y

surge un nuevo problema que en otras circunstancias sería de todo menos problema. Rosemary es una mujer, ha cumplido veintitrés años. Es alta, no está desprovista de curvas y su rostro es agradable, incluso es guapa, me atrevo a decir. Tiene una belleza fresca y sincera. Un biógrafo la describió diciendo que poseía una hermosa sonrisa y una personalidad muy dulce, puede que un poco infantil, que provocaba que la quisieran casi todas las personas a las que conoció.

Rosemary se desvivía en ofrecer cariño cuando era escaso el que recibía. Las monjas descubrieron alarmadas que solía escaparse por la noche para acudir a citas clandestinas con hombres, en lugares poco recomendables para señoritas de su condición. Tenía la edad en que la adolescencia lucha por descubrir el mundo tomando los caminos más cortos. A las monjas les horrorizaba que frecuentara esos lugares buscando consuelo y, suponen, que también sexo.

Informan de inmediato al padre de los devaneos de su hija, y este teme que se pueda quedar embarazada de un cualquiera. Qué fácil sería entonces extorsionar a los Kennedy y, de ese modo, truncar la carrera de sus hijos a base de chantajes. En especial la de John Fitzgerald, que, con el cargo de comandante, está combatiendo en el Pacífico Sur y que ya espera en un futuro próximo dedicarse a la política.

Al regresar a casa, Rosemary ya no es la niña dócil que se sintió Cenicienta en Londres hacía tan poco tiempo. Quería más libertad que la que sus padres le permitían. Los estallidos emocionales eran cada día más frecuentes y se desencadenó el drama. Se le diagnosticó esquizofrenia.

En 1941, con solo veintitrés años, en la flor de su vida, los médicos informaron a su padre de un nuevo procedimiento quirúrgico que calmaría drásticamente sus arrebatos. La idea llenó de esperanza al patriarca Kennedy.

Le dicen que hay un doctor que utiliza un sistema que podría curar los desarreglos de Rosemary con una sencilla intervención. Ese doctor es Walter Freeman, que ya es familiar en nuestra correspondencia, porque se nos ha colado en diferentes ocasiones.

A espaldas del resto de la familia, el padre llevó a su hija a que la examinara Freeman. El doctor, después de un corto estudio, le asegura que se trata de una depresión agitada y tiene la certeza de que con una simple sesión la aliviaría.

Qué gran noticia le acaban de dar, por fin su hija no solo será una Kennedy, sino que estará a la altura de los Kennedy.

El procedimiento que Freeman iba a emplear estaba en fase experimental y se llamaba lobotomía frontal. Cuando tenía éxito, no siempre —detalle que no dijo a Joseph Patrick para no inquietarle—, la persona se volvía mansa y más tranquila.

El doctor Walter Freeman era un obseso de las lobotomías, las realizaba en todos los lugares posibles, incluso en ocasiones en tabernas, sin respetar las más mínimas medidas de higiene y seguridad. Se desplazaba de un estado a otro en una furgoneta, como si se tratara de un vendedor callejero de melones o elixires. En su obsesión, había llegado a realizar lobotomías a adolescentes que le llevaban sus padres con el pretexto de que se portaban mal, o a esposas a las que no les gustaba hacer las tareas domésticas. Incluso llegó a anunciar que esas operaciones curaban la homosexualidad.

Ese año 1941, el doctor Freeman hizo una lobotomía prefrontal a Rosemary. Tardó pocos segundos en realizar su trabajo. Durante las lobotomías, el doctor pedía a los pacientes que recitaran de memoria canciones o poemas, para confirmar que la operación se hubiera realizado con éxito. Cuando Freeman consideró que había cortado suficiente material cerebral a Rosemary, esta se volvió incoherente. Se detuvo, y ya en ese instante, se dio cuenta de que la intervención había sido un fracaso. La lobotomía había fallado. Como secuela, el lado izquierdo del cuerpo de la muchacha se había quedado parcialmente paralizado. Una flor de veintitrés años se marchitó ese día.

Su padre decidió internarla en un hospital psiquiátrico para que reaprendiera habilidades básicas, tales como caminar o ir al baño.

Rosemary ya no es la Rosemary que hemos conocido hasta

este punto, un poco infantil pero encantadora. No conoce a nadie, ni a sus padres ni tan siquiera a su adorado hermano John Fitzgerald. Su futuro —si es que lo tiene— será dependiendo de otras personas hasta para las más pequeñas funciones. Ya no tiene control ni en las cosas más íntimas de su vida. El patriarca Kennedy, bien por no preocupar a la familia o por vergüenza, y evitando que Rosemary fuera un obstáculo en el futuro de sus hermanos, miente a su familia diciéndoles que había empeorado y prohíbe que la visiten, advirtiéndoles de que si lo hacen pueden interrumpir su tratamiento y confundirla.

El hospital psiquiátrico privado al que llevaron a Rosemary se encontraba solo a hora y media, al norte de la ciudad de Nueva York, y tenía tanto prestigio que la revista *Fortune* lo había seleccionado entre los cinco mejores centros del país para el tipo de perfil que presentaba Rosemary. Craig House, que así se llamaba la clínica, ofrecía tratamiento y amenidades en un ambiente exclusivo para multimillonarios. Rosemary, por ser la hija de una poderosa familia, se merece lo mejor, pero ¿de qué le servía a una persona con capacidades limitadas como las suyas que hubiera pistas de tenis, campos de golf o piscina climatizada? En ese lugar estuvo hasta 1949, cuando su padre decidió cambiarla de residencia ante las evidencias, según cuenta Elizabeth Koehler-Pentacoff en su libro *El Kennedy que falta,* de que estaba sufriendo abusos sexuales.

En una charla que mantiene Joseph Patrick Kennedy con Richard James Cushing, arzobispo de Boston, este último le recomienda un buen lugar para internar a su hija, un hogar para enfermos mentales. Se trata de St. Coletta, en Wisconsin, un lugar exclusivo al que no se podía poner ninguna pega. Rosemary tan solo tiene treinta y un años.

El centro lo dirigían las hermanas franciscanas, y no había lugar más seguro para que su hija estuviera encerrada de por vida. Allí la colocaron en una casa y tuvo un automóvil con conductor disponible para ella. También tenía un perro. Vivía en una casa privada dentro del complejo, construida en exclusiva para el uso de Rosemary, y la acompañaban dos enfermeras para cuidarla y

vigilarla las veinticuatro horas del día. También había una señora de compañía que a veces la ayudaba a crear piezas de cerámica muy simples, muy infantiles. Este era un lugar para adultos que requerirían cuidados de por vida, como Rosemary. Era una niña atrapada en un cuerpo de mujer. ¡Qué lejos y qué olvidados estaban sus años dorados en Londres!

El año 1961 empezó triunfal para la familia Kennedy. El 20 de enero, John Fitzgerald comenzaba su mandato como el trigesimoquinto presidente de Estados Unidos. Lo que siempre había presentido su padre se hacía realidad. ¡Qué día más feliz para la familia Kennedy! Todos celebraban el triunfo menos Rosemary, que era ajena a esa felicidad.

El pueblo norteamericano estaba cautivado con la juventud y el vigor del nuevo presidente y la elegancia y belleza de su esposa, a la que, como si de un familiar se tratara, la gente de la calle llamaba con el diminutivo Jackie. Alrededor de la pareja se formó un séquito de aduladores y la Casa Blanca se convirtió en una corte al estilo de un musical que triunfaba en Broadway por entonces, *Camelot*. Todo era glamur y la prensa del corazón no se privaba de mostrar todo cuanto hacían su rey Arturo, su reina Ginebra y el resto de caballeros de la Mesa Redonda. Rosemary era el único personaje que estaba apartado de la felicidad que vivían todos cuantos poblaban ese mundo de la poderosa familia Kennedy.

Si los Kennedy habían empezado 1961 besando la gloria, un percance hizo que no acabara de la misma manera. En diciembre, Joseph Patrick Kennedy sufrió un derrame cerebral. Fue entonces cuando Rose y el resto de la familia descubrieron el paradero de Rosemary y las estrictas reglas establecidas a su alrededor para que nunca descubrieran el lugar donde estaba recluida. Puede que su madre tuviera cargo de conciencia y comprendiera que su hija necesitaba experimentar los pequeños placeres de la vida, y dio instrucciones a la madre superiora para que permitiera a las monjas que la llevaran de compras y a restaurantes. Quería que recuperara el pasado que le habían negado, pero ya era demasiado tarde. Su hermano John Fitzgerald, que durante la campaña había evitado hablar de Rosemary, le hizo una visita rápida siendo

presidente.

Eran las 12:38 horas del 22 de noviembre de 1963 y el mundo se estremeció. Ese día, en Dallas, John Fitzgerald Kennedy era asesinado y el reino de Camelot se derrumbaba como un castillo de naipes que hubiera recibido una corriente de aire. Rosemary lo vio en televisión, porque era lo único que emitieron ese día, una y otra vez. No se inmutó frente a la pantalla del televisor, no reconocía a aquel que una y otra vez durante el día se desplomaba en el Lincoln Continental convertible. No recordaba que era su hermano favorito y, ahora que comparo las fotos de los dos, era al que más se parecía; esa frescura que a uno le llevó a la Casa Blanca y a la otra a la reclusión en St. Coletta.

Rosemary murió por causas naturales a la edad de ochenta y seis años en el hospital Fort Memorial de Nueva York. A su entierro fueron sus hermanos Ted, Jean, Eunice y Patricia.

Hoy, St. Coletta continúa operando desde otra propiedad. El edificio original se encuentra abandonado y cubierto de maleza; en medio de la hierba hay una placa con el nombre de Rosemary Kennedy. Frente a esa inscripción oigo cómo Tom Wolfe me habla: «Toda la convicción de mi vida ahora se basa en la creencia de que la soledad, lejos de ser un fenómeno raro y curioso, peculiar para mí y para algunos otros hombres solitarios, es el hecho central e inevitable de la existencia humana».

* * *

Aunque no sea *Camelot* uno de los musicales por los que siento predilección, ya que ninguna de las canciones acaba de convencerme, creo que hoy toca que escuche el pasaje en que Julie Andrews y Richard Burton cantan «What Do the Simple Folk Do?», de esa obra de Alan Jay Lerner y Frederick Loewe. El musical está basado en la leyenda del rey Arturo, su esposa Ginebra y el caballero Lancelot del Lago. El motivo de que se lo recomiende creo que ya lo ha podido suponer, es por dar nombre a los momentos gloriosos de John Fitzgerald Kennedy y su idolatrada Jacqueline Bouvier. La Casa Blanca durante treinta y cuatro meses fue la inexpugnable fortaleza de Camelot.

La película que he seleccionado es un filme de Joseph L. Mankiewicz

fechado en 1959. Montgomery Clift y Elizabeth Taylor están soberbios, y el guion de Tennessee Williams y Gore Vidal sobre una obra teatral del primero es una obra maestra. La película no es otra que *De repente, el último verano*. El argumento empieza en la Nueva Orleans de 1937. Una rica viuda ofrece a un cirujano los fondos para crear un hospital a condición de que practique una lobotomía a su sobrina. La viuda se encuentra perturbada por la reciente muerte en Europa de su hijo, con quien solía viajar todos los veranos, salvo el último, en el que su hijo prefirió llevar como acompañante a su prima, quien ha vuelto trastornada sin saber cómo ocurrió esa muerte. El doctor —que no cree necesaria la lobotomía— intenta ayudar a la paciente para que expulse sus miedos.

CARTA 16
HOSPITAL DE WESTERN STATE

Lakewood

Una estrella caída del cielo

El manicomio de Fort Steilacoom lo construyó el Ejército de Estados Unidos en 1871 y llegó a abarcar una extensión de poco más de tres kilómetros cuadrados, convirtiéndose en un enorme complejo. Tenía una granja que abastecía de alimentos a los pacientes, y el excedente de leche y huevos se vendía, generando ingresos para el funcionamiento del asilo. Explicado de este modo, recuerda más a una comuna agraria que a un manicomio.

En una primera impresión, visto desde fuera, tenía todas las trazas de ser un lugar agradable. Su interior y el tratamiento que recibían los pacientes eran la otra cara de la moneda, sufrían horribles abusos y torturas. Internos encerrados sin contacto con el exterior, a veces durante varios meses. Faltaba saneamiento, la higiene brillaba por su ausencia, y las ratas y las enfermedades proliferaban. En 1875, el Gobierno territorial de Washington al ver las condiciones en que se encontraban los pacientes tomó el control de Fort Steilacoom, quitándoselo al Ejército, después de que se hicieran públicas innumerables historias de abusos. El edificio fue derribado en 1886 y se construyó una instalación más moderna. Pasó a llamarse con el nombre con el que se le conoce actualmente, hospital de Western State.

El Western State mejoró significativamente las condiciones, si las comparamos con las de Fort Steilacoom, sobre todo en lo referente a la limpieza, pero los abusos continuaron, daba igual que lo regentaran unos u otros. Muchos de los internos estaban allí involuntariamente, etiquetados como locos a pesar de no padecer trastornos mentales reales.

Cuando llevaban a los reclusos a un manicomio, ya fuera el

Western State o cualquier otro, les quitaban todas sus pertenencias personales, incluido el dinero. Luego, el hospital almacenaba los artículos y colocaba el dinero en una caja fuerte hasta que el paciente fuera dado de alta. Parte de ese dinero muchas veces desaparecía sin que se supiera adónde o a qué bolsillos había ido a parar.

Los bienes de los internos eran incautados y puestos en manos de un tutor que era designado judicialmente, lo que llevó a una red de corrupción de jueces y familiares. Bastantes veces se daba la circunstancia de que las personas fueran denunciadas como locos por amigos cercanos o parientes que solo querían apoderarse de sus riquezas.

Al igual que cuando se llamaba Fort Steilacoom, varios pacientes del Western State fueron encarcelados falsamente y se les negó cualquier contacto con el mundo exterior. Una de esas personas fue Alice Vinsot. Alice era una mujer que no presentaba signos de inestabilidad, quizá a lo sumo los mismos que podamos tener usted o yo en un momento puntual. La ingresó un pariente a principios del siglo XX con el único propósito de tomar el control de sus bienes. No le costó mucho conseguir lo que pretendía. Un regalo por aquí, un soborno por allá, fueron las llaves que le ayudaron a que Alice Vinsot fuera encerrada en el manicomio de Western State.

A diferencia de otros pacientes, a Alice se le privó de cualquier forma de actividad que le pudiera reportar un mínimo de entretenimiento. Le prohibieron salir de su habitación. No se permitía que nadie del exterior fuera a visitarla. No tenía ni noticias ni contactos del exterior. Su único mundo eran las paredes de su cuarto y allí estaría hasta morir si no se producía un milagro. Se había pagado una buena cantidad de dólares para que la tuvieran bien controlada, y eso lo hacían a la perfección.

Desesperada por escapar, escribió cartas pidiendo ayuda y explicando su situación. Su método consistía en dejar caer las cartas por la ventana como si fueran botellas con un mensaje que lanzaba al mar. Su única esperanza era que alguien respondiera a sus llamadas de socorro. Y el milagro ocurrió, alguien encontró una

de las cartas de Alice y, en lugar de ignorarla, como hicieron otras personas en la misma situación, fue con ese papel directamente a los medios de comunicación. Su historia interesó a los lectores y se contrató a un abogado para que defendiera su caso ante los tribunales. Tras el juicio, fue declarada cuerda y la liberaron. Después de seis años de cautiverio, abandonó el Western State. El episodio de Alice Vinsot destapó un entramado de ilegalidades cometidas por los funcionarios del manicomio.

Pero, quizá, la más ilustre residente encerrada entre los muros del hospital de Western State sea Frances Farmer; cinco fueron los años que pasó dentro.

Frances Farmer era una prometedora estrella de Hollywood, que llegó a actuar al lado de estrellas de primera fila como Cary Grant o Bing Crosby.

A la belleza de Frances se unía algo más importante y a veces muy peligroso, su inteligencia. A los diecisiete años ganó cien dólares en un concurso literario con un ensayo titulado *God Dies [Dios se muere]*. No era el típico escrito de una joven de esa edad, sino un ensayo en el que reflexionaba sobre el texto escrito por Friedrich Nietzsche *Dios ha muerto,* en el que afirma: «Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado».

La fatalidad para Frances fue que los medios locales tergiversaron lo que había pretendido decir en su escrito y llenaron sus portadas con frases al estilo «chica de Seattle niega a Dios y gana un premio». Fue tan grande el escándalo, que la noticia acabó publicándose en periódicos a nivel nacional, y miembros de la Iglesia de su ciudad intercalaron en sus sermones frases a la altura de esta: «Si los jóvenes de esta ciudad se van al infierno, Frances Farmer seguramente los ha conducido allí». La señalaban con el dedo, era el demonio con faldas.

A los veintiún años de nuevo volvió a ganar otro premio literario. En esta ocasión, consistía en un billete a Moscú, y como era aficionada al teatro ruso y especialmente al método Stanislavski, viajó a Rusia para conocerlo en persona. Su madre, aunque lo pretendió, no consiguió prohibírselo, ya que era mayor de edad. Frances no tenía ningún interés en el comunismo, solo

quería conocer el teatro ruso que la fascinaba y a la vuelta de Rusia quedarse en Nueva York para dedicarse a lo que más le gustaba, debutar en cualquier teatro de los muchos abiertos en la ciudad.

En Nueva York no tardó en encontrar a un agente lo que, unido a su belleza, provocó que la Paramount se fijara en ella y firmaran un contrato. Aunque procedía de Seattle, curiosamente, tenía un aire europeo, elegante y distante, que le daba cierta apariencia aristocrática. La mayoría de las actrices de esa época se habían cambiado sus nombres, su color de pelo, se habían retocado la nariz y no habían puesto impedimentos a ser novias de quien los publicistas de los estudios deseasen. Francis Farmer no era ese tipo de actriz ni de mujer, no era tan moldeable como ellas. No se volvía loca por ser una estrella de cine. Ella quería ser actriz de teatro, porque consideraba que eso sí era arte. Sobre Hollywood llegó a decir: «Odio todo en esta ciudad, menos el dinero».

A pesar de sus reticencias, aceptó algunas recomendaciones de la productora. Afinó sus cejas e incluso la convencieron de que posase en traje de baño para fotos publicitarias. Sus desplantes quedaban ocultos por su talento innato. Howard Hawks le dio un doble papel en la película *Rivales,* y descubrió la inmensa actriz que encerraba aquella rubia rebelde. Farmer se lució y la crítica se rindió ante ella. El propio Hawks contó la anécdota de que, en cierta ocasión, le había ofrecido un líquido que inhalaban las actrices para llorar con más facilidad en la pantalla y ella despreció el ofrecimiento replicando que una actriz tiene que llorar en cualquier momento sin esas gotas. Hizo la escena a la primera.

Paramount organizó el estreno de *Rivales* en su Seattle natal. Los que habían dicho que arrastraba a los jóvenes de la ciudad al infierno eran los primeros en querer hacerse fotos a su lado, aunque los quemaran las llamas del mismo infierno. Lejos quedaban la muerte de Dios y la Rusia comunista. Sin embargo, ella miraba por encima del hombro a quienes la habían ultrajado. No olvidaba los desprecios que le había hecho toda esa gente que ahora la agasajaba de un modo que la hastiaba.

Frances Farmer era un ser indomable y no se dio cuenta de

que aún no era una estrella. Era guapa, sí…; era fotogénica, claro…; poseía talento, sin duda; pero todavía no era una estrella consagrada. Pisándole los talones había media docena de rubias igual de guapas y con un talento similar al suyo, dispuestas a cumplir los deseos que dictaban los productores, daba lo mismo en qué consistieran esos caprichos.

Cuando tras ser elegida para interpretar el papel de Juanita Calamidad en la película *Aventureros en Nevada,* se quejó porque debía aparecer demasiado arreglada y no desaliñada, como correspondía a una pistolera, la Paramount, no soportando sus impertinencias, se quiso deshacer de ella y la cedió a una pequeña productora de películas de serie B.

Si su carrera de actriz iba mal, no le iba mejor su vida privada. Se enamoró de un hombre casado que no estaba dispuesto a separarse de su mujer para irse con ella. Intentó sobreponerse buscando consuelo en el fondo de las botellas de alcohol. A esto se unió que su agente la demandó por continuos incumplimientos y su imagen se vio seriamente dañada. A Hollywood no le gustaban los problemas.

La caída en desgracia comenzó cuando fue detenida por la policía en una carretera de Santa Mónica. Era de noche y circulaba con los faros encendidos. El policía, siguiendo la ordenanza, la multó. Cuesta creer el delito de conducir de noche con los faros encendidos. Absurdo, ¿verdad? No tanto. En aquel tiempo, ante el temor a los bombardeos tras el ataque a Pearl Harbor, se prohibía que los coches encendieran las luces para no hacer más fácil el blanco. Quizá eso no hubiera merecido un castigo demasiado severo, puede que solo una multa de unos pocos dólares, pero es que aparte iba borracha, circulaba sin carné de conducir y, para complicar aún más la situación, agredió al policía que le dio el alto. Fue multada y sentenciada a ciento ochenta días en la cárcel, que no llegó a cumplir al aplicársele la libertad condicional.

Su siguiente oportunidad para triunfar le llegó en forma de película de presupuesto ínfimo que tampoco terminó bien: el primer día abofeteó a una peluquera que se rompió la mandíbula al caer al suelo. La volvieron a detener y esta vez sí que acabó en la

cárcel, no había posibilidad de libertad condicional.

En esa época, al alcohol había sumado el consumo de anfetaminas. El acceso a esas drogas estimulantes era común y muchas actrices de Hollywood las tomaban para adelgazar. Todavía se desconocía que eran adictivas y los efectos secundarios que producían, como, por ejemplo, trastornos mentales que podían asemejarse a la esquizofrenia.

El día del juicio se presentó borracha y, tal como le dijo al juez sin ningún tipo de rubor y trastabillándole la voz, le había puesto licor a la leche, al café y al zumo de naranja.

Acabó siendo expulsada de la sala del tribunal mientras no dejaba de gritar insultos al juez: su imagen saliendo arrastrada por la policía se difundió en toda la prensa del país. No era una estrella, a nadie le interesaba proteger su imagen.

Por deseo de su familia, la misma noche del juicio la ingresaron en la sala de psiquiatría del Hospital General de Los Ángeles. El psiquiatra que la trató informó a los periodistas de que sufría psicosis maniacodepresiva.

Los siguientes años de su vida fueron un constante entrar y salir de instituciones mentales en las que recibió tratamientos de electrochoque. Tras el primer internamiento, volvió a casa de su madre, pero su relación siempre había sido tensa. Seis meses después, su madre volvió a internarla y dos psiquiatras la declararon legalmente loca. Tardó cinco años en recuperar su propia custodia.

Cuando salió del Western State, intentó volver a actuar, pero no le abrían ninguna de las puertas a las que tocaba. En 1958 apareció en el programa *This is Your Life [Esta es su vida],* donde aprovechó para contar la experiencia que había tenido en el centro psiquiátrico. Denunció que el hospital no tenía medios para la atención psiquiátrica individual. Explicó a la audiencia que colocaban a quince o veinte chicas en fila y les ponían inyecciones, o les lanzaban chorros de agua con una manguera a mucha presión, o recibían un tratamiento de descargas eléctricas, sistemas con los que se suponía que relajarían las tensiones y no causarían problemas. Terminaba diciendo que no culpaba al hospital,

añadiendo que creía que hicieron todo lo que estaba en sus manos para cuidar de la enorme cantidad de personas que se hallaban encerradas en el Western State, y terminaba afirmando que estaba convencida de que no la habían ayudado mucho.

En los últimos años de su vida se dedicó a pintar y a actuar en obras de teatro con grupos universitarios. Aprovechó para escribir su autobiografía: *Will There Really Be a Morning?,* donde, como en el título del libro, se preguntaba: «¿Habrá realmente un mañana?». Esos últimos años los describió como la época más feliz de su vida.

Con tan solo cincuenta y siete años fallecía Frances Farmer de cáncer de esófago, causado por el consumo de alcohol. Su filmografía se reducía a quince películas que tan solo los muy cinéfilos recuerdan.

Como puede haberse dado cuenta, no he estado nunca en el Western State, pero quería hablarle de Frances Farmer y esta ha sido la coartada perfecta para explicarle su historia, hoy en día un tanto olvidada. Por lo demás, ese hospital no se diferencia en mucho a otros que sí he visitado. Quiero terminar la carta con una frase de Charles Chaplin: «La vida es una obra de teatro que no permite ensayos... Por eso, canta, ríe, baila, llora y vive intensamente cada momento de tu vida..., antes de que el telón baje y la obra termine sin aplausos».

* * *

Hoy no puedo evitar decirle que escuche la canción «Frances Farmer Will Have Her Revenge on Seattle» del grupo de música *grunge* Nirvana, creo que es la más apropiada después de haber escrito esta carta en la que le he hablado de Frances Farmer.

La película, al igual que la canción, también ha sido fácil de seleccionar, y es del año 1982. La dirigió Graeme Clifford, y en ella Jessica Lange hace un papel memorable interpretando a Frances Farmer; el título no puede ser otro que *Frances*. Al ser una obra biográfica bastante bien guionizada, no se diferencia mucho de lo que le he escrito.

CARTA 17
HOSPITAL CHERRY

Goldsboro

El manicomio de los negros

Goldsboro es una pequeña ciudad de unos 35.000 habitantes que se halla en el estado de Carolina del Norte. Si algo recuerdo perfectamente es que está muy limpia y que sus calles son amplias. Me sorprendió, gratamente, que los bares tuvieran sillas y mesas en la calle, cosa no muy habitual en Estados Unidos. En una de esas terrazas me encontraba solicitando al camarero un café largo y tres pequeñas tartas, una de calabaza, otra de manzana y una tercera de nueces. Lo hice señalándole con disimulo a la pareja de la mesa de al lado, que estaba comiendo muestras de los tres diferentes pasteles. El camarero era afroamericano y la chica de la pareja de la mesa de al lado, también.

A principios del año pasado, antes de esta maldita pandemia que parece que no vaya a terminar nunca, leí en la prensa que a James Watson, codescubridor de la estructura del ADN, le habían despojado del Premio Nobel de Medicina obtenido en 1962. La causa de perder tan prestigioso galardón había sido declarar que estaba científicamente comprobado que los negros son menos inteligentes que los blancos. El desencadenante tuvo lugar en enero de 2019, tras la emisión de un documental de la BBC realizado el año anterior en el que Watson comentó una idea que había expuesto muchas veces con anterioridad, su opinión de que los africanos son menos inteligentes que los europeos y los americanos.

El camarero no tardó en venir con las consumiciones que le había pedido y después de dejarlas sobre la mesa se alejó hacia el interior para atender a un mulato con uniforme de *sheriff* del condado de Wayne. La imagen no podía ser más típica de un

pueblo norteamericano.

La drapetomanía, un supuesto desequilibrio padecido por los esclavos negros del Sur de Estados Unidos, fue postulada a mediados del siglo XIX, cuando se estaban produciendo cambios encaminados al fin de una economía agrícola que utilizaba mano de obra esclava, para desembocar en un capitalismo industrial.

La discusión en torno a la salud mental de los esclavos no era una cuestión nueva. En 1745, la Asamblea Colonial de Carolina del Sur trató el caso de una esclava negra de nombre Kate a la que se acusaba de matar a un niño. Después de ingresarla en la cárcel local, se determinó que Kate tenía las facultades mentales mermadas, por lo que no era responsable de sus actos. En lugar de ir a la cárcel, debía ser internada en una institución mental. Sin embargo, su dueño era demasiado pobre para pagar el internamiento y la colonia de Carolina del Sur no tenía estipulado el mantenimiento público de los esclavos en caso de que sufrieran demencia. Finalmente, la Asamblea Colonial aprobó una ley por la que cada parroquia debía responsabilizarse de la reclusión de los esclavos locos cuyos dueños no pudieran cuidar de ellos. No hay más detalle sobre el caso de Kate, pero sirve para ilustrar los precedentes de los asilos para afroamericanos.

El chico de la mesa de al lado se levantó y, enseñándome una cámara de fotos, me pidió sacarles una. Hubiera sido una grosería decirles que no. Los dos, sentados, se abrazaron y miraron a la cámara. Por el visor vi el encuadre, era una pareja preciosa. Al devolver la cámara me dieron las gracias más que con palabras con una sonrisa. En esa terraza de Goldsboro se me apareció el recuerdo de Martin Luther King: «No soy negro, soy hombre».

En 1851, el médico Samuel Cartwright, en un artículo para una publicación de Nueva Orleans, planteó la existencia de la drapetomanía. El nombre provenía del griego *drapetes* que significa «esclavo» o «fugitivo», y *manía* que se puede traducir por «locura» o «enfermedad». Se puede definir *drapetomanía* como el ansia de libertad o el deseo del esclavo de escapar de su amo.

Con las ventajas de un asesoramiento médico adecuado, exponía Cartwright en ese artículo intentando sentar cátedra, se

podía evitar casi por completo la práctica problemática de que muchos negros intentaran huir. Pero, matizaba con relativa preocupación, existía el problema de no conseguir el cien por cien de los objetivos y era que los esclavos se encontraban demasiado cerca de estados abolicionistas para no estar tentados a huir.

A mediados del siglo XIX se calcula que había alrededor de tres millones de esclavos en Estados Unidos, y la población crecía a un ritmo de setenta mil personas al año. Las brutales condiciones de explotación a las que eran sometidos, sobre todo los que desempeñaban tareas agrícolas en los algodonares del Sur, llevó a que miles de ellos intentaran cada año la huida a la desesperada hacia los estados del Norte, donde la esclavitud era ilegal.

El *sheriff* mulato salió del bar, pasó a mi lado, y me miró con los ojos escondidos tras sus gafas de sol. Como no debió de verme como alguien peligroso, me saludó y sin más se dirigió hacia el coche patrulla.

A principios del siglo XIX comenzó a funcionar el llamado Ferrocarril Subterráneo o Clandestino, una red formada por antiguos esclavos, activistas abolicionistas blancos y miembros de la Iglesia cuáquera. Su objetivo era ayudar a escapar a los esclavos fugitivos. Lo del nombre de ferrocarril no era debido a que sus miembros trabajaran en este, sino porque en su organización utilizaban términos ferroviarios: los «conductores» o «maquinistas» eran quienes se encargaban de ayudar a escapar a los esclavos. Las «estaciones» eran las casas donde se daba cobijo a los fugitivos, donde podían esconderse, alimentarse, descansar y recibir atención médica; los «pasajeros» eran los fugados; las «vías», las rutas de escape; la «estación central», el lugar desde el que se dirigían todas las acciones y el «destino» era la libertad que se conseguía al llegar a los estados del Norte.

Para evitar las fugas, los dueños de las plantaciones endurecieron los castigos a los esclavos que intentaban la huida o que fueran sospechosos de colaborar. Se cree que el Ferrocarril Subterráneo liberó a cien mil personas entre 1810 y 1860.

Como remedio, Cartwright proponía el adecuado tratamiento médico para detectar los hábitos que generaban el problema, antes

de que desembocaran en la manía de libertad, y lo exponía de una manera que creía que era la que evitaría las fugas: «Si se trata amablemente, bien alimentado y vestido, con combustible suficiente para mantener una pequeña fogata encendida toda la noche, separados por familias, cada familia teniendo su propia casa, no permitiéndoles correr por la noche para visitar a sus vecinos, recibir visitas o usar licores embriagadores, y si no trabajan demasiado ni están expuestos al clima, son más fácilmente controlables que cualquier otra persona en el mundo».

A poco de ser publicado el artículo en un diario del Sur, Cartwright fue ridiculizado en los estados del Norte. Frederick Law Olmsted, arquitecto diseñador de Central Park, en una especie de broma, decía que observaba que los trabajadores temporales y precarios blancos también se fugaban con frecuencia, por lo que postuló que la supuesta patología que atribuía Cartwright en exclusividad a los negros tenía origen europeo y que fue introducida en África por mercaderes blancos.

La drapetomanía nunca fue plenamente aceptada por los círculos médicos y psiquiátricos. La derrota sureña en la guerra de Secesión americana produjo la unificación del país bajo el liderazgo del Norte capitalista e industrial frente a la sociedad agrícola sureña. La Proclama de Emancipación de los Esclavos de 1863 y la aprobación de la decimotercera enmienda a la Constitución nacional de 1865 dieron carpetazo a la esclavitud.

En 1875 se creó el primer manicomio para negros en el estado de Carolina del Norte. Aunque habían pasado años, en 1895, el doctor Powell, director de un asilo en el estado de Georgia, se atrevió a decir que el aumento del alcoholismo y la locura en la población negra se debía al hecho de la abolición de la esclavitud, ya que en las plantaciones llevaban vidas organizadas e higiénicas, alejadas de los vicios y los excesos que encontraron cuando las abandonaron.

Me levanté de la mesa, entré en la cafetería, pagué en el mostrador lo que había consumido y me dispuse a acercarme al lugar por el cual tenía sentido mi visita a Goldsboro.

En 1877, la Asamblea General del estado de Carolina del

Norte nombró un comité para que seleccionaran un sitio donde instalar un centro para enfermos mentales negros, que serviría de lugar de recogida a los dementes de esta comunidad. Para ese fin, al año siguiente se compraron sesenta y nueve hectáreas de tierra a tres kilómetros al oeste de Goldsboro. A ese punto era adonde me dirigía sin ninguna prisa, y en el camino no pude dejar de pensar en Dorothea Dix, defensora estadounidense de los enfermos mentales, en especial de los indigentes. Fundó el movimiento conocido como «higiene mental», cuyo objetivo principal era conseguir un tratamiento psicológico digno para cualquier individuo, fuera rico o pobre.

Dorothea Lynde Dix nació en 1802 en el estado de Massachusetts. Sus padres pertenecían a familias adineradas y de mucha raigambre desde los tiempos en que era una colonia británica. El padre de Dorothea, Joseph Dix, era predicador metodista. Lamentablemente, sus padres eran alcohólicos. Además, su madre padecía graves trastornos psicológicos. Esa situación hizo que Dorothea desarrollara una gran sensibilidad hacia las personas más desfavorecidas. A los diecinueve años, con la ayuda económica de familias acomodadas de la ciudad, abrió su propia escuela de pago, en Boston, actividad que combinaba con impartir clases a niños pobres en el granero de la casa de su abuela. Trece años después fundó una escuela modelo para niñas en Boston, que funcionó hasta 1836, cuando a Dorothea le detectaron tuberculosis.

Su familia la anima a que viaje a Europa para ver si mejora con el cambio de aires y, al mismo tiempo, le sirve para abrir nuevos horizontes. En Londres se relacionó con la flor y nata de la sociedad inglesa. Se ganó el cariño y la admiración al ser rica, inteligente, con buena formación y con ese punto exótico que atraía a las clases altas londinenses. Se relacionaba con importantes reformistas sociales; entre ellos Samuel Tuke, un eminente experto en construcción y administración de manicomios. También conoció a personas pertenecientes a un movimiento denominado Reforma de la Locura, que abogaba por mejorar el cuidado de los enfermos mentales.

Desde principios del siglo XVIII, las personas que mostraban signos de graves trastornos psíquicos eran tachadas de locas. Las hacinaban y enjaulaban en manicomios, en condiciones inhumanas y con tratamientos impropios para un ser humano. Para evitarlo, había sido fundada la asociación Reforma de la Locura.

La sociedad británica era sensible al problema de la salud mental desde Jorge III, al que llamaban el Rey Loco. De ese monarca ya le hablé —es al que una mujer acuchilló y un hombre lanzó una piedra—, y, como no hay dos sin tres, aquí reaparece de nuevo. Jorge III sufrió una recurrente y, finalmente, permanente enfermedad mental que en la última década de su vida le apartó del trono. En la actualidad se cree que padeció trastornos mentales y nerviosos como consecuencia de la porfiria.

Poco a poco, en Inglaterra se rechazó radicalmente el encierro y aislamiento de los enfermos, y se propició el cultivo de las relaciones sociales.

Durante su estancia en Inglaterra, murieron su madre y su abuela, quedándole como herencia un importante patrimonio que le permitió ser autónoma económicamente.

Quizá el giro más importante en la vida de Dorothea se produjo el domingo 28 de marzo de 1841. Dorothea se había ofrecido para dar clases en una escuela dominical de veinte mujeres reclusas, con problemas de salud mental, en la cárcel de Cambridge, en Boston.

Después de haber terminado su charla, Dorothea Dix se dirigió, sin permiso de las autoridades del penal, al sótano del edificio, donde se encontraban las mazmorras de las pacientes consideradas locas. Lo que vio la enfureció, todas las mujeres estaban encadenadas a la pared y a los camastros. Vio que las enfermas estaban sucias, desnutridas, no tenían calefacción y se helaban de frío. Como he dicho, era marzo y muchas de ellas dormían en el sucio suelo. Esa imagen la decidió a visitar otros centros —manicomios, cárceles y correccionales—, para ver si las tenían encerradas en las mismas condiciones. Después de sus visitas, denunció las condiciones deplorables, los hacinamientos y los abusos, tanto físicos como psíquicos y sexuales, a los que eran

sometidas las internas.

En el informe que Dorothea Dix publicó y que hizo llegar a las autoridades estatales, decía, entre otras cosas: «Hay personas dementes confinadas dentro de estas instituciones, que están en jaulas o en una especie de corrales, encadenadas, desnudas, golpeadas con barras y azotadas».

Entre los casos que nombraba, contó haber visto a un legislador y jurista, en un tiempo reputado que, tras sufrir un deterioro mental, cayó en desgracia. Muchos miembros del Congreso y del Senado que lo habían conocido y se habían beneficiado de sus favores se apartaron de su lado sin querer saber nada de él. Dorothea lo encontró acostado en una cama pequeña, en el sótano de la casa de beneficencia en la que estaba recluido.

En cada ciudad buscaba a las personas más importantes y denunciaba lo que había visto.

El prestigio y el poder de convicción de Dorothea Dix consiguió que los legisladores propusieran de inmediato la asignación de los fondos necesarios para la construcción de un centro adecuado para el cuidado y tratamiento de los enfermos mentales.

En 1848, Dorothea Dix visitó Carolina del Norte, y después de varios meses de gestiones logró que se constituyera la Sociedad Médica del Estado y la autorización para construir un asilo dedicado al cuidado de pacientes con enfermedades mentales. Ocho años más tarde, en 1856, se inauguró este asilo con el nombre de asilo Dix Hill, en honor a su padre.

Al estallar la guerra de Secesión americana, Dorothea desempeñó el cargo de superintendente de enfermeras del Ejército de la Unión. Al finalizar la contienda, emprendió una cruzada para mejorar la atención de los prisioneros, de los discapacitados y de los enfermos mentales.

Su primer paso fue revisar los asilos y las cárceles de los estados sureños para evaluar el daño producido por la guerra en sus instalaciones. En 1875, se fundaron dos nuevos hospitales, uno de los cuales era el hospital Goldsboro para los Negros Locos.

Y precisamente, acaba de llegar al hospital Goldsboro para los

Negros Locos. Ya no hay pacientes y solo quedan algunas dependencias de no más de siete décadas. Están abandonadas, como ya empezaba a ser costumbre en los lugares que visitaba. Por esa razón, aparte de porque lo prefiero, le hablo más de personas que de edificios. En 1959 el hospital Goldsboro para Negros Locos pasó a llamarse hospital Cherry, en honor al gobernador R. Gregg Cherry, quien durante su administración se encargó de aumentar los servicios de salud mental, así como las instalaciones y el personal del hospital. Con la Ley de Derechos Civiles de 1964 terminaba la discriminación y dejaba de ser un centro exclusivo para pacientes de raza negra.

Seguía dando vueltas por el lugar y me acerqué a uno de los edificios abandonados, pero aún no muy deteriorado. Los cristales estaban intactos, como si Goldsboro no tuviera niños que se divirtieran tirando piedras a los cristales. Miré y nada de su interior me atrajo lo suficiente como para contárselo.

Me encontraba encorvado y forzando la vista cuando noté que alguien se hallaba a mi espalda. Me giré y me di de bruces con el *sheriff* mulato. Sinceramente, me acojoné. Me preguntó sin malos modales qué hacía por allí y le dije la verdad, aunque pensando que resultaría bastante increíble que una persona viajara desde España a un pueblo de Carolina del Norte para visitar un manicomio. Quizá por ser tan raro creyó que no podía ser mentira. Me aclaró que el hospital Cherry que funcionaba estaba a unos ochocientos metros, y señaló con la mano a lo lejos. Me informó de que era un hospital moderno que no tenía nada que ver con este. Entonces, me recomendó un lugar y se prestó a acompañarme. Se lo agradecí. Llegamos a un monumento en el que había dos bancos para sentarse, cuatro monolitos de un metro de altura, y otros dos más, pero estos con una piedra en horizontal sobre ellos. También en ese lugar, esa rotonda, hay un atrio en el que supongo que se apoya una Biblia los días en que ofician misas al aire libre. En la piedra horizontal pude leer «Cherry Hospital Cementery». El monumento estaba dedicado a la memoria de los pacientes enterrados en el antiguo campus del hospital.

Entonces fue cuando el *sheriff* me contó la historia de Junius

Wilson. Aquí va tal como más o menos la recuerdo: «En 2001, falleció Junius Wilson, un hombre sordo que debía de andar por los noventa años al que todos los niños de Goldsboro queríamos y llamábamos tío. A la edad de diecisiete años le acusaron de violación. Le declararon loco porque se comunicaba solo con sonidos guturales y con extraños gestos con las manos. Las movía tan rápido que podía parecer violento. Lo encerraron en el hospital Cherry. Allí fue castrado por el personal sanitario, práctica habitual en aquel tiempo a las personas de color acusadas de violación. En la década de los años setenta se probó que la acusación de violación había sido inventada. Esa no culpabilidad no fue suficiente para que pudiera abandonar el manicomio, los doctores seguían opinando que se trataba de un loco que solo gruñía y hacía aspavientos para hacerse comprender, pero que nadie entendía. Hubo que esperar a 1991 para que un trabajador social se diera cuenta de que Wilson no era un enfermo mental, sino que solo era sordo. Su manera de expresarse era una forma de lenguaje de señas que aprenden los afroamericanos en según qué condados del Sur. Al no conocerlo, lo habían tomado por el gesto violento de un demente. La historia de Junius Wilson circuló por todos los estados a principios de los años noventa. Fue liberado, y aunque no estaba loco, seguía gruñendo de la misma manera y gesticulando. A Junius no le quedaban familiares vivos conocidos, por lo que le donaron una pequeña cabaña en los terrenos del hospital y allí estuvo hasta que falleció».

Cuando terminó la historia, me preguntó si quería que me llevara a Goldsboro. Agradeciéndoselo, le dije que no, que prefería caminar, puesto que hacía un día maravilloso. Se despidió llevándose la palma de la mano a un lado de la visera del sombrero en señal de saludo. Yo hice lo mismo, aunque no llevaba sombrero.

Me puse a caminar de regreso a Goldsboro. Despacio, disfrutando de los campos que podía ver al lado de la carretera y volví a recordar a Martin Luther King: «Tengo un sueño, un solo sueño, seguir soñando. Soñar con la libertad, soñar con la justicia, soñar con la igualdad, y ojalá ya no tuviera necesidad de soñarlas».

* * *

Hoy quiero rendir un pequeño homenaje a quien primero tocó *jazz* en Nueva Orleans, la cuna de este género. Su nombre era Bolden y junto con su orquesta enloqueció a la ciudad. Cuando Bolden estaba en el parque y daba las primeras notas de corneta, las personas se acercaban corriendo hacia él para escucharle. Hacia 1906, Bolden era el músico negro más popular de Nueva Orleans. Las mujeres le perseguían por la calle. Los niños se reunían frente a su casa para oírle practicar. Le llamaban King Bolden. Era único en su género. Cuando preguntaban a Louis Armstrong acerca de Bolden, siempre contestaba: «La gente creía que estaba chiflado al verle moverse tanto con su trompeta». La gente no estaba equivocada, porque le encerraron en un manicomio. Bebía mucho, tenía dolores de cabeza y empezaba a hablar solo. Terminó su vida en 1931 en el manicomio de Jackson, Misisipi. Nunca más volvería a tocar su corneta en público. Pero siempre quedará el sonido de la buena música, y más si son Duke Ellington y Joya Sherrill quienes interpretan «Hey, Buddy Bolden».

Dispóngase a ver una maravillosa película que transcurre íntegramente en un hospital psiquiátrico. La película elegida es *Nido de víboras,* de 1948, dirigida con precisión por Anatole Litvak y con una interpretación memorable de Olivia de Havilland. Una escritora recién casada vive atormentada con un sentimiento de culpa por un hecho ocurrido años atrás. Al sufrir desequilibrios mentales, es internada en un psiquiátrico. A pesar de encontrar la comprensión del doctor, el trato recibido en el sanatorio por parte de las enfermeras y de las propias internas no es el más adecuado para ayudarla a superar sus temores, incluso querrán utilizarla para cometer un crimen. Pocas películas transmiten tan fielmente el ambiente claustrofóbico de un manicomio. Las interpretaciones de los actores de reparto y los figurantes hacen aún más creíble lo que estamos viendo. No dude en localizarla.

CARTA 18
MANICOMIO DE LA CASTAÑEDA

México

El palacio de la locura

Las Torres de Mixcoac son un remanso de paz en medio de la locura de la gran ciudad de México. Es la tranquilidad frente al ajetreo, la serenidad cara a cara con la inquietud. La unión de lo estético y lo funcional en los edificios construidos. Al menos esa es la idea que se ha quedado anidada en mi cerebro. Pero antes de ser el lugar que le he explicado, fue un manicomio que llegó albergar a más de sesenta mil pacientes psiquiátricos en los años en que rigió el destino de México Porfirio Díaz, quien lo creó como símbolo de progreso de la nación para celebrar el centenario de la independencia de México en 1910.

El presidente Porfirio Díaz consideraba que era inaudito que una gran ciudad como México no contara con un hospital psiquiátrico, igual que las ciudades más importantes de Europa. Si lo tenía París, ¿por qué iba a ser menos la capital del Estado mexicano? Arrastrado por su afrancesamiento, que nunca ocultó, Porfirio dio la orden de construir el hospital, basándose en la arquitectura del psiquiátrico parisino de Charenton. Para erigirlo, eligió el terreno de una hacienda dedicada al cultivo de maguey pulquero en el entonces pueblo de Mixcoac. El buen clima de la zona favorecía la salud de los pacientes. El nombre de esa hacienda era La Castañeda, y con ese nombre se quedó el hospital.

La Castañeda pronto alcanzó las dimensiones de una pequeña ciudad. Lo componían veintiséis edificios rodeados por una banda de cemento que lo convertía más en prisión que en manicomio. Fácil para entrar, difícil para salir. A la inauguración, como era de esperar, asistió el presidente Porfirio Díaz junto a la crema y nata de la alta sociedad mexicana.

Un meticuloso orden funcionaba en el interior del manicomio. Las divisiones de los pabellones seguían unos criterios estrictos. Estaba el de los pacientes distinguidos, donde se alojaban los miembros de las familias ricas, con la excepción de las personas de esa clase social que hubieran sido llevados allí por la policía. El pabellón con menos atenciones era el de los pacientes infecciosos, al que iban a parar las prostitutas, los leprosos y los afectados de tuberculosis.

Todo debía ser perfecto, ningún detalle podía faltar. Había zonas de juegos, biblioteca, talleres, escuela, enfermería, y, por tener, contaban hasta con una sala de cine. Siempre, eso sí, haciendo distinción entre los pacientes de los diferentes pabellones. Para Porfirio Díaz aquel hospital era un trozo de París en su patria, aunque fuera un manicomio. No envidiaba en nada al que le sirvió de modelo, el hospital de Charenton. Estaba a la altura de cualquier otro de Europa, incluso se podía afirmar que era mejor que la mayoría.

La Revolución mexicana tuvo un impacto importante en el manicomio poco después de su inauguración. Sin la inversión económica y política que le dio vida, el hospital se enfrentó a un creciente número de problemas financieros, que afectaron a su administración y a sus servicios médicos. Lo que pretendían los modernistas seguidores de Porfirio Díaz con La Castañeda acabó convirtiéndose en un lugar que realizaba la simple función de custodia de los internos.

La Revolución también hizo que mucha gente se recluyera en el interior del manicomio para huir del hambre y evitar los enfrentamientos armados, pero su situación en la periferia de la ciudad de México provocó que se convirtiera en otro escenario más de conflicto. Las fuerzas de Emiliano Zapata se apoderaron del hospital en enero de 1915. Los zapatistas, antes de abandonarlo, saquearon todo lo que pudieron y se llevaron los animales que criaban en el manicomio y que servían de alimento a los enfermos. También llegó la confusión, y tres internos peligrosos se enrolaron en el ejército zapatista, al igual que lo hizo uno de los cuidadores de la institución.

Ya nada era como cuando Porfirio Díaz soñaba tener una parte de París en México. El sueño se desvaneció con el aumento de pacientes, a lo que había que sumar una administración deficiente y el excesivo uso de tratamientos agresivos. El electrochoque se utilizaba alegremente, sin ninguna acción terapéutica y sí de castigo.

Me apetece hablarle de un personaje que siempre me ha parecido, como poco, curioso. En agosto de 1918, siete ladrones lograron entrar en las Fábricas Universales, la casa de novedades más elegante de México, según rezaba la propaganda, y robar miles de pesos. La policía consiguió desbaratar sus planes y llevó a los detenidos ante la justicia. De uno de los ladrones sorprendía su comportamiento, no era normal. Murmuraba palabras incoherentes, tenía la mirada perdida y, de vez en cuando, se lanzaba contra la pared y la golpeaba con la cabeza lo más fuerte que podía, hasta que lo sujetaban varios policías. En la ficha policial que le abrieron ese día escribieron: «Alberto Nicolat Talocín».

Al comprobar sus antecedentes, las autoridades descubrieron que a su detenido se le buscaba por decenas de robos cometidos desde tiempos de la Revolución. También se enteraron de que Nicolat había tenido una vida complicada. Nacido en 1879, producto de la relación de un inmigrante europeo y una indígena mexicana, Alberto tuvo toda su vida la locura en su entorno. Su padre había enloquecido a causa del mordisco de un perro que padecía rabia, su abuela paterna estuvo internada en el hospital para mujeres dementes del Divino Salvador y una de sus hermanas atravesó largas temporadas de fuertes ataques de locura.

A pesar de esos antecedentes, él nunca había mostrado un episodio de locura en su infancia. Fue en su adolescencia, después de dispararle a un hombre que estaba golpeando a su padre, cuando empezó a tener delirios. Su padre, en un intento de que el joven recuperara la lucidez, le llenó de regalos. Esa protección y el cumplimiento de todos sus caprichos, que recibía de su padre, hicieron que superara la adolescencia sin mayores problemas y sin ningún esfuerzo.

Años después, siendo alumno del colegio militar, a Alberto le atacó un grupo de personas que le salieron al paso, le golpearon sin miramientos y le tiraron al canal de Santa Anita. Los motivos se desconocen, tampoco él hizo ningún esfuerzo por aclararlos. Poco después de esa agresión le internaron en un centro dedicado a enfermos mentales. Revisaron su expediente y creyeron que había tenido un episodio como aquellos delirios que experimentó en la adolescencia. Con ese historial fue dado de baja del servicio en el Ejército. ¿Fingía Alberto Nicolat Talocín para ser apartado del servicio a las armas?

Una noche de 1912, Alberto vio en sueños a una joven, él afirmaba que se trataba de la Virgen María, que le comunicaba que había sido elegido para propagar un mensaje de paz después del tiempo de la Revolución. Literalmente le dijo: «Tú, el de la voz clara, sugestiva e impresionante, irás por los campos y caminos, y a las gentes que quieran escucharte les dirás que la República mexicana, la gloriosa, la querida, la respetada, la admirable, la idealista, si quiere ser grande, ha de buscar la paz».

Aparte de eso, le dijo que estaba en la Tierra en misión de paz y que debía convertir Jalisco en la Nueva Jerusalén.

En los años siguientes, Alberto Nicolat Talocín pregonó sus ideas de paz en diferentes estados de la nación. En algunos lugares incluso atentaron contra su vida, pues le consideraban un farsante, un falso profeta, un embaucador y un sacacuartos. Él se defendía no solo con las palabras y la intervención divina, sino también con un revólver que siempre llevaba cargado. A mediados de la década, el autodenominado Mesías se instaló a la entrada de la basílica de Guadalupe de la Ciudad de México y les decía a todos que era un enviado a la Tierra por la Virgen. Como hay gente para todo, algunos creyeron en su historia, le consideraron un santo y le siguieron como si fuera un profeta. Le llevaban comida y le daban algunos pesos.

El dictador Victoriano Huerta, harto de ese personaje que se pasaba horas y horas a la puerta de la basílica de Guadalupe, dio la orden de que fuera detenido. Tras tres días en el calabozo, le comunicaron la peor noticia que podía oír, le habían condenado a

morir fusilado.

Al amanecer, acompañado de un pelotón militar, le condujeron al paredón. Le pusieron de cara a la pared y pudo escuchar el sonido de cómo estaban preparando las armas. Después de la orden de fuego por parte del jefe del pelotón de fusilamiento, Alberto Nicolat escuchó con claridad el sonido de las balas.

¿Cómo era posible que estuviera de pie si estaba muerto? ¿Cómo no había notado las balas penetrar en su cuerpo? ¿Tanto se parecía la muerte a la vida? La realidad era que le habían disparado balas de fogueo con la única intención de asustarle. Se le acercó el que mandaba el pelotón y le dijo: «No se asuste, amigo; esto es para que escarmiente y se deje de hacer pendejadas».

Lo que le acabo de escribir no es una broma, porque esa anécdota puede leerse en el expediente clínico que todavía se conserva de Alberto Nicolat Talocín.

El susto del ficticio fusilamiento fue el pase que le permitió salir de la cárcel, pero Alberto, hombre de naturaleza inquieta y amigo de lo ajeno, no podía estarse parado y su estancia en el lado bueno de la ley duró lo que se dice poco. Necesitado de dinero, comenzó a robar a personas cuyo afecto se ganaba; era simpático, le dejaban entrar en sus casas, era atento, y cuando la confianza era más grande y se quedaba solo, las desvalijaba. Siempre le detenían, y él, a modo de disculpa, argumentaba que no era su intención hacerlo, que era su carácter y no lo podía controlar. Lo mismo quiso argumentar aquella noche de agosto de 1918, cuando le encontraron con miles de pesos mientras escapaba de Fábricas Universales, la noche que le he comentado al principio. Dijo que estaba en el lugar por accidente, que alguien había tirado el saco con el dinero a sus pies y que lo había recogido con la finalidad de entregarlo en la primera comisaría de policía que encontrase de camino a su casa. Las autoridades, como era de suponer, no creyeron sus explicaciones y le mandaron a que cumpliera una condena de seis años en el hospital psiquiátrico La Castañeda, al estar convencidos de que el motivo por el que era ladrón se debía a que no le regía bien la cabeza.

En su estancia en el manicomio le recluyeron en el pabellón

de pacientes peligrosos y le pusieron en observación. Gregorio Oneto Barenque, médico en prácticas de la Escuela de Medicina que en aquellos días trabajaba en el hospital, se interesó por el caso de Alberto Nicolat. Después de examinarlo a conciencia consideró que el paciente podía estar fingiendo su condición de enfermo mental. En la tesis posterior que escribió y tituló *Un loco, un anómalo, ¿puede ser responsable?,* el experto puso sobre la mesa que Nicolat Talocín conocía una norma que existía en el Código Penal, que impedía que a los enfermos mentales se les pudiera responsabilizar de sus actos y que recomendaba su tratamiento en lugar de su reclusión.

Gregorio Oneto encontró síntomas de paranoia en Nicolat, pero no era un enfermo psiquiátrico. De hecho, había tenido la habilidad de construir un personaje que sufría todo tipo de problemas mentales que justificarían cualquier acto que cometiera. Todo era parte de su plan premeditado para seguir viviendo en el lado oscuro de la ley con total impunidad. Conocía todos los síntomas y sabía cómo aplicarlos.

Alberto Nicolat Talocín salió de La Castañeda e intentó llevar una vida apartado del delito, aunque esta vez tampoco pudo cumplir, o no quiso cumplir, ese deseo. Se volvió alcohólico, siguió robando en tiendas del centro de la ciudad y regresó diversas veces a La Castañeda.

En febrero de 1932, a Alberto le sorprendieron robando más de quince mil pesos de una caja fuerte de un almacén. Durante su juicio, apeló a que sufría demencia y pidió encarecidamente que le enviaran de regreso a La Castañeda. La justicia concedió la petición al considerarle un loco que cometía esos robos sin ningún afán delictivo.

Por última vez, el ladrón, el mesías, el loco y el anómalo, como le denominó Gregorio Oneto, pisó el lugar donde podía sentirse cómodo fuera de la vigilancia de la ley. Dos meses después le encontraron muerto en su habitación a causa de una insuficiencia renal.

Cuando le hablé sobre cárceles, me entretuve contándole sobre Gregorio Cárdenas, el Estrangulador de Tacuba, un asesino

en serie que recluyeron en el pabellón para enfermos mentales del Palacio Negro de Lecumberri y que fue trasladado al manicomio general de La Castañeda. Le habían declarado esquizofrénico y culpable de cuatro asesinatos. Lo que no le dije fue que, en La Castañeda, Goyo Cárdenas vivía como si estuviera en un hotel de cinco estrellas. Estudiaba piano y disfrutaba tocando piezas, en especial de Chopin, para el resto de internos. En otros ratos, se dedicaba a dar clases de taquigrafía a algunas internas a las que cortejaba. Ganaba dinero trabajando de dependiente en el colmado que tenía el manicomio, vendiendo comestibles. Nada le hacía pensar que estaba internado en un manicomio.

Un día, al pasar revista a los enfermos, se dieron cuenta de que Goyo, como le llamaban los funcionarios y el resto de internos, se había fugado. Veinte días después le capturaron. En el interrogatorio declaró que no se había fugado, sino que solo se había tomado unos pocos días de vacaciones y que su intención era regresar.

El golpe definitivo al manicomio de La Castañeda ocurrió en 1965, cuando la opinión pública conoció los maltratos y las condiciones en las que vivían los internos. Se inició la que fue llamada operación Castañeda, cuyo objetivo era demoler el asilo que con tanta ilusión había inaugurado Porfirio Díaz y distribuir a los pacientes entre los distintos hospitales la ciudad. Pocas semanas antes de la inauguración de los Juegos Olímpicos de 1968, que se desarrollaron en México, la historia de La Castañeda concluyó. Fue demolido. Solo permaneció intacta la fachada del antiguo edificio que era donde se ubicaban los servicios generales. Ese frontispicio fue trasladado piedra a piedra a Amecameca, un municipio a sesenta kilómetros de México capital, donde hoy se puede ver.

Terminé mi paseo por Mixcoac y, más por diversión que por otro motivo, pregunté a unas seis personas si sabían que en ese lugar hubo tiempo atrás un manicomio, y a excepción de un anciano de mi misma edad, el resto lo desconocía. Me alejé pensando en Alberto Nicolat y recordé al fabulista Víctor Ruiz Iriarte: «El delito de los que nos engañan no está en el engaño, sino en que ya no nos dejan soñar que no nos engañarán nunca».

* * *

La canción que puede escuchar se titula «En el muelle de San Blas», de la banda mexicana de *rock* Maná. La letra está inspirada en una mujer llamada Rebeca Méndez Jiménez. En 1971, se despidió en el muelle de San Blas de su prometido, con quien tenía intención de casarse tres días después, cuando regresara de unos días de pesca. Nunca más volvió a verle; se cree que su novio murió en una tormenta, pero su cuerpo nunca fue encontrado, así que ella le esperó en el muelle durante cuarenta y un años, hasta su muerte en 2012. Entresaco una estrofa de la canción: «Su cabello se blanqueó. / Pero ningún barco a su amor le devolvía. / Y en el pueblo le decían, / le decían la loca del muelle de San Blas».

Mi admiración por Luis Buñuel me hace recomendarle el filme *Él,* que dirigió en su etapa mexicana. En esta película, fechada en 1953, se puede disfrutar de la sublime interpretación de Arturo de Córdova acompañado de Delia Garcés. En noventa y dos minutos, el mago de Calanda nos sumerge en el mundo de las obsesiones, contándonos la historia de un hombre adinerado de apariencia tranquila, religioso y virgen, que cada Jueves Santo asiste, con deleite, a la ceremonia del lavatorio de pies que el sacerdote efectúa. Al ver los sensuales pies de una joven sentada en primera fila, se queda prendado de su serena belleza. Logra averiguar que la mujer de sus sueños va a contraer matrimonio con un viejo amigo suyo. Tras invitarlos a una fiesta en su mansión, conquista a la muchacha y consigue que ella deje a su novio y se case con él. A partir de la misma noche de bodas, los celos le transforman en un ser obsesivo y paranoico, que ve el asesinato y la mutilación como única solución a su locura.

CARTA 19
HOSPITAL COLONIA DE BARBACENA

Barbacenas, Minas Gerais

La última parada del tren de los locos

«Hoy he estado en un campo de concentración nazi. En ningún lugar vi algo así.» Esas palabras las pronunció en 1979 una persona que ya mencioné al hablarle del manicomio de niños de Villa Azzurra en Turín. Esa frase la dijo Franco Basaglia, el psiquiatra que consiguió prohibir en Italia el internamiento de personas en los centros psiquiátricos en contra de su voluntad. La causa de esa terrible opinión no era un campo de exterminio nazi, sino el hospital colonia Barbacena en Brasil.

Barbacena es una ciudad brasileña del estado de Minas Gerais, a unos quinientos kilómetros de São Paulo. Es tranquila, parece que allí el tiempo se ha detenido. Está bien surtida de iglesias y basílicas. La mayoría de fachadas son de un blanco cegador o de colores claros que nunca cansan a la vista.

En ese ir y venir por las calles de la ciudad, llegué a un edificio que contenía el Museo de la Locura. No me llevé ninguna sorpresa, porque sabía que durante mucho tiempo Barbacena fue conocida con el terrorífico nombre de la Ciudad de los Locos.

El hospital-colonia fue fundado en 1903. La idea era convertirlo en el primer manicomio del estado de Minas Gerais. Se construyó con la intención de albergar a doscientos pacientes. Aprovechando el clima de montaña, nació como sanatorio para disfrute de ricos; había teléfonos, las comidas se servían en platos de porcelana y la cubertería era de plata. Todo llevaba la firma del lujo. Al poco tiempo de la inauguración, el número de ingresos superó con creces la capacidad del lugar y el esplendor con que nació se quedó en un recuerdo borroso.

No entré en el Museo de la Locura, preferí acercarme a la

estación del ferrocarril, que era el punto cero hacia un mundo lleno de horrores. A esa estación, sin nada en especial que la diferenciara de otras, llegaban trenes cargados de personas. La amplia mayoría eran alcohólicos, prostitutas y madres solteras. Eran considerados los desechos de la sociedad, a los que sus familias o la policía enviaban hasta Barbacena para quitárselos de encima, inadaptados en una sociedad que no tenía intención de hacer nada para darles la oportunidad de rehacer sus vidas. Muchos no estaban locos, pero pasado un tiempo acababan estándolo. Sentí lástima por ellos, los imaginé dentro de un vagón sin ventanas, recorriendo kilómetros y kilómetros, sin saber adónde los llevaban. Apretados, sudados, con dolor en las rodillas por no poder estirarlas.

Al llegar el tren a la estación de Barbacena, como si fueran fardos de correspondencia o mercancías nada frágiles, descendían, o mejor dicho, los arrojaban del ferrocarril al andén. Ya nunca más volverían a ver otro lugar que no fuera el de los muros del hospital-colonia. Eran tantas las personas que llevaba ese tren, que cada vez paraba más a menudo en Barbacena, por lo que acabó siendo llamado el tren de los locos.

Mientras estaba en la estación, un tren se detuvo y empezaron a bajar pasajeros. No serían más de quince, hablaban con un melódico acento portugués brasileño y no paraban de reír. Qué imagen tan diferente a la que debían de ofrecer las personas que descendían del tren de los locos.

Desde la estación no hay que esforzarse para distinguir el hospital. Está cerca, en lo alto de una suave montaña a la que es fácil llegar. De la estación sale un camino que conduce hasta el complejo hospitalario. Vi que, aunque era una carretera un tanto empinada, estaba bien pavimentada, y decidí subir.

Me sorprendió que el hospital-colonia se conservara en tan buenas condiciones. Yo diría que es una edificación típica del colonialismo portugués, aunque me recordaba por su estructura al patio interior de una hacienda de la América hispana. Me extrañó que no hubiera nadie para mostrármela, cuando podría ser una atracción turística de interés. Lo que veía me resultaba bello, mi

imagen era muy diferente a la que tenían los que allí estuvieron recluidos.

La colonia llegó a tal punto de saturación que los médicos y las enfermeras, para evitar convivir con los internos, solo aparecían por el recinto esporádicamente, dejando las labores de vigilancia y los cuidados en manos de los guardas. El tratamiento no era un problema, puesto que bien podía ser administrado por los guardianes: consistía en repartir pastillas azules o pastillas rosas, en función de los síntomas que presentara el enfermo. Los médicos solo entraban cuando algún loco se volvía peligroso y le practicaban o una sesión de corrientes eléctricas o lobotomías, que consideraban la mejor fórmula para calmar a los enfermos.

Había tanta sobrepoblación de enfermos que el hospital empezó a tener problemas de espacio al no quedar lugar para que pudieran dormir en camas. Entonces adoptaron una solución a la que, con poco ingenio, llamaron lecho único, es decir, retiraron las camas de los cobertizos que servían de dormitorios. Los internos dormían amontonados en el suelo para darse calor los unos a los otros en las noches frías. En esas aglomeraciones, los locos se hacinaban y no eran pocos los que morían asfixiados. La comida era deficiente y repetitiva, a base de sopas y purés. Habían suprimido los cubiertos por seguridad, para que no acabaran siendo usados como armas, por lo que los alimentos debían ser líquidos. La ausencia de comida sólida ocasionaba que, después de años sin masticar, la mayoría acabara perdiendo la dentadura.

Pasé por el patio central, por donde miles de veces habían paseado los enfermos de Barbacena, y sentí una cierta intranquilidad. El silencio produce más monstruos que el ruido.

En 1960, la colonia de Barbacena estaba operando muy por encima de su capacidad y superaba los cinco mil pacientes. Muchos de ellos iban desnudos, y los que no, llevaban unas prendas hechas jirones que les servían de rudimentarios vestidos. A los internos de Barbacena los obligaban a trabajar sin distinción, ya fueran niños, ancianos o personas con discapacidad. Al menos dieciséis personas perecían cada día por enfermedades, falta de alimentación o golpes de calor debido a la cantidad de horas que estaban expuestos al

sol. A todas esas muertes se debían agregar los fallecidos por las terapias electroconvulsivas o por los asesinatos que ocurrían entre internos cada vez más a menudo. Barbacena era un mundo aparte que se regía por unas reglas que solo los locos podían entender. Comprenderá por qué se llamaba la Ciudad de los Locos.

En ese submundo empezó a circular un negocio lucrativo. El personal, tanto médico como de vigilancia, vio que podía sacar beneficio de los restos de los pacientes muertos y empezó a comerciar con los cadáveres, que vendía a escondidas a universidades de todo Brasil para su estudio. La Universidad de Minas Gerais adquirió más de quinientos cuerpos en una década. En los tiempos que la demanda era baja y había excedente de cadáveres, los disolvían en ácido o los llevaban en un carro hasta el cementerio para ser arrojados a fosas comunes. El hospital-colonia de Barbacena tenía cementerio propio, lo que viene a evidenciar que no era la curación la misión que se perseguía.

Más del 70 por ciento de los pacientes no fueron nunca diagnosticados con ningún tipo de trastorno psicológico. Eran seres humanos que no conocían otro mundo que el que se encontraba entre los muros del hospital. Habían entrado de niños y habían crecido entre la suciedad y el abandono, que para ellos eran normales, ya que no conocían otra cosa. Muchos mantenían relaciones sexuales y nacían bebés en ese horrible cautiverio. Se dieron casos de niñas vendidas al nacer. Por todos los lugares había excrementos que nadie limpiaba.

Esas imágenes espeluznantes de podredumbre y olvido las recogió el fotógrafo Luiz Alfredo, quien ayudó a destapar el drama que se vivía en el hospital de Barbacena. Esa colección de fotos produce escalofríos. Todo lo que he contado queda plasmado en esas instantáneas, que sirvieron para un libro denuncia escrito por Daniela Arbex que lleva por clarificador título *Holocausto brasileiro*.

Recorriendo el hospital de Barbacena, recordé algunas de las fotos de Luiz Alfredo. Imágenes en las que se puede ver lo que es el verdadero horror. Imágenes que el fotógrafo había realizado en el mismo lugar por el que yo me hallaba paseando. Una niña jugando con una muñeca sin brazos, cuerpos esqueléticos que parecen

esperar la muerte, una mujer apretándose la cabeza como si quisiera chafar con sus manos el dolor que siente, pacientes ociosos que pasan todo el día en el patio porque no tienen otro sitio adónde ir, cuerpos desnudos que no tienen nada con lo que cubrirse…

En 1980, debido a la presión de los medios de comunicación, el movimiento nacional contra este manicomio logró cerrar la institución y trasladar a los muy pocos sobrevivientes que quedaban a un lugar en el que tuvieran los cuidados adecuados, al tiempo que recibían una indemnización por parte del Estado.

Descendí despacio por la carretera que conduce a la estación de tren y durante ese trayecto me acompañó Gustave Flaubert susurrándome: «La humanidad es como es. No se trata de cambiarla, sino de conocerla».

* * *

Brasil no solo es samba, también ha dado otro tipo de música y me gustaría que escuchara algo de Ernesto Nazareth, compositor y pianista brasileño que vivió a caballo entre los siglos XIX y XX. La pieza elegida es «Odeón», en la interpretación al piano de Paul Barton. Si la he seleccionado es por los hechos ocurridos en los últimos días de su vida. El trauma provocado por la muerte de su hija y de su esposa deterioró su salud mental. En 1933, a los setenta años, le internaron en el manicomio de Jacarepaguá, del que no tardó en fugarse. Después de tres días de intenso rastreo, le encontraron ahogado en un embalse.

No nos vamos a apartar de Brasil, puesto que la película es *Nise: el corazón de la locura,* dirigida por Roberto Berliner e interpretada con solvencia por Glória Pires. La fecha de producción es de 2015. La película está basada en hechos reales. Al volver a incorporarse a un hospital psiquiátrico en un suburbio de Río de Janeiro, después de un tiempo de haber trabajado en una prisión, la doctora Nise da Silveira propone una nueva forma de tratamiento a los pacientes que sufren de esquizofrenia, eliminando el electrochoque y la lobotomía. Sus colegas no aprueban su sistema de tratamiento y la aíslan, mandándola a ocuparse del abandonado sector de terapia ocupacional. Es en ese destino donde inicia una nueva forma de relacionarse con los pacientes, a través del amor y del arte.

CARTA 20
COLONIA OPEN DOOR

Luján

El lugar del crimen

Lo que le voy a contar en esta carta le va a generar más preguntas que respuestas. Se trata de un caso que sucedió hace ya muchos años, que hasta el momento no se ha resuelto y del que, posiblemente, nunca se sabrá qué ocurrió en realidad.

Me hallaba cómodamente sentado en el café Tortoni de la Avenida de Mayo de Buenos Aires, a la espera de que llegara un amigo periodista con quien me había citado por teléfono la noche anterior. Mi intención, aparte de otros temas que no vienen a cuento, era intentar sacar algo en claro sobre ese tema que le he dicho que aún no se ha solucionado. Mi único interés se debía a la curiosidad que produce lo que no tiene ni pies ni cabeza. El suceso había ocurrido en la ciudad de Luján, que dista unos ochenta kilómetros de Buenos Aires, y en particular en la colonia Open Door.

Open Door tomó forma cuando a principios del siglo XX se inauguró la colonia nacional neuropsiquiátrica Domingo Cabred, que llevaba a cabo un sistema terapéutico denominado «de puertas abiertas» (*open door* en inglés, nombre que bautiza la localidad).

Hasta mediados del siglo XIX, el tratamiento de los pacientes psiquiátricos no había tenido demasiados avances y, en consecuencia, a los enfermos los sometían a inhumanos encierros que, como le he ido contando en mis cartas, llegaban a parecer más cárceles que hospitales. La vida en celdas era la única manera que se concebía para el tratamiento de los enfermos mentales.

Los sanatorios psiquiátricos denominados de puertas abiertas habían surgido en los más importantes países del mundo. El doctor argentino Domingo Cabred, una eminencia en la especialidad,

volvió de Europa con el propósito de crear uno en Argentina. Movido por esa idea, no descansó en su intención de influir sobre las altas instancias del poder político y sobre la opinión pública, y no se tomó tregua hasta lograr su objetivo.

En 1897 se creaba la colonia del doctor Cabred para enfermos mentales de toda Argentina. Su idea era que estos enfermos mentales se movieran con total libertad por toda la colonia, para así interactuar entre ellos y llevar una vida plácida. Que hubiera bibliotecas, zonas de esparcimiento para que no se sintieran desplazados. Pues en ese lugar fue donde ocurrió el misterio por el que yo me iba a reunir con el periodista, el caso de la extraña desaparición de Cecilia Giubileo.

Al tiempo que el camarero me servía un café, un hombre de espaldas anchas y marcadas arrugas en la frente me estrechaba la mano y se sentaba frente a mí. Me permitirá que no le desvele el nombre del periodista. Después de los consabidos saludos, él pidió un café corto. Fui directo al tema, diciéndole que me contara todo lo que sabía del asunto de Cecilia Giubileo. Ni se inmutó ni me preguntó para qué lo quería saber, conoce mis rarezas.

Cuando el camarero le dejó el café en la mesa, empezó a contarme.

> Todo comenzó el domingo 16 de junio de 1985. Cecilia Giubileo firmó un certificado de defunción, atendió a dos pacientes y se fue a dormir. Nada diferente a lo que solía hacer siempre. Al día siguiente, buscaron a la doctora y no la encontraron en ninguna de las instalaciones de la colonia, lo que más sorprendía era que nadie la había visto abandonar las instalaciones. Lo primero que pensaron es que podía tratarse de un secuestro, ya que desde hacía un tiempo investigaba el tráfico de órganos; también se decía que se trataba de un crimen que llevaba la firma de la dictadura; incluso había quien estaba convencido de que se trataba de una fuga voluntaria para incorporarse a una secta. No había nada que apoyara ninguna de las teorías. ¡Conjeturas..., conjeturas... y más conjeturas!
>
> El único rastro que dejó de su estancia en la colonia Open Door fueron un par de zapatos en el dormitorio de la sala de urgencias y su Renault 6 de color blanco estacionado en el aparcamiento del hospital.
>
> Uno de los internos, Manuel Cano —creo recordar que ese era su nombre—, la acompañó las aproximadamente cinco cuadras...,

perdona gallego, unos quinientos metros, que separaban el Pabellón 7 adonde había ido a atender a otro paciente. En el trayecto se cruzaron primero con un enfermero y después con la supervisora. Nada fuera de lo normal.

Cecilia Giubileo había entrado a eso de las nueve y media a la guardia, para ser preciso a las 21:38, según certificaba su ficha de acceso.

En ese momento interrumpí a mi amigo, diciéndole que no era necesario que fuera tan preciso en los datos. Daba lo mismo las 21:30 horas que las 21:38. Escuchó mi matización y continuó contándome la historia de la extraña desaparición.

A esa hora había firmado el certificado de defunción de una paciente de veintitrés años. Había medicado a otra interna con un cuadro febril bastante preocupante, y más tarde a otro paciente que debería haber sido atendido por otro profesional, pero ella se adelantó y le hizo el trabajo.

La doctora Giubileo tenía treinta y nueve años cuando desapareció. Era de familia acomodada. Se casó en 1972 y después de pasar unos meses en España se separó y regresó a Argentina, donde retomó sus estudios y acabó la carrera de Medicina, consiguiendo plaza en el hospital interzonal Doctor Domingo Cabred, en la pequeña localidad de Torres.

En el momento de su desaparición, vivía sola en una casa alquilada en Luján y tenía un consultorio particular en Torres, a dieciocho kilómetros. Su tiempo lo dividía entre la consulta médica y las guardias en la colonia Open Door.

Ahora viene la primera circunstancia que complicó la investigación. La doctora Cecilia Giubileo había desaparecido y las autoridades del hospital, en lugar de denunciarlo, iniciaron una investigación interna, llegando a la conclusión de que abandonó el hospital por voluntad propia, acusándola por ello de negligencia y abriéndole un expediente. Resulta extraño que no se hubieran molestado en contactar con ella por teléfono o en enviar a alguien a su casa para saber qué era lo que estaba ocurriendo.

Tres días después de ser vista por última vez, una amiga, también empleada de la colonia, se presentó en la comisaría para

poner la denuncia por la desaparición de Cecilia. Había pasado demasiado tiempo y esos días sin que nadie la buscara fueron decisivos a la hora de dilucidar qué era lo que podía haber pasado.

Cuando las autoridades de la colonia, dirigida por el psiquiatra Florencio Elías Sánchez, supieron que se había interpuesto una denuncia, ordenaron remodelar la habitación de la doctora. Un grupo de albañiles trabajó con rapidez y cuando los peritos de la policía llegaron para buscar rastros, encontraron la habitación recién pintada y los muebles cambiados de lugar. Cualquier posible evidencia, como podían ser huellas dactilares e incluso posibles manchas de sangre o pelo, había sido definitivamente borrada.

La policía tampoco pudo revisar el registro de entradas y salidas del personal de la colonia. Cuando consultaron el libro, vieron que la hoja correspondiente al lunes 16 había sido arrancada y no apareció en ningún lugar. El automóvil de Cecilia seguía en el mismo lugar en el que ella lo había dejado. Otro detalle enigmático está en el coche. La doctora había llenado el depósito de gasolina en Luján, antes de ir a trabajar, por lo que lo lógico hubiera sido encontrarlo lleno. Sin embargo, estaba completamente vacío.

La causa quedó a cargo del Juzgado Penal Número 2 de la cercana ciudad de Mercedes, desde donde se inició la investigación por la desaparición de Giubileo. De los interrogatorios al personal nada se obtuvo: nadie la había visto desde la medianoche del 17 de junio, nadie tampoco la vio abandonar la colonia. Las únicas posibles pistas las brindaron dos pacientes con problemas mentales. Miguel Cano, el interno que había acompañado a la médica desde el Pabellón 7 para visitar a otro paciente, que explicó a la policía que antes de acostarse vio entrar dos vehículos oscuros que se dirigían hacia el alojamiento de los médicos.

La presencia de uno de los dos vehículos estaba justificada, era el furgón funerario que venía a buscar el cadáver de la interna fallecida esa misma noche y cuyo certificado de defunción había firmado Cecilia Giubileo unos minutos antes. Sobre el otro automóvil, ni en la funeraria ni en la colonia tenían constancia de

quién podía tratarse.

Hubo otro testimonio de una interna a la que, días después de la desaparición, encontraron desnuda en una caseta de las inmediaciones donde se guardaban instrumentos de labranza. La habían violado y decía incoherencias, pero de su relato se entresacaba que había visto a la doctora atada y llena de moratones en ese mismo lugar donde la habían encontrado a ella. Las pesquisas forenses en la cabaña no dieron ningún resultado positivo. El juzgado decidió no seguir esa línea de investigación. Sabían que las declaraciones de los pacientes psiquiátricos no tenían validez jurídica.

Durante las semanas siguientes, la policía registró todo lo que podía ser registrado. Llevaron perros adiestrados en búsquedas que recorrieron las doscientas cincuenta hectáreas de la colonia. Revisaron todos los pabellones con minuciosidad, incluyendo dos que llevaban años clausurados. Realizaron varias exhumaciones de cadáveres de internos en cuyas tumbas se tenía la sospecha de que podría estar enterrado el cuerpo de Cecilia. Todo fue infructuoso, era como si a la doctora la hubieran abducido.

Al juzgado llegó un anónimo indicando que el cadáver de Cecilia Giubileo estaba en una ciénaga en los terrenos de Open Door. La pista no pudo comprobarse al no contar con fondos públicos para la operación de drenado necesaria para localizar los restos. No se pudo averiguar si era allí donde se encontraba.

Mientras transcurría la investigación, el apartamento de Cecilia Giubileo en Luján, que estaba bajo custodia policial desde el día en que se denunció su desaparición, apareció revuelto. A pesar de la vigilancia que habían puesto, alguien había entrado y removido todo, desde los armarios a los cajones, como si buscara algo de suma importancia. Una cosa llamaba la atención, y era que, pese al desorden, no faltaba nada de lo que la policía había registrado en su primera pesquisa. Aunque había un elemento que en el primer registro no estaba: una cartera de Giubileo que, según algunos testimonios, la médica llevaba consigo cuando llegó a Open Door la noche en que desapareció. Si la cartera encerraba algún mensaje, nadie supo descifrarlo. Nada tenía ni pies ni

cabeza. Dos amigas íntimas de Cecilia no tardaron en declarar que les había confiado que llevaba tiempo recibiendo amenazas telefónicas.

Comenzó a circular entonces la versión de que a Cecilia Giubileo la habían secuestrado porque estaba a punto de denunciar una serie de delitos que se cometían en las instalaciones del Open Door: desde el tráfico de órganos, en especial córneas, hasta la venta de sangre extraída en gran cantidad a los enfermos. También se sospechaba de la utilización de enfermos como conejillos de Indias, en la experimentación por parte de compañías farmacéuticas para probar nuevos productos. Cientos de tesis sin ninguna certeza; muchas suposiciones, pero ningún dato fiable. Esas versiones no se pudieron comprobar, pero sí que la Colonia Open Door era por entonces un nido de corrupción, donde desaparecían fondos, se maquillaban los importes en las facturas de compras y se revendían medicamentos en el mercado negro. Esos detalles se descubrieron años después.

En noviembre de 1985, cuando habían pasado cinco meses desde la desaparición de la doctora, en la comisaría de Luján se recibió un sobre sin remitente que contenía una cinta de casete. Era una cinta de muy mala calidad en la que alguien que decía ser Cecilia Giubileo, aunque no se podía asegurar, pedía que no la buscaran más, que estaba bien y rodeada de amigos, y añadía que estaba haciendo un retiro espiritual fuera de Argentina y que nunca más regresaría. Se empezó a rumorear que estaba en algún país cercano, que había sido captada por una secta. Se dijo también que había sido secuestrada para cobrar un rescate, dato que fue desechado porque la familia nunca recibió ningún aviso y en el departamento de Cecilia Giubileo se encontraron tres mil dólares guardados en un paquete de harina.

Entre las versiones que circulaban, una sostenía que la desaparición tenía motivaciones políticas y que había sido secuestrada porque estaba investigando si en la colonia había funcionado un centro clandestino de detención y tortura durante la dictadura.

La investigación judicial por la desaparición de Cecilia

Giubileo quedó empantanada desde un principio y más allá de los intentos por seguir las pistas que iban apareciendo, nada permitía avanzar de una manera fiable. Siete años después, la colonia fue intervenida por el Gobierno y su director, Florencio Eliseo Sánchez, quien recordará era el que había ordenado remodelar la habitación en que debía de haber pasado su última noche la doctora, fue detenido y procesado por corrupción junto con parte de quienes dirigían la colonia Open Door.

El expediente que se abrió sobre el caso de la doctora Cecilia Giubileo llegó a reunir más de setecientas hojas y permaneció abierto hasta que prescribió en el año 2000 y la investigación fue archivada definitivamente. ¡Asunto cerrado!

Mi amigo periodista ya no tenía nada más que contarme, me había repetido parte de lo que había publicado en su día en la prensa. Le di las gracias y nos tomamos otro café, esta vez hablando de otros temas de menor interés.

No tenía respuesta a las miles de preguntas que me generaba el extraño caso de la desaparición de Cecilia Giubileo y, lo que era peor, nunca en mi vida iba a tener las respuestas de lo que de verdad había pasado aquel domingo 16 de junio de 1985 en la colonia Open Door de Luján. Apurando la taza de café, me acordé de la frase que Arthur Conan Doyle puso en boca de Sherlock Holmes: «Una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad».

* * *

La canción que me gustaría que escuchara es «Balada para un loco» de Astor Piazzolla en la versión cantada por Roberto Goyeneche. No se resista a dejarse envolver por la melodía y por la poesía que contiene esa bella canción. Déjese llevar por ese encantador personaje que recorre las calles de Buenos Aires con medio melón en la cabeza, las rayas de la camisa pintadas en la piel, dos medias suelas clavadas en los pies y una banderita de taxi libre levantada en cada mano.

Y para no abandonar Buenos Aires, no es mala idea visionar *La Raulito,* ese personaje que da título a una película de 1975 dirigida por Lautaro Murúa, con una soberbia interpretación de Marilina Ross, bordando

el personaje principal. La Raulito es una niña de la calle que se mueve por todo Buenos Aires, adoptando la identidad de un varón para sobrevivir. Tan tierno personaje se mueve entre el reformatorio para delincuentes juveniles, la cárcel y el manicomio.

CARTA 21
MANICOMIO DE MONDRAGÓN

Mondragón, Gipuzkoa

Los oscuros rincones de letras

Puede ser esta la última carta que le envío. Las prohibiciones impuestas a causa del coronavirus van a ser levantadas y podremos salir a la calle. Lo han informado hoy los medios de comunicación. Será la oportunidad de poder vernos cara a cara, eso sí, manteniendo las protecciones y con precaución. Volveremos a una relativa nueva normalidad, que espero dure mucho tiempo, aunque quién sabe. Aquí, pues, va la última de mis cartas.

A principios de junio no suelo perderme nunca esa sucesión de casetas alineadas a ambos lados del Paseo de Coches del Parque del Retiro, que conforman la Feria del Libro de Madrid. Adoro la lectura y me gusta acercarme a conocer en persona a mis autores favoritos y, de paso, que me firmen alguna de sus obras. Tengo volúmenes dedicados por los más grandes.

Estaba haciendo cola tras un par de personas. Hacía calor, pues hasta me molestaba la chaqueta de lino. No recuerdo el número de *stand,* aunque sí la editorial, Huerga y Fierro. No tenía prisa, estaba con un libro en la mano a la espera de que me tocara el turno y que el autor me lo firmara. Su título, *Poemas del manicomio de Mondragón;* el autor, Leopoldo María Panero.

Aprovechando el tiempo de espera, abrí el libro y leí: «Escribir aquí dentro es la única esperanza». Eso lo pensó Panero en su encierro en Mondragón.

Antes de seguir, quiero darle algunos apuntes de ese manicomio. En 1897, lo que en la actualidad es el manicomio de Mondragón era el balneario de Santa Águeda. Un lugar donde en verano se reunía lo más selecto de la burguesía y una rancia aristocracia que buscaban la reparación de energías y los

saludables efectos de sus aguas sulfurosas.

Lo de mejorar la salud mediante el agua no es cosa moderna. Ya en la antigua Grecia, Hipócrates recomendaba el agua fría como sedante para la melancolía. Los romanos pusieron de moda el uso de las termas como medio de relajación. Los árabes heredaron esa cultura del agua y popularizaron los *hammam,* esos baños donde el agua era el elemento que ayudaba a conseguir sabiduría y pureza.

Hay una base científica para todo ello, que estudia la denominada *hidroterapia*. Todos conocemos los beneficios que pueden tener los balnearios en nuestro cuerpo. Es innegable que mejoran la respiración, la circulación de la sangre y ayudan a cuidar la piel, ya que la acción del agua repercute en nuestro sistema nervioso. Aunque, no se engañe, no son tratamientos mágicos que de un día a otro le vayan a curar, ya que no son la purga de Benito. Son, eso sí, terapias complementarias, que ayudan a reforzar el organismo, pero que no sustituyen a los tratamientos médicos. Sin embargo, si lleva usted una vida ajetreada, se lo recomiendo. Ayudan a combatir el estrés y mejoran nuestro estado de ánimo.

Pero volvamos al domingo del verano de 1897. En el balneario de Santa Águeda se respiraba la tranquilidad habitual. Sus aguas termales eran un magnífico tratamiento para el presidente del Gobierno, Antonio Cánovas del Castillo, que a sus sesenta y nueve años intentaba rebajar la alarmante presencia de glucosa en su orina. Se instaló con su esposa en el balneario el 8 de agosto. Cuatro días antes había llegado un extraño personaje natural de Italia, de tez muy pálida, que se había inscrito en la recepción del balneario con el nombre de Emilio Rinaldini, manifestando ser corresponsal del periódico italiano *Il Popolo*.

La presencia del corresponsal no despertó la menor sospecha a los nueve policías y veinticinco guardias civiles que se encargaban de la protección de Cánovas. No se percataron de que estaba alojado en una habitación de primera clase, a pesar de vestir de forma muy pobre, incluso con algún remiendo en la ropa. Rinaldini decía estar allí para curar su faringitis. Ese día 8 de agosto, los caminos de Antonio Cánovas del Castillo y quien decía

llamarse Emilio Rinaldini se unieron para pasar juntos a la historia.

Mientras la esposa de Cánovas charlaba con una amiga al pie de la escalinata real, el presidente del Gobierno se sentó a ojear el periódico en uno de los bancos instalados en una galería situada de camino al comedor. Emilio Rinaldini se acercó a Cánovas colocándose a metro y medio de distancia, y, sin mediar palabra, sacó del bolsillo de su chaqueta un revólver y apretó el gatillo en tres ocasiones.

La primera bala atravesó el periódico que Cánovas leía y entró por el lado derecho del pecho, saliéndole muy cerca de la columna vertebral. La herida era mortal, Cánovas logró incorporarse del banco y fue entonces cuando el ejecutor efectuó otros dos disparos, en esta ocasión en la cabeza. Uno penetró cerca del oído y le salió por la frente; el otro le partió la yugular. El criminal aún tuvo tiempo de hacer otro disparo que se incrustó en el techo, es posible que lo hiciera para amedrentar a quienes intentaron detenerle, aunque lo cierto es que no ofreció resistencia al ser capturado. Rinaldini, impávido, se dirigió a sus captores: «He venido a vengar a mis hermanos de Montjuïc». Con esa frase se refería a los fusilados en Barcelona, acusados de perpetrar el atentado terrorista contra la procesión del Corpus el año anterior.

Antonio Cánovas, milagrosamente, todavía respiraba, se agarraba a la vida. Los médicos del balneario intentaron taponar las heridas a toda velocidad. Lo subieron todo lo rápido que pudieron a su cuarto. El presidente estaba agonizando. No tardó en morir, a pesar de los intentos de los médicos por mantenerle con vida.

El nombre real del asesino era Michele Angiolillo. Siete días después del asesinato fue sentenciado a muerte y agarrotado en la prisión de Vergara, que dista apenas doce kilómetros de Mondragón.

Seguía en el Retiro haciendo cola, seguía haciendo calor, y ya solo quedaba una persona delante de mí para que Leopoldo María Panero firmara mi ejemplar.

Durante muchos años, este autor fue de manicomio en manicomio, al igual que un ave migratoria que va buscando el nido

que el año anterior abandonó. Fue en esos centros donde se abrirían las heridas indelebles que le acompañaron durante toda su vida, sello reconocible en su producción literaria.

Si le he escrito sobre el asesinato de Cánovas del Castillo es porque ese hecho llevó la desgracia al balneario de Santa Águeda de Mondragón. Desde la muerte del presidente del Gobierno, nadie quería acercarse a sus instalaciones. Las habitaciones, antes ocupadas por la flor y nata de la sociedad española, estaban vacías y sin esperanza de encontrar huéspedes que se volvieran a alojar allí. No podían hacer nada para que recuperara el esplendor de antaño. Sin una mejor solución, se decidió venderlo a la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios para que lo convirtieran en un centro psiquiátrico con capacidad para ciento diez enfermos. Con este manicomio, los enfermos mentales de Guipúzcoa no tenían que desplazarse a Zaragoza, tal como hasta entonces había pasado. Los enfermos pagaban una peseta y veinticinco céntimos por día, que eran sufragados al 50 por ciento por la Diputación y por la localidad de la que era originario el paciente.

A Leopoldo María Panero se le consideró un poeta maldito. Se intentó suicidar y su madre le encerró en un psiquiátrico. Según aseguró el poeta, lo hizo para llamar su atención y para que esta le mostrara cariño. De repente, Leopoldo María Panero se encontró en un manicomio, donde un psiquiatra hacía las funciones que, según él, debía hacer su madre, que era, según reprochaba, con quien quería estar. La madre, según consideraba el poeta, llegó a violar la voluntad de su hijo confabulándose con el doctor. Esa relación de amor-odio con su madre se manifestaría durante toda la vida.

«La peor cárcel es un palacio, un hotel, comparado con el manicomio. Allí, por lo menos, no hay crímenes mentales», denunció a su manera el poeta a los hospitales psiquiátricos.

Por un asunto que no viene a cuento, hace años entré en el manicomio de Santa Águeda. Al acceder al recinto, di un salto hacia atrás de cien años. La única diferencia era que ya no se podía ver a los próceres de la patria tomando las aguas y salvando el país en sus conversaciones de salón; su puesto lo habían ocupado

enfermos mentales que recorrían el jardín, cada uno con una historia en su interior que solo ellos veían. El edificio tenía empaque, la escalinata real y la fachada se conservaban en perfecto estado. El pasillo donde Angiolillo disparó tres veces a Cánovas del Castillo era luminoso, y el banco en que la muerte visitó al presidente del Gobierno estaba perfectamente pintado de rojo. Ese pasillo, no me gustaría equivocarme, creo que es el que aparece en la película-documental *Después de tantos años,* dirigida por Ricardo Franco, en el que Leopoldo María Panero tira la colilla del cigarrillo que se acaba de fumar y, pisándola, dice: «Me gusta apagar cigarrillos con los pies, es como si me cargara a alguien».

Observo a la mujer con el libro preparado para que se lo dedique Panero, él la miraba fijamente, sin proferir palabra. El poeta se había quedado paralizado y no apartaba los ojos de ella. De improviso, habló con voz cavernosa y dijo, mirándola aún con más fijeza: «¡Ah, tú eres la muerte que viene a buscarme!».

No pude ver la cara de estupor que ponía la mujer. Lo que sí oí, bien claro, fue a Panero reiterando: «¡Sí, eres la muerte!».

La mujer, sin esperar a que se lo dedicase, arrancó de la mano del poeta el libro y se marchó visiblemente enfadada mientras entre dientes exclamaba: «¡Razón tienen cuando le llaman loco!».

Mi relación con Leopoldo María Panero fue mucho más breve, le di el libro y le dije mi nombre, escribió un par de líneas de dedicatoria en las que aparecía mi nombre, y me lo devolvió. En ese intervalo, alcancé un ejemplar del poemario *El último hombre* y le rogué que me lo firmara también. Mientras pagaba, sentí una paz interior inmensa al descubrir que yo no era la muerte.

Me alejé de la compañía de Panero con los dos libros en la mano y comencé a caminar entre las casetas. En ese momento, mientras paseaba a paso lento, hice un ligero repaso de los escritores que han estado relacionados con los manicomios y la locura de una manera u otra. Como la lista podría ser interminable, sabrá disculparme si le presento solo unos cuantos que, además, elijo según mi particular criterio.

La madrugada del 26 de enero de 1855, Gérard de Nerval se ahorcó en las rejas de la ventana de una casa de la *rue* de la Vieille

Lanterne. Hoy en día la casa no existe, la demolieron para construir la plaza du Châtelet.

La víspera de su suicidio, Nerval había escrito una carta a su tía: «No me esperes hoy, porque la noche será negra y blanca». Cuando su cuerpo fue descubierto colgado en la reja y la noticia de su suicidio corrió por la ciudad, Gustave Doré no perdió ni un segundo, cogió sus instrumentos de trabajo, que no eran otros que su juego de lápices, unas cuartillas del mejor papel y, lo que era fundamental, su mirada que sabía captar hasta los más mínimos detalles. Al poco tiempo, llegó a la *rue* de la Vieille Lanterne y realizó un grabado. Dicen que es una de sus mejores obras, no seré yo quien lleve la contraria.

Nerval fue el gran poeta del Romanticismo francés como muestra el poema «El desdichado», cuyo primer verso se ha convertido en todo un emblema de la tristeza: «Yo soy el tenebroso, el viudo, el sin consuelo». En el mundillo intelectual de París, todo el mundo se refería a Nerval como «el loco delicioso». Se pasó media vida entrando y saliendo de clínicas de reposo mental. Unos médicos le diagnosticaron manía aguda; otros, esquizofrenia; con toda probabilidad bien podía tener ambas patologías. Los críticos literarios prefirieron hablar del mal de los escritores, que viene a ser la imposibilidad de distinguir entre realidad y fantasía.

Gérard de Nerval era un poeta maldito, al igual que Leopoldo María Panero, pero, claro, en aquella época eso estaba bien visto. La gente aplaudía sus rarezas. Una de sus excentricidades era la costumbre de sacar a pasear una langosta, atada con una cinta azul, arriba y abajo, por los jardines del Palais Royal. En alguna ocasión, a la pregunta de por qué había adoptado un crustáceo como mascota, él respondía que las langostas no ladran. Incluso la bautizó con el nombre de Thibault. ¿Existe alguna línea que separe al genio del loco?

Nerval sufrió crisis nerviosas desde temprana edad, pero se acuciaron a partir de 1842, año en que pereció la mujer a la que amó con locura: la actriz de teatro Jenny Colon. La conoció en 1837 y quedó tan prendado de su belleza que le escribió dieciocho

cartas de amor. Desde el punto de vista actual, las cartas rozan lo que puede ser considerado y denunciable como acoso. Gérard de Nerval se mostraba obsesionado con la actriz, e insistía, desde el anonimato, en conseguir un encuentro privado con ella: «No tema verme; su presencia me calma, verla me hace falta e impide que me entregue a una desesperación que me mataría».

Jenny Colon nunca fue consciente de la pasión que suscitaba en el autor de la ópera cómica en tres actos *Piquillo,* que ella representaba con éxito en París. A la actriz, la posibilidad de que ese hombre aspirara a su amor le resultaba tan inconcebible, que incluso aceptaba que estuviera presente en su camerino mientras ella se desvestía. Hasta que, en una ocasión, teniendo Jenny la espalda al descubierto, se giró y descubrió a Gérard de Nerval mirándola con los ojos fuera de sus órbitas, el cuerpo convulsionado y al borde del colapso. Fue entonces cuando descubrió que Nerval también era un hombre, y no un mueble, y quiso consolarle con palabras cariñosas. Tan dulces que, en vez de desengañarle, aumentaron la pasión y el deseo del poeta.

Jenny Colon falleció en 1942 y Nerval cayó en una profunda depresión. Abandonó París para alejarse, ya que todo lo que veía le recordaba a ella. Viajó por Europa y Asia, donde fraguó algunos de sus libros más hermosos. El dolor siempre produce más obras maestras que la felicidad. Cuando regresó a la capital francesa, ya era adicto al alcohol, al cannabis y paseaba por la ciudad su tristeza. Sus depresiones le condujeron a estar internado en diversas ocasiones. Como ya le he contado, una noche, tras salir de una taberna y despedirse de los amigos, se dirigió a la *rue* de la Vieille Lanterne, ató una cuerda a la reja de una casa y se suicidó, y Gustave Doré convirtió el momento en una obra de arte.

El día de Navidad de 1956, unos chiquillos que correteaban por los alrededores del manicomio de Herisau, Suiza, encontraron el cuerpo congelado de un hombre. Avisados los encargados del manicomio, reconocieron al fallecido como uno de sus internos, Robert Walser. Hoy en día, Walser está considerado como uno de los más importantes autores en lengua alemana, pero en vida su calidad no fue reconocida. Sus obras, por incomprendidas, no

tenían seguidores. Intentó su aventura literaria en Múnich, pero frustrado y fracasado regresó a su ciudad natal y escribió de manera frenética, como si no pudiera dejar de hacerlo. Durante esa época padeció insomnio, dificultades de concentración, terrores nocturnos, manías persecutorias e intentos de suicidio. En 1929, su hermana Lisa no dudó en llevarle al sanatorio mental de Waldau, donde le diagnosticaron esquizofrenia. Su hermana le declaró incapacitado y, aunque los médicos pasados unos meses no encontraron razones para que permaneciera interno, ella rechazó recibirle en su casa. Sin opciones adónde ir, Robert Walser decidió seguir en el sanatorio, del que, por cierto, había sido paciente un hermano suyo tiempo atrás. Cuatro años después, cuando él ya se creía curado, le enviaron contra su voluntad al manicomio de Herisau. Allí pasó los últimos veintitrés años de su vida sin escribir ni una sola línea y dando largas caminatas, como la que pretendía dar el día de Navidad en que murió congelado.

Otro caso es el de la escritora Anne Sexton, ganadora del Premio Pulitzer en el año 1967. Pero deberemos retroceder trece años, a 1954, cuando le diagnosticaron depresión posparto, que derivó en múltiples colapsos nerviosos. La recluyeron en un manicomio y no tardaron mucho tiempo en darla de alta, al considerarla curada. Ya en su hogar, la crisis se repitió y volvió a intentar suicidarse tras el nacimiento de su segunda hija. Esa recaída fue la razón de una nueva hospitalización.

Su médico, el mismo que le diagnosticó desorden bipolar y tendencias suicidas, fue quien la alentó a que escribiera como forma de terapia y para soltar los miedos que llevaba dentro a modo de catarsis. El consejo fue bueno, Anne Sexton publicó algunos libros infantiles con relativo éxito, hasta que descubrió que su verdadera pasión era la poesía. Su obra poética, profundamente pasional, se centra en la experiencia vivida por ser mujer en un mundo regido por los valores machistas. Aunque la criticaron duramente por abordar temas tan controvertidos como el aborto, las drogas y el sexo, llegarían a concederle el Premio Pulitzer, convirtiéndose de ese modo en un referente de la lucha a favor de los derechos de la mujer.

El 4 de octubre de 1974, Anne Sexton revisó la versión final del manuscrito de su último trabajo, que tituló *El horrible remar hacia Dios*. A continuación, se puso el abrigo de piel que había heredado de su madre, se quitó los anillos que dejó sobre la mesa, bebió un vaso de vodka, se encerró en el garaje y puso en marcha el motor de su vehículo. Se suicidó por intoxicación de monóxido de carbono.

Trágico es también el final de Sylvia Plath. Durante su primer año en la universidad intentó suicidarse, y por ello la recluyeron en una institución psiquiátrica. Cuando los doctores creyeron que estaba recuperada, le dieron el alta. Continuó con sus estudios, lo que le permitió graduarse con muy buenas notas. La experiencia de su paso por la institución psiquiátrica la dejó magistralmente plasmada en su novela *La campana de cristal,* una crónica literaria sobre la depresión, el tratamiento a base de electrochoque, su intento de suicidio y su supuesta recuperación. Dicha obra fue publicada el mismo año en que Sylvia Plath se suicidó. La escritora, en 1963, tenía treinta años. El día 11 de febrero de ese año metió la cabeza en el horno y abrió la llave del gas, mientras sus hijos, aún pequeños, dormían en el piso de arriba.

La depresión es una de las principales causas de suicidio. La gran escritora Virginia Woolf no estuvo nunca encerrada en un manicomio, pero a los veinte años era propensa a sufrir ataques nerviosos, que ahora se denominan «ataques de ansiedad», como consecuencia de un episodio de abuso sexual que sufrió en su infancia. Una de estas depresiones, la más fuerte, se la ocasionó la pérdida de su casa en Londres, destruida durante los bombardeos alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Ese hecho contribuyó a empeorar su salud mental. En 1941, desapareció de su casa de campo; días después, su cuerpo fue hallado ahogado en el río Ouse, con los bolsillos de su ropa llenos de piedras.

Un caso curioso es el de Fiodor Dostoievski, el magistral autor de *Crimen y castigo* o *Los hermanos Karamazov,* entre otras muchas obras, quien, no padeciendo locura, vivió una buena parte de su infancia en un manicomio. Eso se debe a que era uno de los siete hijos de un médico militar que, tras abandonar la milicia, tomó un

cargo en el hospital para pobres de Moscú. El hogar familiar quedaba en el mismo edificio en el que se encontraba el manicomio, que a su vez estaba ubicado frente al cementerio, en el que se alzaba el patíbulo donde ejecutaban a los reos condenados. No es de extrañar la fertilidad imaginativa de Fiodor Dostoievski cuando los decorados en su infancia fueron un manicomio, un cementerio y un patíbulo.

Charles Dickens es, posiblemente, el novelista más importante de la historia de la literatura inglesa. Todas las vidas tienen un reverso, y él nos lo demuestra. Le voy a contar un pasaje oscuro del genio, sin desmérito de su calidad literaria. Quiso internar a su mujer en un manicomio. Cuando esto ocurrió llevaban veinte años de matrimonio y tenían diez hijos. El motivo fue que Dickens quería disfrutar del romance que mantenía con la actriz Ellen Ternan.

Las leyes de la época ofrecían poca protección a aquellas personas a las que sus familias decidían encerrar de por vida por su supuesta enfermedad mental, y mucho menos si eran mujeres. Charles Dickens tenía las conexiones adecuadas para dicho propósito. Entre ellas, su amigo y biógrafo John Forster, secretario en el Comisionado para la Locura, un organismo público que se creó en 1845 para supervisar los manicomios, o el doctor John Connolly, con gran influencia en ese ámbito. Ambos removieron tierra y cielo para complacer a su amigo.

Dickens era amigo de Thomas Harrington Tuke, superintendente del manicomio privado de Manor House. La amistad entre el escritor y el médico se rompió después de que este último, tras el examen médico, no certificara que su esposa Catherine estaba loca. Así consiguió la esposa de Dickens no entrar de por vida en un manicomio; en su lugar, fue a vivir a la casa del dramaturgo Edward Dutton Cook y su esposa. Edward Dutton, pasado un tiempo, le contó a su amigo y periodista William Moy Thomas algunas interioridades del escritor: «Al final —dijo, refiriéndose a Charles Dickens—, descubrió que ella ya no era de su agrado. Había dado a luz a diez hijos y perdido gran parte de su belleza. Se había hecho vieja. Intentó incluso encerrarla en un

manicomio, ¡pobre mujer! Pero a pesar de lo nefastas que son nuestras leyes en lo que se refiere a probar la locura, no consiguió su propósito».

Quien también estuvo en un manicomio fue el escritor Torcuato Luca de Tena, no porque sufriera algún trastorno mental, sino para documentarse y escribir *Los renglones torcidos de Dios*. Dieciocho días pasó en el manicomio de Conxo, en Santiago de Compostela, para hacer lo más realista posible su novela. Por su parte, Benito Pérez Galdós, en su obra *La desheredada,* nos habla del manicomio de Leganés, al que describe como «bolsa de contratación de manías» o «corral más propio de gallinas que para enfermos, donde cualquiera volvería a caer en la demencia»; y en otra de sus novelas, *Doña Perfecta,* uno de sus protagonistas redacta una carta donde explica que acaba de llevar a su sobrina al manicomio de San Baudilio, el renombrado Sant Boi, próximo a Barcelona, y relata que la asistencia es esmeradísima en aquel grandioso y alegre manicomio. Para certificar la impresión que le ha dado, literalmente dice: «Mi querido amigo, si alguna vez caigo yo también, llévenme a San Baudilio».

El más famoso escritor en lengua francesa, Victor Hugo, estuvo doblemente relacionado con la locura y los manicomios. Tenía el autor de *Los miserables* un hermano dieciséis años mayor, Eugène, que también se decantaba por el oficio de escritor, y eso creó una rivalidad entre los dos que se agravó cuando Victor Hugo se casó con Adèle Foucher, un amor secreto de Eugène desde la niñez, ya que las dos familias se conocían desde que ellos eran niños. Esa situación hizo que tres meses después de la boda, Eugène sufriera una esquizofrenia depresiva por la que le ingresaron en Charenton con tan solo veintitrés años. Su estancia en el manicomio terminó con su fallecimiento a los treinta y seis años. Victor Hugo, que se sentía culpable, incluyó la figura de su hermano en diversas obras, en especial en *Voces interiores,* donde le dedica un capítulo.

El otro contacto con la locura de Victor Hugo proviene de su hija Adèle. En 1851, Luis Napoleón Bonaparte dio un golpe de Estado para convertirse en Napoleón III, lo que ocasionó que el

escritor se autoexiliase primero en Bruselas y después en la isla de Guernsey, situada en el canal de la Mancha. En esa isla, su hija Adèle conoció al amor de su vida, un oficial de la Armada británica llamado Albert Pinson, quien tres años después le pidió matrimonio. La joven le rechazó porque temió enfrentarse a su padre. Victor Hugo era un ferviente nacionalista, y no le gustaba la idea de tener un posible yerno extranjero. Cuando el amor de Adèle prevaleció sobre los ideales de su padre, quiso rectificar, pero era demasiado tarde. Pinson no quiso saber nada de ella y continuó su carrera militar. Adèle empezó a tener depresiones y siguió a su amado a todos los lugares a los que le destinaron. Paso a paso, Adèle Hugo fue hundiéndose en el abismo de los trastornos mentales. Padecía esquizofrenia y sufría alucinaciones. Mostraba un alto grado de erotomanía, esa enfermedad mental por la que la persona afectada está convencida firmemente de que la otra persona está enamorada de ella, a pesar de que la evidencia sea totalmente la contraria. Adèle Hugo perseguía por todo el mundo a Albert Pinson, quien no encontraba la forma de deshacerse de esa mujer que le acosaba. En sus ensoñaciones, Adèle escribía a su familia contándole que vivía muy feliz al lado de su marido Albert, una mentira que ella consideraba verdad. Diez años estuvo vagando por el mundo tras los pasos de su amado, hasta que en una carta le contó la verdad y dónde estaba a su padre. Victor Hugo la internó en un hospital mental. Cuando murió el escritor, la trasladaron a un centro psiquiátrico en Suresnes, donde vivió hasta el día de su muerte en 1915, con ochenta y cuatro años de edad.

Hasta las mentes más lúcidas no están exentas de padecer estados de locura. En su cuarenta y cuatro cumpleaños, Nietzsche tuvo un colapso mental. Ese día le detuvieron tras provocar desórdenes públicos por pérdida de razón en las calles de Turín. Lo que pasó exactamente se desconoce incluso hoy en día, pero la versión más extendida es que el 3 de enero de 1889, durante su estancia en Turín, paseaba por la plaza Carlo Alberto, y vio como un cochero maltrataba brutalmente a un caballo. Nietzsche no pudo soportar la escena y, roto de dolor, se abrazó llorando al cuello del animal para después de unos segundos caer desmayado.

En los días siguientes, escribió breves cartas a algunos amigos, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía. Su delicada salud le obligó a retirarse en 1889 a Basilea para ingresar en un manicomio. El diagnóstico de los doctores fue parálisis progresiva. Su madre le llevó consigo a Jena, a la clínica psiquiátrica de la Universidad de Binswanger. Cuando murió su madre, su hermana Elisabeth se hizo cargo de él y lo encerró en su casa de Weimar, dejando que los médicos le sometieran a algunos tratamientos brutales para intentar curarlo. No consiguieron que Nietzsche volviera al estado en el que había escrito que el superhombre era capaz de superarse a sí mismo y a su naturaleza. El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía.

Aquí termina nuestro viaje a través del cerebro, de la locura y de los manicomios. Ya hace unos cinco años que nos conocemos. Creo que nuestra primera conversación comenzó cuando le hablé de la tumba de Julio Verne en el cementerio de La Madeleine de Amiens. Por eso quiero acabar teniendo como protagonista a este mismo escritor, con quien tanto he disfrutado y que me mostró que la imaginación nos lleva a los mejores viajes. La relación de Verne con los manicomios es transversal. El primer contacto fue el ingreso de su hijo Michel, al que mandó internar a causa de su carácter rebelde; la relación entre ambos quedó rota. Su otra relación le viene de la mano de su sobrino favorito. En marzo de 1886, cuando Julio Verne tenía cincuenta y ocho años, su sobrino Gaston le disparó porque no le había dado el dinero que necesitaba para saldar sus deudas. Mientras, Julio Verne caminaba hacia su casa, su sobrino realizó dos disparos, uno de estos le alcanzó la pierna izquierda, generándole una cojera para el resto de su vida. Todo esto se ocultó a la prensa y su sobrino de veinticinco años fue recluido en un manicomio.

Antes de salir de la Feria del Libro, me volví loco y me aprovisioné de un facsímil de *El romancero gitano* de Federico García Lorca, con diecinueve grabados de Rafael Alberti. Como bálsamo a mi arrebato, dejé que san Agustín me consolara: «Una vez al año, es lícito hacer locuras».

Parece que todo se ha relajado un poco, y que con las oportunas medidas de seguridad podremos volver a vernos. Le emplazo a que el miércoles de la próxima semana se acerque a eso del mediodía a lo que fue el manicomio de Horta y a encontrarnos allí. Porque, como dejó escrito el poeta inglés nacido a finales del siglo XVII, John Gay: «Solo nos separamos para reencontrarnos».

* * *

Ya que hoy le voy a dar mi última recomendación, permítame que elija la canción «A la sombra de un león», esa preciosa composición de Joaquín Sabina que la voz de Ana Belén eleva a nivel casi divino. Déjeme que entresaque unos versos que son bastante ilustrativos: «Disfrazado de enfermero / se escapó de Ciempozuelos / con su capirote de papel».

Y la película que es imprescindible no perderse es *El invisible Harvey,* que en 1950 interpretó James Stewart y dirigió Henry Koster. Una película que alcanza la perfección. El argumento nos cuenta la historia de un hombre afable y cariñoso, que siempre está dispuesto a ayudar a los demás y que tiene un único problema: va a todas partes acompañado de un imaginario conejo gigante al que llama Harvey. La familia del protagonista no sabe qué debe hacer y opta por llevarle a un psiquiátrico.

EPÍLOGO
MANICOMIO DE HORTA

Barcelona

Donde se juntan los caminos

Estaba seguro de que no me olvidaría de la cita, pero, aun así, la anoté en la agenda de mi móvil: día, hora y lugar que me indicaba la carta.

El día del encuentro me presenté quince minutos antes de la hora convenida. Estaba inquieto, con un ligero temor a que en esta ocasión tampoco se presentara, como ya había ocurrido las dos veces anteriores.

El manicomio de Horta está situado muy cerca del cementerio de Sant Andreu, lugar donde busqué su tumba cuando le creí muerto. Fue después de que me hubiera hablado de los setenta y nueve cementerios. ¡Qué rápido pasa el tiempo! De eso debe de hacer más de cinco años y, sin embargo, recuerdo cada detalle como si acabara de contármelo.

Sobre el manicomio de Horta intenté investigar alguna cosa. Descubrí que fue promovido por el doctor Emili Pi i Molist, quien abogaba por terapias relacionadas con los trabajos agrícolas, motivo por el cual el hospital se encontraba en una finca de más de cien hectáreas. Su nombre oficial era hospital de la Santa Cruz, y lo inauguraron en 1889. Formaba parte de las construcciones que conformaron la Exposición Universal que vivió Barcelona el año anterior. Por la atención dada a los internos, fue todo un ejemplo, hasta su cierre en 1986 en que pasó a formar parte de la zona de Nou Barris como edificio que integra diferentes servicios sociales y municipales. Esos son los pocos datos que, por falta de tiempo y documentación, pude recopilar sobre el manicomio en el que pensábamos encontrarnos.

Me senté en uno de los bancos que hay en el paseo que conduce a la entrada del antiguo manicomio, y esperé allí.

A la hora en que habíamos quedado, le vi acercarse con paso

decidido. Ni un minuto antes ni un minuto después. Escrupulosamente puntual. Llevaba las manos en el interior de los bolsillos. Al fijarme con más atención, me di cuenta de que con el confinamiento no había ganado peso, como a mí me había pasado. Comprobé que seguía siendo una persona extremadamente elegante, al que, incluso, favorecía la mascarilla de color negro que llevaba, potenciando el blanco de su cabello. Al llegar a mi altura, me saludó. Sus ojos brillaban. No nos dimos la mano por precaución, para no transmitirnos algún germen no deseado.

Intercambiamos frases sobre nuestra salud y sobre el tiempo. Me recomendó que me cuidara, que, aunque ya parecía que habíamos pasado lo peor de la pandemia, aún podría darnos algún disgusto más. Me informó de que en un par de días viajaría en tren a Valencia. Estaba contento. La hija de su amigo le telefoneó el mismo día en el que me mandó la última carta, dándole una buena noticia. Su amigo había pronunciado su nombre y Villa Cisneros. Palabras, me remarcó, que sin necesidad de artículos ni verbos formaban parte de una historia común. Y continuó diciendo: «Como no quise romper de nuevo un encuentro con usted, decidí que ya saldría hacia Valencia después de habernos visto. Dos veces incumplí con usted mi palabra y hubiera sido una grosería hacerlo una tercera».

Comenzamos a caminar hacia el interior de lo que en su día fue un manicomio. Cruzada la entrada, se llega a un claustro con varias palmeras a los lados. Bajo los soportales empezó a contarme una historia. Esto fue lo que me dijo:

* * *

Hubo un tiempo en el que en esta zona había campos fértiles con buenos pepinos, sabrosos tomates y mejores lechugas. Viví cerca de aquí. Ya nada de lo que veo se parece a lo que mis ojos infantiles contemplaron. Cada vez que pasaba junto a la tapia del manicomio oía los gritos y los llantos de los locos. Esos sonidos, a pesar de los años, todavía los llevo grabados en la cabeza. Tampoco olvidaré los silbatos de los loqueros. Cuando se escuchaba el sonar de esos silbatos, agudo y penetrante, significaba que algún loco había

saltado la tapia del manicomio y corría hacia la libertad, que no sabía bien dónde se encontraba. Siempre se escapaban de noche como si la luna fuera su cómplice. Yo los veía pasar corriendo, tropezando, pero sin llegar a caerse, perseguidos por un par de enfermeros, «loqueros» los llamábamos, con un palo largo terminado en un lazo y con una camisa de fuerza, dispuestos a darles caza y devolverlos al lugar donde no querían estar.

Los domingos por la tarde, los vecinos del barrio convivíamos unas horas con los internos, ya que el manicomio tenía cine y dejaban entrar a los residentes de la zona para ver el programa doble, que siempre estaba compuesto por una comedia a la que acompañaba una película de aventuras. En la sala, los cuerdos estábamos sentados en un lado y los locos en el otro. Y esa tarde, tanto los locos como los cuerdos soñábamos que bailábamos con la misma ligereza que Fred Astaire o usábamos una espada tan afilada como la de Errol Flynn. Y ellas, tanto las locas como las cuerdas, querían ser Ginger Rogers dando vueltas como una peonza, para que viéramos el vuelo de sus faldas de gasa, o deseaban ser Olivia de Havilland a la espera de que su héroe, con bigote perfilado y mirada luminosa, les hiciera sentirse amadas y felices. La sala del cine, a media luz, era un Hollywood de estar por casa donde no había ni locos ni cuerdos.

* * *

Salimos del claustro y nos topamos con una iglesia, la antigua iglesia de San Rafael. No pudimos entrar a verla porque desde hace tiempo está en obras y la pandemia las ha paralizado. En ese punto, y mirando la iglesia, me dijo: «Nunca he visto rezar con más fervor a como lo hacen los locos».

En ese momento le miré y estuve tentado de preguntarle cómo se llamaba, cuál había sido su pasado, dónde había trabajado, si tenía o había tenido esposa o si tenía hijos. En fin, que me contara algo de su vida para poder comprender por qué sentía ese extraño placer por visitar cementerios, cárceles y manicomios. Fui cobarde y decidí pedirle, ahora que estaba seguro de que no me volvería a mandar ninguna

carta, que me dijera una película y una canción para cerrar el encuentro. La última canción, la última película. No se lo pensó dos veces.

* * *

La película es una del año 1945. Estoy convencido de que ya la habrá visto, es *Recuerda,* de Alfred Hitchcock, y sus intérpretes principales son Ingrid Bergman y Gregory Peck. Para redondear la obra maestra que es, solo hace falta que le nombre quiénes más participaron en el proyecto: Miklós Rózsa ganó el Oscar a la mejor banda sonora, Ben Hecht intervino en el guion; además, contó con la participación de Salvador Dalí para recrear las visiones del protagonista en la sesión de psicoanálisis. La historia cuenta que en el centro psiquiátrico donde trabaja la protagonista, una hermosa psicoanalista, llegó para ocupar el puesto de nuevo director un eminente doctor y escritor al que la protagonista admira sin conocerle. El día en que el joven director es presentado ante los directivos del centro, la psicoanalista comienza a observar en él diversos signos de un oculto trauma, al que se añadirá que sufre una grave amnesia.

La canción que me viene a la cabeza es una del año 1961, «Crazy», de Willie Nelson. Si la va a escuchar, creo que puede elegir la versión interpretada por Patsy Cline. En ella descubre la locura que nos acompaña cuando estamos tocados por esa barita a la que llamamos amor: «Loca, estoy loca por sentirme tan sola. / Estoy loca, loca por sentirme tan deprimida».

* * *

Al terminar de recomendarme «Crazy», descubrí que había llegado la hora en que debíamos separarnos. Él tenía cosas que hacer, y yo, una hora más tarde, tenía concertada una multiconferencia. En ese momento, de nuevo estuve tentado de preguntarle: «¿cómo se llama?, ¿cuál ha sido su pasado?, ¿dónde ha trabajado?, ¿tiene esposa o hijos?». Por suerte, descubrí a tiempo la tamaña impertinencia que esas preguntas suponían y decidí callarme e imaginarme las respuestas.

Recuerdo la frase con la que se despidió antes de alejarse. Era como si hubiera leído mi pensamiento y escuchado nítidamente las preguntas que quedaban dentro de mí sin respuesta. Esa frase era uno

de los más bellos versos que escribió Fernando Pessoa:

Si, después que yo muera,
se quisiera escribir mi biografía,
nada sería más simple.
Exactamente poseo dos fechas
la de mi nacimiento y la de mi muerte.
Entre una y otra todos los días me
pertenecen.

Viaje al centro de los manicomios
Fernando Gómez Hernández

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2023

ISBN: 978-84-19164-96-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta